

tiempos y parajes

JOAQUÍN ALLIENDE LUCO

prólogo y selección
Juan Antonio Massone



De Pablo Neruda a Urs von Balthasar, de Luis Rosales (quien lo descubrió en la histórica Residencia de Estudiantes de Madrid) a varios Premios Nacionales en Chile, apuntan hacia lo que el gran Roque Esteban Scarpa señaló: Allende Luco “afirma de un modo rotundo su personalidad en la lírica chilena... poeta maduro, dueño de su oficio y de su alma, firme y versátil, trascendente y amigo de la sonrisa... su poesía tiene solidez y permanencia de torre”.

En 1935 nació Joaquín Allende en Santiago de Chile. Se ordenó sacerdote en Friburgo de Suiza, ciudad bilingüe y limítrofe del mundo germano y latino. Tiene abundante y premiada obra lírica y de traducciones desde el alemán. Suele escribir sobre “tiempos y parajes”. Compone textos para música que estrenan orquestas sinfónicas de aquí y de allá. Publica en diarios y revistas y dice en televisión “palabras a tiempo”, como también toma posición en temas de valores y estéticas.

Es Miembro de la Academia Chilena de la Lengua y Correspondiente de la Real Academia Española. Ha pertenecido largamente al Equipo de Reflexión del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM - Bogotá). También ha sido miembro de la Comisión Teológica “Faith and Order” del Consejo Mundial de Iglesias, Ginebra. Actualmente es el sucesor del legendario P. Werenfried van Straaten, fundador de la obra asistencial “Ayuda a la Iglesia que Sufre” que opera en 150 países. Vive en una colina boscosa contigua a Frankfurt, ahí también tiene una torre desde donde observa con pupila alerta.

tiempos y parajes

JOAQUÍN ALLIENDE LUCO

EDICIONES UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Vicerrectoría de Comunicaciones y Extensión
Casilla 114-D Santiago, Chile
Fax (56-2) - 635 4789
Email: mrivervl@puc.cl
Pág. Web: www.puc.cl/edicionesuc/

TIEMPOS Y PARAJES
JOAQUÍN ALLIENDE LUCO

© Inscripción N° 135.473
Derechos reservados
Diciembre 2003
I.S.B.N. 956-14-0734-5

Primera edición
1.000 ejs.

Diseño gráfico
Francisca Morales A.

Fotografía portada
Aldo Fontana
Árbol: Plátano Oriental, Parque Forestal, Chile

Producción literaria
Amelia S. Peirone

Impresor: Salesianos S.A.

C.I.P. - Pontificia Universidad Católica de Chile
Alliende Luco, Joaquín, 1935-
Tiempos y parajes / Joaquín Alliende Luco;
prólogo y selección Juan Antonio Massone.
Incluye notas bibliográficas

1. Poesía Religiosa Chilena.
 2. Literatura Religiosa Chilena.
 - I. tit.
 - II. Massone, Juan Antonio, 1950-, comp.
- 2003 Ch 861 dc 21 RCA2

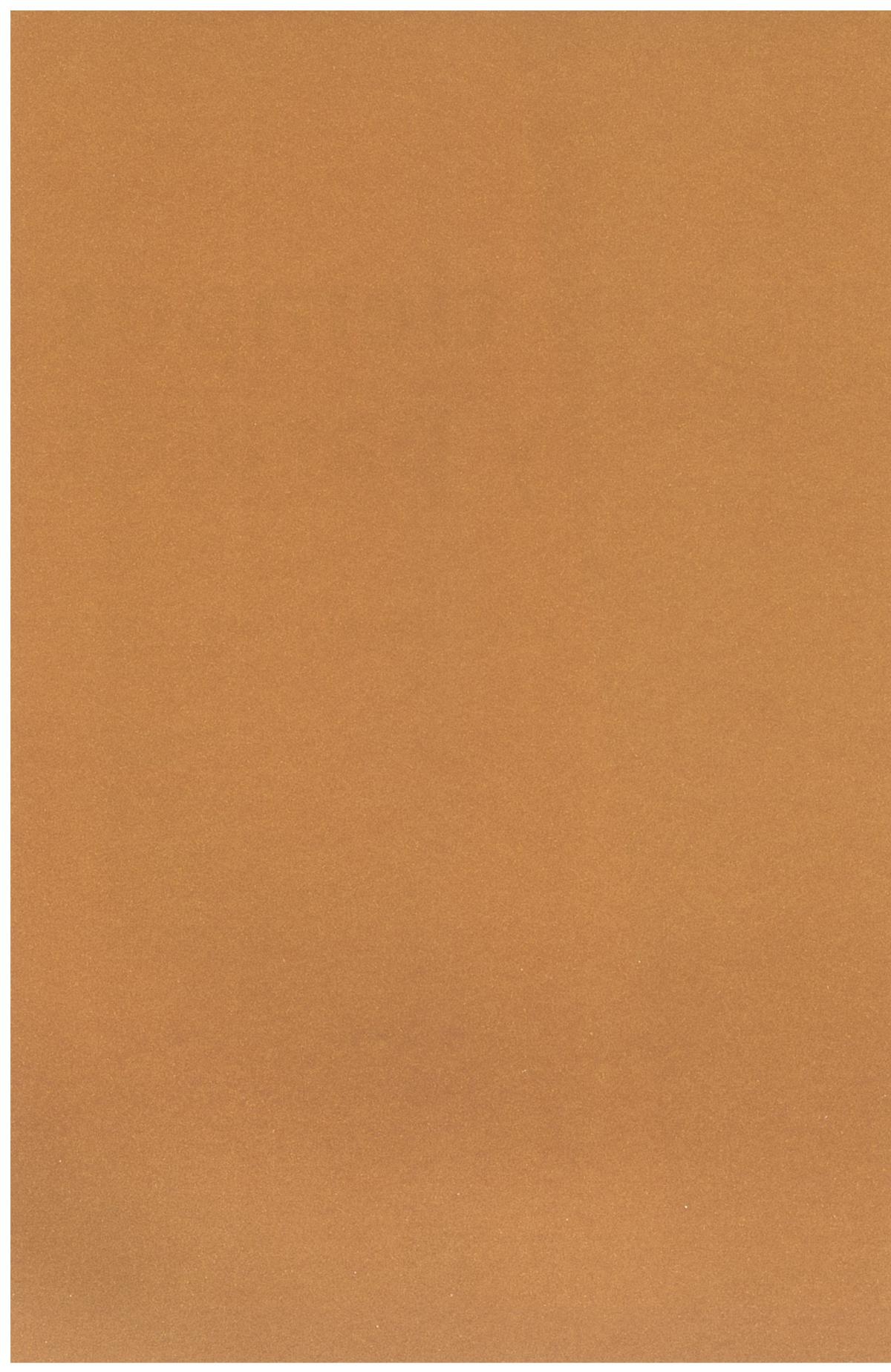


tiempos y parajes

JOAQUÍN ALLIENDE LUCO

prólogo y selección
Juan Antonio Massone





Índice

página

Prólogo de Juan Antonio Massone	
Joaquín Alliende y las hablas de lo creado	13
Dedicatoria	19

1. mientras peregrino

Testimonio	23
Carta del sacerdote a su madre	25
Jueves y Viernes, Matcha	29
Miriam Cimbel	30
Mensajes a la joven en Roma	32
Longino es un pelícano	33
Quiero abrazar tu Árbol	34
Leo el texto evangélico y converso	35
1 de agosto de 1996	36
Diario de Navidad itinerante	37
El día romano del 29 de enero	40
Buscando	42
Amor de poderosos	44
Plática en Bodas de Plata sacerdotales	46
De un peregrino de Chile a San Millán de la Cogolla	56

2. tierra animada

Belén en América mestiza	61
El necesario vigor de la cultura propia	65
Herida sin borde humano	83
Ya viene el Sol a horcajadas, jazmín	84
Caliche, volcán y amorcito de verano	85
Clavel del Aire, un nombre	87
Este raulí en los siglos de Conguillío	88
Geografía	89
El ojo se mira	90
“Estas montañas es mi Amado para mí”	91

3. arte de espíritu

Genealogía cristiana del Abbá	103
El encargo de desvelar	113
El Rin pasa, Lochner queda... Crece	119
Apuntes de iconografía navideña occidental	127
La música de aquel hilillo andino	133
Acá despeinan los ángeles	135
El fornido escultor era un hilito de agua	139
El Apóstol Santiago. Semblanza en dos lienzos y una pregunta	141
Del dolor a la plenitud. Abrir los sellos	153
El misterio de la manta	162

4. lecciones y compañías

Plegaria de García Lorca al morir	167
La tormenta eléctrica del niño	170
Salvador Dalí presentó su lienzo	171
Nietzsche y León Bloy	173
Don Roque Esteban Scarpa en el recuerdo	176
Lucio Gera, vinculado vinculante	181
Semblanza del P. Esteban Uriburu	187
Teresa de Lisieux, Doctora descomunal	189
Lady Di junto al Puente del Alma	193
Sor Teresa, misterio y cercanía	197
El Tríptico Romano de Karol Wojtyla	201
Índice de lugares y otras huellas	209
Colofón	215

Prólogo
Juan Antonio Massone

Joaquín Alliende y las hablas de lo creado

Escribir es hablar consigo cuando se pretende alcanzar la intimidad de otros. Escribir; no redactar. Escribir como quien espera durante horas, días y el entero tiempo -aquel que se lleva dentro-, aceptando con asombrada timidez y cuidado oír la frágil voz de una profunda noria. Y esa voz que asoma enronquecida o con íntima suavidad de sonata, es siempre un alborada, aunque esté de noche.

No es ésta ocasión de descubrir el eje vital de la palabra en la vida del P. Joaquín Alliende Luco. Consagrado a sus modulaciones diversas, el autor ejerce la oralidad homilética y la conversación animada; así como la escritura de poemas no menos que la meditación, el trazo memorialístico, la cavilosa exposición y el recado descriptivo. Todo memoria; todo admiración. Memoria de lo creado; admiración de naturaleza y de culturas que le llevan a estampar con timbre vigoroso la presencia activa y amorosa del Creador.

La prosa de Joaquín Alliende Luco es vuelo y es paso mientras abraza recuerdos, benéficas invocaciones de su etapa formativa: madre, padre, P. Kentenich, amistades y de cuantos le han sido compañía en su labor sacerdotal. Sitio especial en sus escritos obtienen artes y letras. Envolviéndolo todo, dos presencias trascendentales: la asistencia salvífica del Redentor y el amparo de María, Virgen y Madre.

En aquel vuelo y en aquel paso de estas páginas se escucha y se percibe trascendencia e inmediatez. Prosa encarnada. Por serla, refiere menos el mundo desde fuera que el hospedaje de esa encarnación ennoblecida desde la experiencia de fe. Mirada la suya que ve el otro lado de lo vivo, a menudo la olvidada versión, aun cuando, desde el mundo, la muerte se entrometa y maquine argucias y efectos tanto en el espíritu ofuscado y vocinglero como en la fría planificación del laboratorio, imposibles de olvidar.

El escrito breve y también el más extenso trasuntan un ver confiado en Alguien, y no en algo. Consecuencia de ello, le gana más el albor de una nueva idea o del principio renovado de incipientes vidas que el ocaso en que desfallecen esterilidades.

Prosas celebratorias o cavilosas, junto a aquellas otras que son fruto de arrebatos de la atención a partir de un paisaje, de un recuerdo, de un objeto cautivantes. No tiene acepción de envergaduras, sino acogida de significancias. Es así como narra o refiere hechos casi inadvertidos con parejo entusiasmo, al tiempo que emprende relaciones y enlaces prominentes de lo inmenso y de lo diminuto. Los sucesos pequeños son vibrátiles, se enamoran del viento y toman forma de gavilla, de plumas, de estaturas agraciadas. Tal el caso de obras nacidas de manos entusiastas, maduras al compás de sudores y esperanzas, receptoras ellas del espíritu que las guía para decir algo; deslizar un mensaje de belleza o de memoria acrisoladas en la transfiguración de la materia. Hablas son los gestos, los colores, las siluetas, las formas. Rebozos espirituales desde sus cuerpos.

Los formatos mayores exponen reflexiones que jamás se olvidan de cierta confidencialidad epistolar. Siempre hay un destinatario latente en la intención del autor. No escribe para nadie o a ninguno. Esa personalización le acerca mucho más y hasta resulta incitador de compartir algunas de las modulaciones más sobresalientes de su prosa: oración, diario íntimo, carta, disertación.

Escritor trashumante, variados son datos y sitios en que recibe el aguijón y el gozo de la palabra. Y esa palabra aporta reminiscencias; despierta vecindades; ayunta significados; espejea asombro en la nitidez que es también misterio, resucitación continua de presencias, por obra de la mano inicial, del soplo primero, que es también compañía animadora: silente respirar de lo creado, desde el alba a la noche.

Ver y oír son los sentidos en que mejor se desplazan las acuarelas que son, a veces, los textos de Joaquín Allende. El ver captativo de horizonte, exornado de forma y perspectiva; oír el viento, las voces quedas en que algo traduce su intimidad a otro algo con forma de pecíolo o de albura fría, o estampa de germinadora estatura y perfil esbelto como pueden ser capaces de ostentarlo un árbol o una montaña. Y esta última, a no dudar, es materia predilecta del autor. No en vano, todo camino espiritual y liberador exige ascenso. Sinaí, Tabor, Calvario son indispensables recuerdos, trasfondos arquetípicos que se instalan enterizos de significados, cuando observa y considera la realidad a partir de un cerro de nuestra vertebral cordillera.

Materia líquida o roquedal nevado, todo es recuerdo de infancia conmovida y explicación afectiva originada en esa misma etapa inicial. Después de todo, fuerza es reconocerlo: todos somos inevitablemente platónicos. La ejemplaridad de la primera vez perdura fresca y pronta en la sucesión de lo vivido. De allí que la hermosura natural es también memoria perenne, inmarcesible. Lengua de mundo animado de ecos, de reverberos, de fragancias. Lo natural se desprende de sujeciones estáticas porque lleva en sí un lenguaje cifrado de misterios y de milagros. ¿No lo es, acaso, el alba, el estambre, los colores danzantes que invitan al ojo y al tacto a comprobar que no estamos solos? ¿Cómo decirlo mejor, en labios creyentes, más que a base de afirmación de una presencia con voluntad generosa que tuvo y tiene palabra de eternidad fecunda, de compañía sin hastío y de renovación infatigable de pulsos y recreaciones?

Esa confirmación de que entre lo creado y su Creador existe vínculo vivísimo, lleva al autor a consideraciones que, si actualizan enseñanzas de lo revelado, también son recuerdos sustantivos de cuanto significa la palabra en su desplante dialogal y de monólogo, expuestos, unas y otros, con especial énfasis y prolijidad en su trabajo "Genealogía del Abbá", cuando afirma:

«Alguien sin velo, sin ningún velo, se desvanecería, moriría de vaciedad disuelta. Por eso llamamos 'persona' a cada hombre único, al inédito y al irreductible. Los hilos de la etimología, con su fertilidad de sentido son, esta vez también, del todo elocuentes. Sabemos, persona significa en latín: 'máscara de actor'. No se alude al histrionismo distractivo, o incluso, embustero. Es el teatro como rito de pudor epifánico, máscara como protección necesaria para que lo verídico tenga intimidad desde la cual pueda regalarse dialogando. Ser persona es recogerse en la identidad irrepetible, en el denso núcleo elemental del yo. Es la contradicción ineludible de la soledad, es la sístole del corazón que se aprieta a sí mismo en el pecho antes de saltar prodigándose en la donación de la diástole amorosa. Persona y palabra. La máscara de la retención claustal postula al dinamismo de la autorrevelación.»

No menos destacadas las consideraciones acerca de arte y artista que expone a propósito

de una obra, del quehacer estético y sus implicaciones éticas, del apetito de forma o de presencia que las manos esculpen; trazan sugestivas líneas en la tela; dejan constancia en un pentagrama o escriben en algunas cuartillas esa aventura espiritual que es ascenso y descenso del alma en pos de lo genuino y, a la vez, invitación, convite a que los demás consideren, como ante una realidad especular, los trasfondos en que habitan. Y esa labor la comprende y valora nuestro autor en clave misional de diálogo generoso e irrenunciable. Así, *“el artista es aquel que tiene una reduplicativa vivencia del estupor acerca de sí mismo como dádiva y encargo”*. Pero, no calla esa condición humana que sustenta los talentos y afanes de ese mismo artista, porque *“no es un demiurgo, no es un paréntesis de la exigencia ética de todos los hombres, es un hombre más”*.

En verdad, no podría ser otro el enfoque del autor, él mismo protagonista de un doble encargo en el trabajo de la palabra: sacerdote y poeta.

Es decir, en ambos cauces de uso y de vivencia del factor más vinculante a la vez que reservado de que puede echar mano toda persona, como lo es el lenguaje, despliega una vez y otra atención admirativa de las facultades humanas trascendidas en obras y en la permanente constancia de que en el mismo Dios se muestra, en sus revelaciones y encarnaduras, similares procesos de acción unitaria y expresiva.

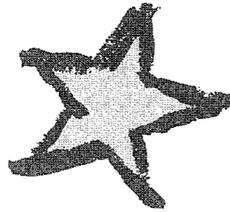
Innegable la hondura de sus páginas. Dicha profundidad queda manifiesta a base de la inquieta mirada. Confluyen con ánimo de natural acercamiento la historia, el dato preciso, los paralelismos geográficos y culturales, el recuerdo personal, lo aprendido en el estudio que le ha dejado sabor de experiencias dilatadas; todo ello expuesto en tono de vivo cromatismo, tal si se tratara de una manta recibida de Padre y Madre omnipresentes.

En el escritor Joaquín Allende existe un regocijado contemplativo. Así lo atestan las imágenes y metáforas que se le van de las manos y del ver, como quien experimenta en sí una apasionada disponibilidad de percatarse, de abismarse, de solazarse en el espectáculo de naturaleza y civilización, de Creador y creatura. Por eso abunda en lugares y no mezquina recuerdos. Porque todo es vida y la vida se prolonga, y en esa

prolongación que tiene raíz y tiene aire y clavo y alborada existen motivos en qué recapacitar y en qué asombrarse.

Estas páginas que anteceden las de nuestro autor no pretenden ser un prólogo exhaustivo, sino respuesta personal reconocida de la ocasión que se le encomendara, con generosa confianza, la delicada labor de proponer un ordenamiento a estas prosas de varia ocasión y de abundantes asuntos, que al cabo animan este volumen con los gestos que le son propios: alas, plegaria, admiración y entusiasmo fraterno. Por eso no existe razón de que yo demore, más todavía, la lectura de quien pudiere escuchar en este libro, sus propias resonancias mientras contempla más allá.

Juan Antonio Massone del C.



a las Tres Marías





**mientras
peregrino**



Testimonio

Las campanas invitaban a la misa de resurrección en la parroquia de Cartagena. En esa época se celebraba la victoria de Cristo en la mañana del Sábado Santo. Ding, dong, dong, dung. Hundimos las raicillas del jazmín en la tierra un poco salobre. Le quedaban sólo seis meses. Me lo había dicho el día anterior. Cáncer. La planta perfumada sigue allí. Yo tenía quince años. Y siendo el mayor de diez hermanos fui arrastrado a responsabilidades prematuras, por la orfandad de padre. Mientras él moría en un cuarto de la blanca casa de Santiago, mi madre sintió los signos del parto. Pero Alfonso nació quince días después. Soy su padrino. He llegado a admirarlo mucho y a confiar en él. Para mis padres, Dios era “el viviente”. De él venía toda la ternura y toda la reciedumbre para vencer los miedos y caminar. Mamá, cuando yo tomé los hábitos religiosos en el santuario de Schoenstatt, en Bellavista, me entregó una vieja cruz de familia. Era una mujer de suma inteligencia, pero transparente y sencilla, hija de un patriarca de la psiquiatría chilena. Don Joaquín me enseñó los galopes junto al mar y los vericuetos de la historia de Chile y de las buhardillas del París de la belle époque. Su querida hija jamás decía frases hechas. Al regalarme la cruz venida de Jerusalén, sólo susurró: “Tómala, no mires nunca hacia atrás, siempre hacia adelante”. Ella murió quince meses después. Yo estaba en Suiza. En una ciudad limítrofe entre el alemán y el francés: Friburgo de los puentes. Allí me enseñaron de todo: latines, filosofía medieval y existencialismo. Biblia, biblia. Tuve compañeros vietnamitas, zulúes, un polaco y un inglés que llegaron a Cardenales eminentes. Conocí a grandes intelectuales franceses y españoles. Poesía, teatro. Junto a un grupo entrañable, una mañana esplendorosa de Friburgo nos ordenó sacerdotes Monseñor Manuel Larraín, precursor de la bullente Iglesia latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Llegué a quererlo y a curiosear con él por los temas más diversos. Esto es una constante en mi biografía: la mano de Dios me ha hecho pasearme por un bosque de frondosos árboles, de personalidades riquísimas, gente distinta y magnífica. Soy un heredero afortunado. Mi gran padre espiritual es un profeta de barba al viento y ojos azules, el sacerdote José Kentenich. Fue héroe en el campo de

concentración de Dachau. Se adelantó a la renovación del Concilio Vaticano II. Pagó cara su profecía. La Iglesia de su tiempo no lo podía entender y lo envió al exilio, a Milwaukee, por catorce años. Allí lo visité. Me hizo reír, yo le devolví con unos trucos de magia que le hacían gracia. Me abrió horizontes. Me hundió en el corazón materno de María, me clavó a la cruz de Cristo Sacerdote. Me enseñó a tutear cariñosamente a la Santísima Trinidad. Volví a Chile y pude ayudar al naciente santuario de Maipú. Fue una aventura a ratos descomunal. A cara abierta aprendí a conocer el alma de Chile en su vertiente más palpitante: la religiosidad popular. Y pasó de casi todo. Acompañar a buen morir a un dirigente del partido comunista, proteger a perseguidos en el régimen autoritario, acercarse a militares caídos en desgracia, trabajar por América Latina y Europa, escribir textos de teología pastoral. Pero lo más verídico es la misericordia. Mi Padre, el nuestro, me da el riego gota a gota de su perdón. Me he tropezado varias veces y he tenido que salir nadando por el estanque de su paciencia. Suelo garrapatear poemas sobre una mesa de patagua campesina. Tengo un caballito de madera. Siento el peso de haber conocido a muchas personas santas -Mario Hiriart...- y no serlo yo. Creo que los estremecimientos de la historia actual no son agónicos, son dolores de parto. María volverá a ser madre. Y nacerá Cristo. Y caminaremos con él, más rápido, a la casa llena de jazmines que nos espera.

Carta del sacerdote a su madre

Querida mamá:

Cuando el Padre me confió a su hija y a sus hermanas, cada una fue un asombro distinto. Cada vez volví a entender con el corazón por qué Jesús dejó noventa y nueve y se fue a rescatar a la única. Comprendí un poema cumbre que releo cuando hace mucho silencio en mi vieja mesa de patagua. Su título es un buen pórtico: "La única razón de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo". En los versos, su autor, Eduardo Anguita, muestra que el Hijo de Dios "murió únicamente por mí, mí, mí (mí sostenido)". En verdad, no hay amor en serie y esto lo sabe mejor la mujer que el varón. Por eso hablo aquí de la niña. Es la ovejita irrepitable, la hija única.

Cuando la niña se sintió en casa, pudo hablar. Al inicio fueron balbuceos. Después, un hilillo de agua entre musgos tímidos. Ella reconoció en mi voz algo de los tonos del Pastor Bueno. Con sus pupilas transparentes vio húmedo aún el santo óleo, el crisma con el cual el Obispo ungió mis manos sacerdotales.

Siendo tan videntes los ojos de la pequeña hija, no percibieron cómo, cada vez que hablaba, yo estaba de rodillas. Turbada su visión, pensó que me sentaba en una silla tapizada de cuero negro, con un algo de montura campesina o de baúl viajero o de pequeño trono. Pero, en verdad, yo estaba hincado diciendo en el alma unas breves antífonas al salmo de sus palabras. Para la niña su relato era nimio, doloroso y gris. Para mí esa historia era himno de liberación y apenas si me atrevía a sugerirlo. Poco a poco, la hija fue acogiendo mis antífonas.

Una la recibió ella como chispa de sol: "Padre, soy más tesoro tuyo que barro mío". Al estar yo hincado, veía refulgir su corona. En tales momentos, tres estrellas se detenían sobre su cabecita oscilante. Con la luz de las Tres Marías (así me enseñaste, mamá, que se les llama entre nosotros) la corona de pequeña reina brillaba en las sienes de la niña. No había duda posible, despedía serenos reflejos como rocío traspasado por un rayo matinal. Brotaban levemente de la corona, no del cabello de la reinita, ni de sus miradas

radiantes. No, de la corona invisible e ingrávida.

¿Por qué desde la primera sílaba fue así? ¿Por qué siempre miré de rodillas a la niña?
Fue por ti, mamá. Por tu torre plantada firme en mi vida.

Pero debiera confiarte un recuerdo, así podrás descifrar mis espejos interiores.

Cuando tenía cinco o seis años, estuve enfermo en Viernes Santo. Tú encendiste para mí esa radio color marrón con figuras geométricas en madera negra. Se transmitía un sermón de las Tres Horas. El predicador logró captar mi atención infantil. En mi imaginación se revivía el horror del Gólgota, me oprimía con dolor pero no con angustia. Sin penetrar todo, sentí que la prédica hablaba de lo más importante de la vida. Y de pronto, el sacerdote se refirió a la Santísima Virgen y moduló algo así: el nombre de la Madre de Jesús era María.

Para mí fue un golpe de fuego. Hasta el día de hoy, unos cincuenta y cinco años más tarde, puedo describir con detalles el escenario. En un instante caí en cuenta que Jesús llamaba a su Madre exactamente con el mismo nombre con el que yo te nombraba a ti. Simultáneamente sentí que la Santísima Virgen era con toda exactitud mi Madre. En ese momento habría dicho que yo era su hijo con tantos derechos como los del propio Jesús. Ya no escuché más al predicador radial. Me puse a repetir gozoso, como en trance: "María es mi madre. María es mi madre". Como cualquier niño chileno, yo te decía mamá; pero ese viernes a las tres de la tarde, dije encantado: "María es mi madre". Paladeaba tu nombre, me regocijaba por ser hijo de la mamá de Jesús y, sobre todo, me colmaba de júbilo que al pronunciar "María", las estaba fundiendo a ti y a ella en un mismo saludo.

Debió pasar un buen tiempo y tú entraste a mi cuarto semioscuro. Quisiste saber qué estaba susurrando, pero yo, avergonzado, quedé mudo. Ahora, mamá, ya sabes qué decía ese Viernes Santo.

Dos madres, dos Marías fundidas y arropadas bajo el manto de Dios.

Pasaron los decenios, llegó la niña a acurrucarse dentro de ese mismo cobijo. Entonces las pude mirar a ella, a ti y a ella en un solo ver.

Cada una, un reino. La Virgen Santísima, en el esplendor de su maternidad divina. Tú, glorificada y con nuestro papá José Antonio en el corazón. Y la niña aún peregrinando. Diferentes, Madre, hija, madre, niña, pero las tres tan hermanas en las coronas primaverales de mujer.

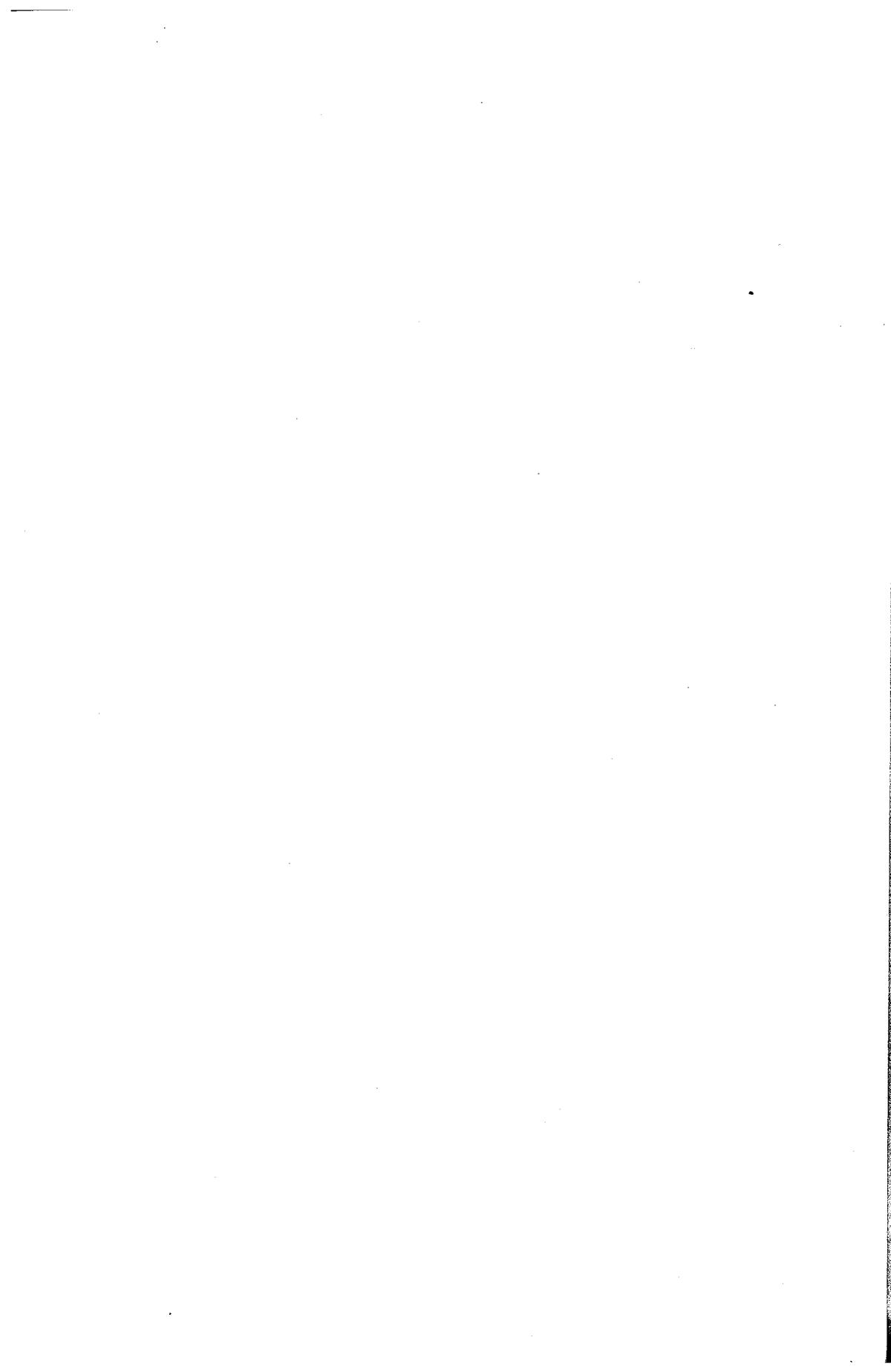
El nombre chileno las Tres Marías para designar un tramo de una constelación, es sabio. Conoce el secreto. Sabe por qué siempre, cuando escucho a la ovejita contar de su alma, caigo de rodillas y veo su resplandor de pequeña reina. Las Tres Marías. Quien ve el rielo de una de las coronas, ve fulgurar a las tres al unísono.

Hoy, hace ochenta y cuatro años, mamá, apareciste en la tierra. Feliz cumpleaños junto a la Trinidad Santísima y a la Virgen.

En este santuario, junto al que nos despedimos hasta el cielo un día de mayo, te agradezco. Gracias, mamá María.

El hijo sacerdote,

tu Joaquín



Jueves y Viernes, Matcha

Recoge Paul Claudel una leyenda de san Juan. Es en una carta a Matcha, su hija de alma, rusa salpicada de nieve y pólvora y trémula de ternura. A ella le cuenta que el profeta del Apocalipsis, a quien algunos íconos pintan bien severo, llevaba siempre entre los pliegues de su túnica un ave. Ni el águila de su emblema de evangelista, ni grulla, ni calandria. Juan anidaba cerca de su propia temperatura a una perdiz.

Juan era el último sobreviviente de los Doce, salvado del mar rojo del aceite hirviendo, cuando le quisieron matar. Anciano en cuya memoria los nombres de poblados y los horarios del desierto y del lago se habían ya desvanecido, dejando sólo el testamento reiterativo: "Dios es amor y el que permanece en el amor, Dios permanece en él y él en Dios."

Creo yo que tal testamento y la perdiz se sostenían el uno al otro. Estoy seguro que unas jornadas ponía Juan el pájaro a su costado izquierdo y otras, al derecho. Los jueves de tarde siempre debió ocultar la perdiz por el lado del corazón; y en ese plumaje palpitante se sentía a sí mismo, pero joven, recostado sobre el pecho del Maestro en la última cena. Los viernes él acurrucaba el ave en su lado derecho, allí donde el lanzazo que atravesó a Jesús abrió el costado de Juan y lo dejó abierto. En esa hondura tibia la perdiz miraba sobrecogida pasar la sangre y el agua y permanecía en Dios y Dios en ella.



Matcha, cuando encontremos a Claudel, le explicaré que esas plumas blancas en los dos costados del pecho de todas las perdices, son por el jueves y por el viernes de Juan.

Miriam cimbel

Apartó los juncos para no perder de vista a su Niño. Él estaba embelesado con los pececillos que trazaban círculos y ojivas en la poza. ¿Cómo se llaman, Madre? preguntó. Cuando le pedía el nombre de las cosas ella dudaba si decirle la palabra en arameo o en la lengua de los ribereños del Nilo. Pero el nombre de esos pececillos azulados, ella lo ignoraba. Su Nazaret natal no tenía río. El pequeño Jesús ya había olvidado la pregunta. Estaba absorto con una nueva formación de espaditas escamadas que venía de descubrir junto a un tronco podrido.

Pasaron unas avutardas. Gritos de los remeros, aguas arriba. Y el silencio majestuoso del gran río. Sólo el lamido del leve oleaje de la estela de una barca, puso un chasquido oloroso en la mañana. Paz y una fila de patos muy alto, con el timón hacia Alejandría. “Glorifica mi alma al Señor que hizo en mí cosas grandes”, oró Miriam de nuevo.

El río era como Yahvé, su Padre. El Niño soltó una risa. Fue su música similar a cuando se rompe un vaso de nardo y el aroma queda en el aire. Se escuchó un siseo como de serpiente. No era una víbora. Era un cazador oculto que oteaba los patos, tendido por ahí en la arena... “¡Sshh, silencio”. Miriam comprendió la advertencia y se la explicó a su Niño. Ayer los había visto venir con un señuelo envuelto entre flores de papiro recién cortadas. Era un pato hechizo, con las plumas tomadas de algún ave colorida. Este señuelo lo ponían en la ribera anclándolo con unos guijarros y un hilo.

Su padre Joaquín le enseñó el nombre exacto cuando bajaron por primera vez al mar de Galilea y unos cazadores espiaban aguardando las aves. “Se llaman cimbel”, le dijo. A ella le gustaba mucho conocer los nombres de los vientos, de las aves, de las florecillas, de los líquenes. Tal vez de allí le venía a Jesús la pregunta: “Madre, ¿cómo se llaman estos peces?”. Bueno, Adán y Eva también nombraron cada viviente con voces distintas. “Cimbel”, Joaquín le decía a ella “Miriam Cimbel” o “Cimbel mío”.

Inauguró esas palabras a la orilla del mar galileo. Pero en los días mediterráneos de Nazaret, en momentos de cercanía se las volvía a susurrar al oído. Cuando, junto a la espuma se le ocurrió a Joaquín bautizarla así, él le dio razón de la metáfora. Le comunicó el mensaje cifrado: “Yahvé quiere cazarnos el corazón, hija mía. Nos atrae, nos encanta. Tiene múltiples señuelos para que dejemos de volar en lontananza y nos aproximemos a su red. Pero el más irresistible de sus señuelos es un cimbel. Los patos bajan su vuelo cuando reconocen a un ave

hermosa de su propia especie, algo palpitante de la propia sangre. Y ese ramillete de plumas familiares los vulnera, los enamora, les indica que en ese paraje tienen nido donde detener la travesía. El cimbel les señala que están en casa, les dice: 'bueno es estar aquí'. Niña mía, por ti Yahvé me cautiva, me vence, me enciende y ata. Él me encanta, por ti, Miriam Cimbel". Aquí su Jesús ha vuelto a reír. Los cazadores se van a irritar. Es mejor alejarse. Ella y su Niño deben avanzar río abajo, más cerca del Mar.

Mensajes a la joven en Roma

1. Anunciación

No es presagio. Desde ayer estás distinta, sin notarlo. Tu voz sigue viniendo desde Ostia. Como todas las tardes, no has logrado poner en orden los estorninos que pían escandalosos en los pinares de Santa Catalina. Siguen trigueños los mármoles tramontanos, sin llegar nunca a cerrar sus espigas en gavillas redondas. Pero eres otra. Toda la jornada, ha exhalado desde ti una dignidad firme. La basílica tiembla nueva con el roce de la brisa. No lo sabes aún. Serás madre.

2. Maternidad

“¿Cuándo vendrá el desengaño?”, preguntas por la Via Giulia, a las puertas de la Iglesia del Espíritu Santo, donde dejaste amarrada tu barquita de argento opaco. “Si mi padre marcó para mí los mapas, si pone cirios alertas en las encrucijadas, si desvía el Tíber hasta la Via Giulia y amortigua de arena dorada las escalinatas, si me alborota en la madrugada con un golpe de ala en el cristal y en la cogulla me hunde violetas de los Alpes para la mañana siguiente, si respira primero el aire para entibiarlo, si me siembra de pascua el viñedo... ¿cuándo terminará el prodigio? Tengo miedo de despertar con el chasquido de su rostro derrumbado contra este pavimento arcaico”.



“No temas, María, dice el arcángel Gabriel, el Espíritu Santo te cubrirá con su sombra y darás a luz pronto”.

Longino es un pelícano

Longino, el centurión alanceador de Jesús en el Gólgota, dicen, era ciego. Los egipcios ya vieron al pelícano nutrir con sangre propia sus polluelos. A picotazos se abrió el pecho blanco. Por su oscuridad, Longino pidió a otro que le apuntara su lanza al Costado. Suyo fue el envión. Al instante manó sangre y agua. Una gota del vino ardiente lavó su ojo. Vio al Hijo y, por la ventana de la herida, miró al Padre. El Espíritu gimió un sí. Longino aceptó y es un pelícano traspasado. Está hoy desviviéndose. El Viernes jadea como parturienta.

Quiero abrazar tu Árbol

No puedo escuchar más en Getsemaní tu soledad y seguir dormido. No puedo dejarte caer tres veces y no cargar tu leño. No resisto que sangres en vano, sin ninguna copa sedienta bebiendo tu vida de salvación. Ya no quiero temblar por mi astilla, sí quiero abrazar tu Árbol diciendo gracias a la misericordia. Quiero ser Juan junto a tu pecho y comer y beber y cantar en la Cena del Jueves. Quiero ser el Viernes tu Madre Virgen, ser María rendida en tu obediencia de Hijo, estar de pie bajo el trono de tu cruz. Quiero ser Magdalena el temprano Domingo, compartir en Emaús el pan de tu palabra y mirarte subir al Padre en Galilea. En Pentecostés, ebrio del Espíritu, quiero con María, los Doce y las Mujeres, partir urgido de Evangelio por el mundo. Nunca quiero olvidar en mi día que ya palpé tu costado abierto, la lanza y los duros clavos. No quiero más mi tibieza, Pastor, sí, tu locura del Gólgota, sí, morir por tu Reino. Ya nunca quiero una noche en la cual me llames y yo duerma, Señor Crucificado y Glorioso. Ya no quiero temer mi debilidad, Jesús, sí, ser fuerte en tu Espíritu Consolador, sí, arriesgar con María el camino a tu Padre.

Leo el texto evangélico y converso

Aquel desierto no era de escayola, ni tu hambre de cuarenta días era apetito antes del cóctel, era un mordisco por los nervios, era náusea tumbada sobre el polvo acre, a ese desierto de colmillos como agujas te llevó el Espíritu, no el Belcebú de las mentiras, allí le dieron permiso para tentarte con pináculos del templo y ángeles de opereta que te adorasen y piedras de miga podrida, allí, corazoncito de carne y tiempo, fue tu hora para decidirte más océano, más pluvial aún, por tu Padre.

Allí, tu beso fue más oasis aún, más que antes de dejar el Jericó de agua y sicomoros, “nadie se conoce a sí mismo si no ha padecido la tentación”, sentenció Agustín cabalgando en el asno de los granos de arena de Hipona. Yo algo me conozco, Jesús, de las tres tentaciones y de las tres caídas sobre el pavimento subiendo el Gólgota, algo yo me miré las moléculas del porte, pero, Jesús del “aparta de mí este cáliz”, yo oro con fervores tu padrenuestro “no nos lleves al desierto de la tentación”, y tú, María, la del fruto del vientre, no lo permitas ahora ni en la hora de la muerte abandonada. Amén.

1º de agosto de 1996

(3300 embriones se deslizan al alcohol)

Con un trompetista en la copa de un abedul, Alfonso María Ligorio celebra hoy su banquete de mantel largo. Los violinistas húngaros venidos de Viena al cielo, se confunden con santos y arcángeles, todos con la memoria a flor de piel y en la punta de la lengua. Efrén, el Diácono, recita sus versos en cualquier idioma mediterráneo. "Cítara del Espíritu Santo, María", canta él ahora y Alfonso de Ligorio aplaude junto al trompetista del alto abedul. Hoy 3300 minúsculos embriones "más pequeños que la cabeza de un alfiler", sin trompeta ni violín, dejarán su útero provisorio de 196 grados bajo cero, saldrán de su nido en un laboratorio limpiísimo de Londres. Con una pinza de plata los empujarán a una piscina de alcohol o de agua descontaminada (los ingleses son un pueblo sensible y diestro: rescataron la cloaca del Támesis, y ya el río corre cristalino y candoroso como un arroyo de Avon). La pinza de plata empujará, una por una, a las cabezas de alfiler que no tienen lanceta para clavar a nadie. Cada dulce cabecita es un universo genético inconmensurable, para ellas habrá 3300 empujones leves, del nitrógeno al alcohol de la muerte. Los gérmenes de ojos, de suspiros, de dedos anulares donde cabrían exactos los anillos de compromiso. Los gérmenes de "piececitos de niño azulosos de frío" para brincar en el césped. Las gargantas programadas en los genes no podrán cantar en un puente de Venecia, ni al margen del Himalaya. Los labios insinuados en la carnegita de una rosada cabeza de alfiler, que a nadie clava, sin punta de esgrima, ni lanza... labios que no besarán nunca a sus madres distraídas. Las joviales italianas, las Alfonsinas María Ligorio, no podrán adoptar en la maceta de sus entrañas asoleadas esas semillas de durazneros y manzanos. No habrá nunca primavera para estos árboles de flor y fruto. La pulcra pinza de plata trabaja como grúa que descarga contenedores en el puerto de Londres: 1- 17- 184- 2002- 3028- 3199- 3299 + 1 = 3300, ya todos están deshielados en alcohol y en el agua descontaminada del Támesis. Mañana es otro día y tanta cabecita de alfiler será incinerada como en Auschwitz, según lo prescribe la ley del Lord de Londres. Hoy es la fiesta del cantante patrono de los moralistas, san Alfonso María de Ligorio, doctor de la Iglesia. Hoy es el cumpleaños de mi madre, hoy es primero de agosto de mil novecientos noventa y seis, es el cumpleaños de ese jardín donde yo era una cabeza de alfiler y tenía un germen de labios para besar su frente jazminera. Hoy.

Diario de Navidad itinerante

8 de diciembre, Roma.

Tarde de estorninos retrasados. Juan me presenta una fotografía de la Anunciación del Ángel a la Virgen, pintada en añil y en estupor por Antonello da Messina. Flandes y Venecia ayudaron ocultamente a los pinceles de Antonello en tal asombro: labios de la Doncella como bordes de cáliz, manos en sutil danza, libro abierto en el verso de la profecía. En esta urbe nos llueve finamente en el Monte Esquilino. Con algo de vaguedad respiramos Juan y yo. Hay más sed de redención que por toda la tierra reseca en Galilea. "¡Destilad, cielos, el Rocío!".

23 de diciembre, Bregenz, junto al lago de Constanza.

Por su interior recorro el vientre de la ballena de Jonás. Vivo aquí dentro de hace nueve meses, o desde cuatro semanas de Adviento, o desde ayer... No distingo del todo los calendarios que llevan al parto. El cetáceo es también una iglesia varada entre el lago y la colina. Cruje toda la techumbre. Sólo una joven en la primera fila de reclinatorios en el templo vacío. Tiene una lamparilla de aceite entre las manos. Oscilación del reflejo de la llama sobre el rostro. En el pesebre, todas las figuras se doblan hacia el oro de unas pajas que alzan la cuna ya tibia, pero aún vacía. Saldremos expulsados de este vientre virginal. El Niño será alumbrado cuando la lámpara de la joven consuma la última luz del aceite. Cruje. Esta entraña se estremece.

25 de diciembre, lago de Constanza.

¿Quién sostiene a quién en este mediodía de Navidad? En Bregenz, dos torres góticas de ladrillo rojo, ventana sin vano, dejan abierto el espacio del lago entre sus dos agujas verdinosas por el óxido del cobre. En el centro del agua, una sola balandra recibe en su velamen detenido todo el tamizado sol boreal. Desde la lejanía, en la orilla de Lindau,

unas torres blancas rielan como pastores, guían ellas esas diminutas casas con lana de ovejas nevadas. Por la playa avanza el rebaño hacia el velero, hacia el Niño, que navega entre las dos torres de Bregenz-Belén. Dos torres rojas, María y José, flanqueando el pequeño velero Jesús. Adoran y vigilan. ¿Sostiene el oleaje a la balandra? No, dice el Ángel. Este Niño es quien redime de la penumbra de la muerte a todo el Lago de Constanza y a las señales góticas y blancas.

31 de diciembre, San Silvestre, montañas de Lungau.

Me cuenta el castellano de Mautendorf que, por estos meses, todas las aguas se hielan en la encumbrada fortaleza medioeval. Entre crestas, murallones y torres, en el centro del acosado patio del castillo, se acumula la nieve. Se solidifican aquí todos los líquidos -precisa el castellano- menos el agua bendita en la capilla de la Virgen con el Niño. Abajo, en el pueblo, hace ya semanas que el viento de los cipreses se funde con el murmullo del horror por los seis asesinados y el suicida. En el cementerio la nieve ha cubierto, con sus pieles de oso ártico, los montículos de flores de las seis tumbas recientes. Los cirios titilan todavía. Irene fue enterrada junto al novio. La niña, entre el padre y la madre inclinada al morir. Solitario, inhumaron al señor alcalde. En alguna ladera del bosque, bajará luego la noche de San Silvestre sobre las cenizas del suicida asesino. Necesito mojar las yemas de mis dedos en el agua bendita que no hiela.

1 de enero, Roma.

Los padres jóvenes alzan a los hijos como peces vesperales sobre sus hombros, para que miren a gusto el Belén en la Plaza de San Pedro. Una red de luceros eléctricos fascinan y retienen en alto las manitas enguantadas. El obelisco es un dedo, pino de piedra y jeroglífico. Entre tanta familia morosa, cruza la plaza empedrada un guardián de florestas. Carga su maleta verde. Atraviesa el Tíber hacia el Campo di Fiori. Bajo un instante de luz macilenta, sube enérgico la escala al cuarto de alquiler por temporadas. Las vigas de encina saben en exceso de otras historias cuando la casera recibe los dineros adelantados. Unos desnudos, desde una lámina, observan con ajada impudicia. Se incluye tal decoración en el arriendo. Después, el guardián de bosques parte sobre

la mesa los primeros panes dulces de este año. Afuera, las floristas han dejado algunos maceteros con estrellas de pétalos escarlatas. Ahora, se cuelan las flores como pájaros olorosos por la ventana brevemente entreabierta. Terminó de cenar el vigilante silvestre. Pone en orden de inicios de año su ropa y sus contados libros. Descuelga la lámina de aquellos cuerpos de carne vieja. Desde una caja de cartón corrugado extrae, una a una, las figuras compradas a un tallador de la montaña. Vienen envueltas en papel ocre: una cabra arisca, una oveja y su cría mamando, un pastor oteando el cielo, otro pastor cobijando contra el pecho una ovejita friolera, San José con un farol entre la barba, el Niño Dios como sol tendido, ella, la Purísima, con el obelisco de su frente de virgen coronada en el aroma.

El día romano del 29 de enero

1. Indicios

Cuando esté ya en silencio aquí, entre las siete colinas, y mi cántico ronde en la Presencia, quedarán dos vestigios. Alguien podría descubrirlos con una lupa de bolsillo, como el detective, al iniciar la encuesta, lee las huellas digitales en el borde del plato. Los dos rastros serán mis cosas y las anotaciones al margen de mis libros. "Por los recintos los conoceréis". Flores de las acuarelas en los muros. Los grabados con barcos coloridos. Los caballos de madera o bronce cabriolando en los anaqueles o espantando las moscas con paciencia asiática sobre las mesas. Aquellos indicios dirán que fui ave de jardín, jinete ebrio entre las olas. Y las notas en las páginas serán granos de incienso.

2. El instante del beso

De pie en la gran plaza, lo más hermoso es no saber la hora. El reloj es el timón y el timón es la brújula, y la brújula, el señorío del puerto. La oscuridad del tiempo es el reloj del hijo. La ignorancia es la obediencia del amor. Acepta ella por alimento los granos de arena que se escurren dentro en la clepsidra. Si el Padre tiene el cómputo de los cabellos numerados uno a uno, él también es minucioso matemático de las arenas que allí se deslizan. En la angostura de este reloj se encuentran dos cálices de vidrio. Rueda el minúsculo grano blanco por el estrecho transparente y se besan la copa abierta al cielo con la copa vuelta a tierra. Sostuvo el relojero de la Vía del Moro en el Trastévere que la arena al escurrirse no hace ruido. Se equivoca. Es un listo, lo dice para vender sus artefactos. Se escucha perfectamente la clepsidra, como auditiva es en las caracolas toda la música del mar. Si levantas con la mano el reloj de arena de tu vida y recortas su forma contra la luna nueva, oirás que los dos cálices se tocan en el mismo instante cuando un niño besa la sortija de su padre.

3. Dedicar

Si hablas ahora, te derramas. El arroyo es bendición de la huerta, pero es un desangrado pálido. Dura lo que la lluvia quiera mojarlo. Si ahora narrases, te quedarás sin argumento, tendrías que recibir la confianza de Dios sin poder responder fuego con fuego. Por

eso, la Trinidad te descuaja las palabras y te enclaustra en la torre de Babel. Si nadie entiende tu lenguaje al final de cada día, terminarás por callarte. Dejarás de ser arroyo transeúnte. En el espantoso silencio de las noches, llegarás, hilo a hilo, a ser manantial, remanso de todos los verbos de la nostalgia. Sólo entonces podrás dedicar a Dios toda tu vieja ternura tan herida.

4. Poeta

Yo sé que nadie leerá estos poemas. Lo sospeché en los recitales bajo los árboles. Tuve el anuncio cuando el verso se fue sonoro en un periódico del domingo. Sólo la musa es la lectora. Lo vi con claridad un mediodía invernal cuando, al linde de la tumba de Fra Angelico, se desprendió el cristal de mis anteojos de romero. Estalló en añicos por la piedra gastada del templo. Lo entendí mientras los añicos depositaban su rocío nocturno sobre los huesos del tembloroso monje que pintaba retablos de rodillas. Entonces supe con certeza que nadie había leído nunca mis poemas. Sólo la musa es la lectora. Allí en Santa María sopra Minerva, se me reveló la sentencia: en la orla del Trono, sí, gozarás de los retablos de este fraile aromático, sólo dentro del Dosel de la Trinidad, la musa preguntará en serio por tus versos.

Buscando

(oración de un padre por su niña secuestrada)

Toda esta ciudad es un sótano nocturno, todas las calles son el laberinto de un perro que se muerde la cola. Padre, ya conozco todas las cabinas de esos teléfonos que terminan en mutismo con un zumbido sin palabras, sé cómo la esperanza de un jardín puede llevar a un muro peor que un portazo de la cárcel. Yo he subido las escaleras de todos los juzgados buscando, y en los gabinetes de la policía empapé las mesas metálicas con llantos de amanecida y de noche, buscando. Se han cansado los intendentes y los ministros, se han cansado los de talla gruesa, buscando. Las fotografías de mi niña están ya gastadas por mis dedos, buscando, en las estaciones del tren subterráneo, buscando, bajo los árboles llovidos de niebla (¿ha visto usted a esta hija aurora?). Muestro las fotos como rosas ajadas, como un gorrión, buscándola, como una llave de libertad, buscándola, muestro y muestro sus cinco fotos como un argumento final, buscándola. No tengo, Padre, más que estas fotos que van palideciendo con los días, buscándola. ¿Joven, ha visto usted a una niña tan azahar y tan trigo, tan remanso y tan aroma sin cuerpo? Ya he gastado los mapas de los barrios, buscando, no hay cerradura impertérrita a la cual no le imploré clemencia, buscando, y el tiempo, Padre, me envuelve con una mortaja lenta y firme. Padre, tú tienes una brújula en el corazón, buscando, tú tienes un detector de metales en tu mano infalible, buscando. Padre, ¿dónde está mi tesoro, mi norte pequeñito? ¿Dónde está? Padre, por qué no destapas la geografía de esta ciudad horrible, por qué no tiras a rodar tu sol por las calles y los techos, buscando, por qué no alumbras ahí donde ella tiembla acurrucada lejos de mi aliento. ¿No ves que yo soy, en un solo dolor, padre y madre buscando? ¿No eres tú mi Padre infinito y mi madre infinita en un solo amor, no soy yo tu hijo único encontrado? ¿O no ves como me sangran los ríos? ¿O no la ves a ella en las sombras? ¿Se te perdió también a ti? ¿Te la robaron también a ti? No, Padre de este padre, no. No. Yo sé que tú sabes, yo sé que tú puedes, buscando, infinitamente más que la policía de los arcángeles, yo sé que basta el sonido de tu barba contra el viento y la ciudad será barrida de toda congoja, de toda trampa de los gangsters, de toda nube de azufre, de toda garra del Demonio. Padre, vuelve ahora a escuchar a Jesús en el Calvario: "Padre ¿por qué me has abandonado?". Yo te lo digo desde esta cruz de hielo y mi niña te lo repite desde su cuarto ignoto:

“Padre, ¿por qué me has abandonado?”. Padre, no nos dejes pudrir en el sepulcro, resucítanos a ella y a mi vida, mándanos el Espíritu Santo Vivificador, el Espíritu Santo del abrazo, el Espíritu Santo del beso, el Espíritu Paloma que atravesó la lápida de aquel sepulcro nuevo de José de Arimatea en Jerusalén y resucitó a Jesús el Domingo. Que el Espíritu venga a poner a mi niña dentro de mi pecho y vivamos en ti, Dios Vivo. Padre, en este infierno descubrí tu corazón más que en los siete cielos, supe por qué enviaste a tu Hijo a la muerte de cruz, por qué pagó el precio de su divina sangre para rescatarnos. Yo ofrecí todo mi dinero, mi paz y mi pobre sangre para rescatarla a ella... Ahora te conozco: ahora sé que el hijo es la vida, ahora sé que sin el hombre tú no tenías todo el cielo en el cielo, sé que libremente te ataste al hombre con las cadenas de la necesaria respuesta, con la necesidad de escuchar su risa y sus pasos de hijo, sólo ahora sé por qué escogiste el nombre de Padre Nuestro y por qué nos extrañó tanto, tanto. Sólo ahora sé que cuando los secuestradores roban todas las huellas del hijo y no queda ni su olor a naranja silvestre, entonces, si el padre mira su propia mano añosa, descubre la vida entera del hijo en la propia palma surcada de historias indelebles. Padre, aquí en el filo del morir, imploro cuando anochece: abre tu mano de Dios todopoderoso, acoge la mano de mi pequeño jazmín, la hija que me diste en encargo, duérmela este Viernes Santo en el corazón secreto de María, duérmela en esa fortaleza inexpugnable, en ese jardín rumoroso y tibio, en esa cuna radiante, en esa Madre que no se marchita, duérmela en el manto que el Dragón no puede rasgar, duérmela en el corazón de tu Hija Madre y me basta, aguardando el instante del encuentro.

Amor de poderosos

El joven rey era justo y noble y tenía todo lo que un heredero de la poderosa y rica dinastía jamás tuvo. Guerras victoriosas y alianzas, nuevas minas de diamantes y siete años de cosechas ubérrimas precederán su nacimiento. Lejos, en el reino más allá de las alturas nevadas, la princesa Palmaluna era la perfecta novia, por su sensibilidad en el arte de la música y en el cultivo de flores traídas de los oasis más perfumados.

Los sabios de ambos reinos pensaron que los dos jóvenes debieran casarse. El joven rey cruzó la montaña y llegó al palacio de Palmaluna. Todo está preparado para el encuentro. Ella había ayunado antes, orando al Dios omnipotente y vestía hermosísima.

Cuando ambas comitivas estuvieron frente a frente, los servidores intercambiaron los regalos. Los sabios se retiraron. El rey joven y la princesa comenzaron a contar cada uno su historia. Al calor de las palabras, fueron abriendo sus corazones. Justo cuando el ruiseñor cantó desde un cedro, ambos supieron que se amaban. En ese instante ocurrió algo inaudito: ella y él enmudecieron. Las voces se ahogaban en las gargantas. Por amor encendido, estaban cerca, pero el silencio los dejaba solos. Así, callados, pasmados de extrañezas, cada uno sintió que la corona que llevaban les oprimía las sienes. Al mismo tiempo casi, las retiraron de sus cabezas dejándolas por el suelo. Así las encontraron los sabios al volver a ese gran salón enmudecido. Lo más sorprendente es que el rey y la princesa podían hablar con las demás personas. Pero en vano intentaron dirigirse nuevas palabras el uno al otro. Un pesado manto de tristeza envolvió a la comitiva y a los consejeros del reino.

De noche, pocos dormían en el palacio y en el pueblo. Instrumentos plañideros cortaban la oscuridad con sus lamentos. Por razón de esa música, nadie escuchó el aleteo de las alas de los arcángeles. Uno, todo en azul, visitó a la princesa insomne. Un arcángel rojo empujó al joven rey desde la ventana al interior de su cuarto. Los dos enviados de Dios, traían sendos sacos de lino crudo. Y ambos entregaron el mismo mensaje. A él y ella dijeron: "si quieren recobrar el habla para poder amar, deben vestir las ropas que les traigo en este fardo". Tanto anhelo tenían, que cada uno aceptó vestirse de mendigo, pues tal era el ropaje que les ofrecían los arcángeles. El rey y la princesa quedaron irreconocibles con sus ropas raídas. La instrucción fue terminante. "Tenéis que ir a la entrada del puente de piedra y ponerlos a pedir limosna a los viandantes".

Apenas la luz del alba despejó la bruma del río, estaban los dos en la cabecera húmeda del puente. Ellos se miraban con la misma calidez del solcito matinal. Estaban muy próximos y muy distantes. Pasó un herrero en su mula: "Por el amor de Dios, una moneda", sonó la voz cristalina. "Ayúdeme con un pan, por el amor de Dios", dijo el varón entrecortando los vocablos como súplica a dos molineros. Así, los transeúntes de siempre fueron cruzando ante ellos. Muchos no daban nada a las manos extendidas. A algunos les conmovió la forma de pronunciar "amor" y la dulzura de ese golpe que sube de los labios exclamando "Dios...", "Por el amor de Dios...".

Ya hacia mediodía, eran él y ella perfectos pordioseros y agradecían desde el alma cada limosna que guardaban en una pequeña alforja común.

Cuando el sol alcanzó el cenit exacto, los arcángeles les soplaron al oído: "Volved al palacio por la puerta de servicio".

Así lo hicieron mirándose calladamente, pero al entrar al gran salón, cuando él ofreció a ella agua de una jarra de alabastro las palabras brotaron melodiosas. De los labios de la princesa nació entonces una canción de primavera. Ahora podían hablar y amarse y casarse.

En la ceremonia de la boda, el Sumo Sacerdote explicó a todos el enigma:

"Habitantes y viajeros, ellos no se podían encontrar en las palabras, porque eran muy ricos y poderosos. Sólo cuando fueran mendigos que imploraban un don 'por el amor de Dios' pudieron reconocer que el uno para el otro son un regalo gratuito, sin mérito. Sí, habitantes y viajeros, el amor de un hombre y una mujer es hermoso y perdurable sólo cuando lo reciben como dos pordioseros, dos niños que abren los ojos y el alma con estupor y gratitud".

Dicho esto, el Sumo Sacerdote ciñó la corona al joven rey y a la princesa venida de las montañas de nieve pura. Y las coronas no dañaron las sienas, las enaltecieron en la verdad.

Plática en Bodas de Plata sacerdotales

Nada hay que confunda así el calendario y salte las distancias tan soberanamente. Incluso que supere del todo el tiempo y el lugar. La eucaristía convoca en una sola fiesta a los moradores del cielo, a los participantes y a los que reciben sus frutos. Así, este 16 de julio de 1986, en el Monte Sión de Schoenstatt, cuando el Rin corre allá abajo como orla de un manto abarcador. Por eso, no me atenderé hoy a todas las exigencias de la geografía y de las relaciones cronológicas.

La eucaristía anuda también fibras sorprendentes. Las combina en la urdimbre rescatándolas de morir, las purifica y les da una veracidad que adelanta la belleza eterna del amor. Así, en la hostia puede haber trigo turbio que llega a ser Cristo. También la cera no arde jamás con ojos tan claros.

Una fibra que se entrelazó hoy es la dedicatoria del último libro de Jorge Luis Borges. Ella tiene ahora un cumplimiento litúrgico. Aquí se ejecuta su sentencia: "sólo podemos dar lo que ya hemos dado". Lo glosaría yo de este modo: sólo entra en el cáliz y en la patena lo que en estos veinticinco años ya hemos dado. Más aún, todo eso es donable porque el Padre nos lo dio primero.

Soy descendiente

Antes que un sacerdote se acerque a celebrar la Cena del Sacrificio, lo precede una multitud. Por eso me glorío en afirmar que soy un descendiente, un discípulo, un hijo. Conservo en mi habitación un libro editado en 1937 en Santiago de Chile. La primera edición es parisina de 1909. Tiene un empaste de género casi tosco. Sus grandes páginas contienen 70 grabados en negro con la explicación de cada cuadro enfrente. Nosotros podíamos hojearlo las tardes de domingo como algo precioso. Es un "Catecismo en estampas". Artísticamente no vale nada. Es muy Saint Sulpice. El texto es moralizante con una impregnación jansenista capaz de entristecer al más esperanzado. Y sin embargo, para nosotros, los niños, era una ventana de primavera. ¿Cómo explicarse esta contradicción?

El adusto libro contenía verdades que eran más fuertes que el lenguaje y los dibujos. Y el catequista era un hombre que había descubierto arduamente el mensaje de la

misericordia de Dios. No en vano se sentía muy próximo de Teresita de Lisieux. El catecismo nos lo enseñaba mi padre. Ocurría sólo después de pasar juntos largas horas en su cuarto de trabajo. Él, revisando papeles y escribiendo. Nosotros, entreteniéndonos con unos juguetes mecánicos que únicamente se podían usar en aquellas ocasiones. Al final, venía la explicación de los misterios. Todavía hoy experimento la calidez y la certeza serena que irradiaba el rostro de mi padre. Mamá tal vez agregaba una frase al pasar, ilustrando mejor los balbuceos del creyente.

También tengo una cruz. Pequeña, un trabajo de marquetería artesanal y nácar. Con todo, es muy sencilla. El corpus es de bronce. Por detrás se lee borrosamente "Jerusalén". La trajo de Tierra Santa un médico peregrino, para mi abuelo paterno. Él y su esposa, mi abuelo materno y mi padre, murieron besándola. Cuando yo tomé hábito a los 18 años y partía, dejando a mi madre viuda con ocho hijos menores que yo, le pedí que me regalara esa cruz para llevármela a Europa. Me contestó que no podía hacerlo. Pero, el mismo domingo de la ceremonia, cuando yo ya vestía el talar negro, ella me abrazó, me entregó el crucifijo y me susurró al oído: "No mires nunca hacia atrás, siempre hacia adelante". No dijo: no mires nunca hacia abajo, siempre hacia arriba. Habló del horizonte.

Soy discípulo. Si nombrara a todos mis maestros, los que verdaderamente me modelaron, debiera componer una letanía muy extensa. Debiera nombrar sacerdotes, profesores, artistas, políticos, obispos, nuncios del Santo Padre, niños, campesinas ("las viejas mamas"), mineros del desierto... gente de muy diferentes países y lenguas. Pero, si miro con serenidad estos años diría que la Providencia quiso sellarme por un gran maestro. Lo que aprendí de otros no lo habría entendido sin él, o lo habría olvidado, o lo habría traicionado. En muchas ocasiones he imaginado lo que, con los años, habrán recordado algunos jóvenes de París de su encuentro con Ignacio de Loyola; u otros cuando el "Poverello" se les cruzó por la vida en el siglo XIII. Por esto mismo releo con emoción al apóstol Juan quien escribe, después de sesenta años, que sus primeras palabras con Jesús las intercambiaron cuando "era más o menos la hora décima" (Juan 1,39). El Único Maestro se me manifestó en el padre José Kentenich.

Tenía yo la edad del adolescente Juan. Mi hora décima fue en el santuario de Bellavista. Ya sacerdote caminé con él por un cementerio de Milwaukee, reímos juntos desde un ventanal del segundo piso. Durante días él me pasó el alba y la casulla sacerdotales que acababa de utilizar para que yo las vistiera. Los ornamentos estaban aún tibios de su sangre y su eucaristía. Conversamos también de espiritualidad, teología, arte, política internacional. Me preguntó mucho, me escuchó silenciosamente, a ratos con los ojos entornados. Bordeó mi libertad con palabras de sabiduría que después fueron brújulas en la borrasca y maderos salvadores de muchos naufragios. Ciertamente, de modo misterioso e inefable, me engendró en el sacerdocio. Yo era sacerdote por un sacramento indeleble, pero sin él habría vivido como un corcel, que llevando la marca de su dueño, corre por la pradera de otros señores.

Los españoles dicen que el pueblo hace al rey. La Iglesia hace al sacerdote. No sólo me hizo monseñor Manuel Larraín, el noble obispo que me comunicó un poder que le venía de los Doce, sino que de muchos cristianos inaparentes. Como comprenderán debo respetar sigilos. Por eso no diré el nombre de un bautizado todavía joven que, estando yo enfermo, ofreció su vida por mí. Poco después murió y yo sané. Hay una carmelita que desde mi niñez imploraba para mí la gracia de la vocación. Vive aún y se consume por mi fidelidad. Durante decenios una mujer sencilla rezó por mí dos rosarios diariamente y lo último que hizo antes de partir de esta tierra, fue encomendarme como herencia a la plegaria de su hija. De esto yo no sabía nada. ¿Y de cuánto más no sé nada? Sí, estoy seguro que a mí me arrastran las cadenas de fuego de una solidaridad misteriosa en el Cuerpo de Cristo.

Patria, mundo y cielo

Cada hombre piensa que el campanario de su aldea es el centro del mundo. Pero si se mira bien, mi patria es un rincón despeñado sobre el océano. Bien pude cumplir todos los años en esa esquina entre el desierto y los Andes. No fue así. He ejercido mi sacerdocio en una docena de países. Debo decir que en cada uno de ellos reconozco calles, aromas, ruidos, me esperan rostros, podría reentablar diálogos, hilvanar con predicaciones anteriores... No lo busqué. La misión de Schoenstatt me empujó al camino. A un corazón que recibe tal tratamiento no le queda otra cosa que ensancharse. Por

esto ya sé que nunca más me sentiré enteramente en casa en un solo paisaje. Es un mosaico de escenarios y amores que, movido por María en un caleidoscopio, suele dar imágenes premonitorias del cielo.

Chile permanece como un constante alojamiento del alma. Agradezco mucho a María que me invitase a llevar por toda mi patria su imagen histórica de Maipú. En verdad, yo era un santiaguino con algunas escapadas veraniegas. También tenía muchos estreñimientos de mi mundo social. Fue ella quien me abrió los cofres del alma popular y me enseñó a querer la provincia y otros barrios y otras mentalidades de mi ciudad de origen.

Los avatares dramáticos del Chile contemporáneo me exigieron, en unión con nuestros obispos, dar un aporte por la dignificación de los más postergados y de los perseguidos. En algunas experiencias límites, el ejemplo acuciante del padre José Kentenich en Dachau, me dio vigor para arriesgar seguridades en beneficio de mis hermanos. Sobre todo, me siento latinoamericano y un verso que escribí en el Friburgo helvético preparando mi primera misa, lo musito como antifona hoy día:

“Padre, te presentaré la hostia...
mírala dentro de mi patena
que es plato azteca
de cobre que masticaron
como a una coca esperanzada”.

Un don inmenso del periplo de mi apostolado latinoamericano lo constituye el encuentro y el trabajo en común con los teólogos del CELAM¹. Momento culminante fue la Conferencia del Episcopado en Puebla. Allí, bajo la mirada del “dulce rostro moreno” de Nuestra Señora de Guadalupe, viví un acontecimiento de Pentecostés para nuestro continente.

¹ Consejo Episcopal Latinoamericano.

Algunos filones más ricos

- Un gentío de ángeles cabe en un rosal blanco. Lo más hermoso de una existencia de sacerdote tampoco ocupa lugar: son las Eucaristías, los Sacramentos, la Palabra anunciada. Estrictamente si tan sólo hubiese ocurrido esto, habría justificación y felicidad para mil vidas. Es una galaxia de misericordia. A los relojes de los terrícolas les es muy difícil computar los años luz y los milenios con los cuales podría diseñarse en algo esta eficacia.
- Otro tesoro lo constituyen unos lingotes sumergidos. A través de un agua verdosa apenas se percibe el esplendor de los metales preciosos. Son los encuentros con personas que, en algún día, se abrieron filialmente y mostraron lo que la gracia les había regalado o les estaba ofreciendo. Esas confianzas eslabonan vínculos que desde el exterior tienen generalmente un talante de rutina, pero que establecen una comunión que ni la psicología ni la sociología podrán explicar nunca. Por el Espíritu, el Buen Pastor continúa palpitante en el pobre andamio de los instrumentos de barro. Atestiguo que así ha ocurrido conmigo durante 25 años. La paternidad de la Primera Persona es real e histórica a través de los sacerdotes de Cristo, especialmente cuando el sacerdocio está iluminado por la maternidad de María. El universo de estos nombres confiados a mí, quiero ponerlo en el cáliz y en la patena de cobre y esmalte azul que estreno en esta misa.
- Otro esplendor es el del relámpago. Una luz de evidencia casi enceguecedora. Dios está aquí, él ha triunfado en la vida de sus hijos. Y de súbito, la oscuridad. Como después de la anunciación a la Doncellita de Nazaret. Tras tener ante sí a Gabriel comunicándole los más insondables misterios, el relato nos dice con suscita y estremecedora frase de san Lucas que “el ángel dejándola, se fue” (Lucas 1,38). El relámpago es fugaz y, en las cavernas de la noche, el caminante se pregunta si lo que esa luz de un instante desveló es un espejismo o es la más crasa realidad. Como sacerdote sé que varios relámpagos me mostraron islas que ahora no sé dónde navegan, pero sé que existen y que son maravillosamente fértiles. Por ejemplo, ¿qué fue el Congreso Eucarístico de 1980 en Chile? Ninguna sociometría puede registrar ese acontecimiento. No interesa tampoco citar autorizadas opiniones. Lo que me importa es que yo estaba allí parado en la noche cuando el relámpago mostró un

portento del Cristo Eucaristía. Casi un archipiélago flotante de luz que ya va mar adentro, fue el centenario del padre fundador de Schoenstatt. Mucho de lo más importante fue hecho por gente joven. Y todos fuimos más jóvenes en Schoenstatt. Se nos dio una gracia de fidelidad creadora para mejor vivir la vocación de esta familia carismática. En esa ocasión volví a sentir muy cerca a Juan Pablo II. Ese y los anteriores encuentros con el “pelicano polaco” me han penetrado medularmente. También estas alabanzas las traigo esta mañana.

- Si alguien pusiese sus dos manos para encauzar unas cuantas gotas, y notase que, poco a poco, el hilillo de agua pasa a ser un arroyo y después, un río insostenible y sereno... ese diría que comenzó haciendo un servicio al agua, para más adelante ser bañado por ella y terminó siendo un nadador alegre entre las olas. Esta es también mi historia. Varias veces experimenté mi sacerdocio como la vocación del zahorí que lleva una pequeña rama entre los dedos, la cual se curva hacia la tierra seca porque en lo hondo hay una vena de agua que llama al vegetal. Entonces el zahorí dice: “si cavamos aquí un pozo, nacerá una vertiente”. El zahorí no fabrica el agua, sólo tiene un trocito de bosque entre sus yemas. De esos partos de vertientes que llegaron a ríos de la Iglesia, podría nombrar varios. Uno lleva un nombre indígena que significa “tierra preparada”: Maipú. Es el santuario nacional de Chile. El Cardenal Raúl Silva Henríquez me nombró su primer rector. El agua de ese río pasa hoy al borde de este monte y el Sumo Sacerdote ciertamente escucha su rumor.

Riesgo de Dios

Todo pudo no ser. Quizás por eso es que todo me parece un ensayo. Durante muchos años de sacerdote tenía la viva sensación de que, por equivocación de alguien, estábamos representando una obra en la cual me cabía un papel totalmente desproporcionado. Los acontecimientos se hilaban por eslabones fragilísimos. Y sin embargo, resistían la historia. Todo lo grande y lo santo pudo no ser en mi vida. Todos los crímenes y traiciones pudieron muy bien ser. En un poema de “Longino Traspasado” resumí mi íntima

experiencia: "El sobreviviente es el único que algo ama". Esta historia ha sido extremadamente peligrosa. Dios arriesgó mucho llamándome. Baste recordar que mi generación sacerdotal es, de lejos, la más diezmada en la historia de la Iglesia de mi patria. Hace 25 años fueron ordenados en la arquidiócesis de Santiago unos 15 presbíteros, de ellos sólo un par sigue ejerciendo el sacerdocio.

También mi salud fue quebradiza. Los accidentes y las enfermedades que se pueden reconstruir en mi hoja médica, son apenas un símbolo de otra fragilidad y de mi pecado. Por ello al describir el cielo, en un cántico de difícil lectura, puse una frase que un niño de catecismo escribiría: "misericordia es roca de esta ciudad". Algo de esto debió intuir el padre José Kentenich cuando me miró las pupilas, en un atardecer enrojecido del mes de mayo de 1952, en Bellavista, y me escribió a modo de viático en un pequeño trozo de papel, la frase paulina: "Cuando soy débil, soy fuerte".

El campo de mi hontanar

La persecución de la Gestapo fue mucho más fácil de sobrellevar que la áspera prueba a la cual la jerarquía sometía a la Familia de Schoenstatt. Quienes no lo vivieron, dificultosamente podrán imaginarlo. Creo que desde esa época algo ocurrió en mi interior, como también en muchos schoenstattianos. Es una experiencia, limitada y precaria, de lo que expresó el padre Kentenich, en ese momento, cuando dijo que su vida podía resumirse en dos palabras: "Dilexit Ecclesiam".

En lo más duro del trance con el Santo Oficio, surgió una canción que nosotros, jóvenes seminaristas, cantábamos vibrantes: "Schoenstatt, mi gran amor". Esta familia me ha enseñado a vivir en función de la Iglesia del pasado mañana. En torno al santuario, aprendí de ellos, que no interesa tanto remozar la fachada de los templos que se levantaban enhiestos en mi niñez, sino que, alegremente, hay que trabajar sin fatiga en la cantera para que, en las nuevas orillas de la historia, la humanidad comulgue a Cristo en la casa de la Iglesia.

Mi forma de ser schoenstattiano es ser padre de Schoenstatt. Es un sacerdocio comunitario, una familia de pastores. Aquí, en este monte, puedo ser hijo, hermano y padre. Por esto que, el modo más feliz de rubricar esta eucaristía, sería que yo entonara, en la presencia de quien es el paterfamilias de mi comunidad, el salmo "Sión, todas mis

fuentes están en ti". Esta Acción de Gracias concelebrada con el padre Francisco Javier Errázuriz, en nuestras bodas de plata sacerdotales, es para mí un sello de esta confesión.

Nombrar

En un prólogo, Guillermo Blanco escribió: "Joaquín Alliende es poeta y sacerdote. O sacerdote y poeta. ¿Cuál se pondrá primero? Y en el fondo, ¿qué más da? Es las dos cosas en una sola experiencia humana. En ambas, la palabra resulta esencial. Sin la palabra, ni habría Evangelio, ni Iglesia, ni hombres, ni -en cierto modo- Cristo, que es el Verbo. Tampoco poesía". Lo cito aquí porque Guillermo tocó una zona profunda.

Me ha sucedido que, al ir por un bosque aledaño de Schoenstatt, disfrutando del espectáculo, experimento una vaga incomodidad. Me cuesta no conocer el nombre de los pastos, de los árboles, de los pájaros, de los insectos, de los musgos. El escozor no termina hasta que no encuentro respuesta en diccionarios y manuales. Cuando descubrí en una librería de Mallorca la "Guía práctica ilustrada para la vida del campo", que en 250 páginas me contesta muchas preguntas pendientes, tuve una de las grandes alegrías de los últimos tiempos. Nombrar es conocer. Conocer es adorar. Llego con todas las palabras y todos los ecos de las palabras que alguna vez escuché. Con palabras diré el Evangelio y consagraré el pan y el vino. Estos verbos me permitirán anidar mi pueblo, mi cultura, mis hermanos de este mundo en el corazón de la Trinidad.

Curiosamente mi sacerdocio ha tenido un destino que podríamos llamar paulino. No he bautizado a numerosos niños; ha habido épocas en que he podido administrar muy poco el sacramento de la reconciliación; no son muchas las parejas cuyos matrimonios bendije... pero debí anunciar muchas palabras del Mensaje. Me alegra recordar que hubo tiempos en que prediqué hasta 12 horas diarias. También, que el Verbo encarnado me invitara a la poesía y a escribir para la Iglesia. ¿Cómo no recordar a la joven en cuyo seno virginal la Palabra de Dios se hizo hombre y de quien aprendió el lenguaje de su pueblo?

De la Iglesia militante

A mi edad todos tenemos cicatrices. La pregunta es en qué combate, bajo qué bandera. Inmerecidamente, algunas de estas cicatrices me vienen de luchas por la buena causa. Otras, porque me aparté de Dios o por torpezas mías. Rememoro estas huellas por si a algún sacerdote o a algún cristiano le sirva conocer un comentario que me surge del balance de estos 25 años. Telegráficamente se debería redactar así: todo fue gratuito, pero todo fue combate. Es simplemente constatar que mi sacerdocio lo es de la Iglesia militante y que, en un tiempo como el nuestro, quien no quiere luchar terminará de esclavo.

Creo que he sido a veces vehemente en demasía y me gustaría pedir perdón a todos los que ofendí injustamente. Por otra parte, en horas de encrucijada, formulé el siguiente propósito: no quiero bajar a la lid, entrar en pugna con nadie ni con nada, si no es estrictamente necesario por la causa de Cristo; pero jamás quiero rehuir ninguno de los combates que el Señor me pida sostener. He visto tristes cobardías y eso me hace temer ser cobarde yo mismo. La humanidad de hoy, nuestra Iglesia, necesitan a varones, a padres, que sepan dar la cara, que aborden los problemas, que enfrenten situaciones, que mantengan su atalaya aun cuando nadie les quiera seguir. En el envío de esta eucaristía quisiera que el Espíritu se fuera conmigo para ser valiente siempre.

Amor

“En la tarde de la vida nos examinarán en el amor”. El poeta y sacerdote Juan de la Cruz lo sabía bien. Yo no sé si está atardeciendo. Nadie lo sabe. Sí estoy seguro que he cambiado en mi sensibilidad a esta palabra. A lo largo de dos decenios sacerdotales me resistía a predicar sobre el amor. Ciertamente lo hice, es imposible hablar del cristianismo de otro modo. Pero, esta palabra era un “sancta sanctorum” que yo rodeaba de atrios y naves, que envolvía con un velo denso. Argumentaba interiormente: el amor es o no es. Y es muy fácil resbalar a un verbalismo sentimental. En los últimos años experimento un apremio creciente, lo único que realmente me interesa es el amor, pero un amor que sea el cumplimiento gozoso y libre de la verdad y la justicia. Amor de fidelidad, trasunto del Cristo Pelicano que el Viernes estaría diciendo a su Padre:

No me cambies la corona.
No me laves los escupos.
No me disuelvas el vinagre.
No me quites los clavos.
No me descuelgues del madero.
No me acortes la agonía.
No me regales el paraíso,

si aún ellos beben de mi herida.

Amor pronunciado en una advocación de la Madre de Dios que me parece la más definitiva: María Trinidad. Con ese nombre entiendo a la Virgen que es habitáculo viviente de las Tres Personas, nudo de cielo y tierra. Precisamente porque las palabras gravitan, es que de esto casi no se puede hablar. Pido prestado al padre José Kentenich su trisagio. Cada sílaba es importante y es un horizonte que se despliega, y es el hondo sentido de mis 25 años de sacerdote, y es el programa, el imperativo quemante:

“El universo entero
con gozo glorifique al Padre,
le tribute honra y alabanza
por Cristo con María
en el Espíritu Santo,
ahora y por los siglos de los siglos.

Amén”

De un peregrino de Chile a San Millán de la Cogolla

Lo primero que me brota desde el aliento son preguntas. ¿He ascendido por un valle este viernes 13 de noviembre de 1998? ¿O me he sumergido en la entraña del origen? ¿He inaugurado pasos o estoy volviendo? En verdad, este gozoso encuentro es un retorno a la cuna de mi habla castellana y a la memoria del Sacramento que me hundió en la fe trinitaria de la vida.

Una mujer que pronunció el español con el acento claro y mestizo del río Elqui, allá en el Norte adusto de Chile, Gabriela Mistral, nos dejó un poema titulado "El Regreso". En él dictamina sobre la ascesis de los retornantes definitivos, los que son modelo de cuantos nos dirigimos a nuestras raigambres.

"Desnudos volveremos a nuestro Dueño...
y desnudos volveremos al abra".

Aquí, donde el nobilísimo códice escribe, como primero, de "nuestro dueño Christo"; aquí, escoltado por las abras que nos miran, sigo la admonición mistraliana y, despojado, escalo por los peldaños de las ideas esenciales.

Con todo, llego con mi historia de hablador del español. Vienen mis padres que me musitaron las primeras sílabas del cariño. Acudo con mis maestros y cuantos me nutrieron de los gérmenes y los panes del idioma. Me honro de venir a nombre de la Academia Chilena de la Lengua, portando ecos de Alonso de Ercilla y Zúñiga y de dos premios Nobel, Gabriela y Pablo Neruda. Pero son interminables las voces que traigo, de la poesía y de la prosa. Siento que el brazo chileno del delta del idioma, en un ejercicio de amor agradecido, curva hoy su flecha para revertir su curso y sube desde nuestro Océano Pacífico a esta sierra riojana.

En mi alforja de romero envolví con premura y diligencia un presente que me vino quemando al cruzar la geografía de la ruta. Al borde de los roqueríos del Valle, y medido con el pico alerta de San Millán, este trozo de nogal tallado tiene porte diminuto. Sin embargo, en los gestos de la madera está la impronta y el presagio de infinito. Es una representación coetánea nuestra de un tipo escultórico que floreció hacia fines del gótico y que los estudiosos denominan "Trono de Gracias". Con él se plasma una imagen quedamente ígnea de la Trinidad inefable. El Padre sostiene en sus brazos compasivos y enérgicos al Hijo nacido de la Mujer, según reza la carta a los Gálatas (4,4). Y, entre

ambos, oscila el Espíritu, la Paloma Eterna. Se mece como un beso en la “osculatio plena”.

Amigos, esta belleza lígnea se gestó en Chile por los dedos de un escultor venezolano, el padre Ángel Vicente Cerró. Ocurre tal como con el patriarcal venezolano Andrés Bello, quien nos esculpió a los chilenos la gramática y la justicia. Es trozo de un árbol que demora, pues sólo despunta sus hojas en la primavera ya tardía. Nogal que agrega sus anillos de crecimiento anuales con parsimonia. Y, recordémoslo en esta casa de San Benito, sabios son los nocedales por la calma en vivir. También la escritura de mi encargo está labrada sobre nogal: “La Fundación Mario Hiriart, en memoria del origen trinitario del idioma. Octubre de 1998. Santiago de Chile”. Es decir, se recoge la sentencia del hecho que en esta abadía se documenta sobre vieja piel y tinta leal. Es la profesión de existencia regia que aquí se aquilata entre muros mozárabes y junto a marfiles románicos. Hontanar, “origen trinitario del idioma”. Igual que el bautismo. Aguas de vida para rescatarnos de los yermos inertes y de las soledades de la piedra sin follaje ni fruto.

La inscripción une el luminoso acontecimiento fundante de la lengua con dos nombres propios. El vocablo toponímico es antiguo como el habla de España: Santiago, el Hijo del Trueno, un predilecto entre los Doce, quien en la noche de aquel Jueves, escuchó al Maestro las confidencias del misterio íntimo de la eterna comunión de los Tres que existen en el latido único del “Soy-El-Que-Soy” (Éxodo 3,14). Santiago Apóstol, que engendró ciudades con su borbotón rojo de protomártir de los Doce. Santiago, columna que es un puente entre cuantos hablamos español en las dos orillas.

Junto al Apóstol, nuestro texto convoca a un ingeniero chileno, un Siervo de Dios, un discípulo del Verbo Encarnado, un santiaguino que muere en 1964 a los treinta y tres años, simbólica edad de Cristo. A este Mario Hiriart, el distinguido Académico Ernesto Livacic, lo calificó de “gran escritor”, si bien apenas nos legó un diario de vida redactado, noche a noche, al deslizarse la pluma fiel. Es que en el ingeniero y profesor universitario chileno se cumple aquello de León Felipe: al final, de nuestros poemas tal vez apenas queden algunas plegarias. Mario Hiriart, de muy joven, reiteradamente transitó

estupefacto por el mismo valle elquino de Gabriela. Allí pudo recoger de ella la súplica. “Señor, pálpame el corazón hondo”. En esa zona extrema y genuina, el Dios vivo habrá escuchado un clamor ronco y tierno, que Mario dirigió a la Bienaventurada Virgen: “Madrecita, Reina de mi corazón, que te entregue el timón de mi alma para que tú la conduzcas hacia la Santísima Trinidad”. “¡Cuánta falta me hace ser sumergido por completo en la vida de Dios Trino, no simplemente en los sentimientos, sino en los hechos!”. Se trata entonces de algo del todo contrario a lo que el Libro de Job nombró “palabras de viento” (Job 2,26). El lenguaje de Hiriart está empapado del manantial que a los pies de la “Cucuya” vosotros custodiáis. “Cono aiutorio de nuestro dueño dueño Christo dueño salbatore...”.

Es la sangre verídica que nos vino de la Península cual testamento de dignidad. Se nos dio por las venas de Chile y de la América más nuestra. Ese mismo flujo que se expresa en el Diccionario de Autoridades, cuando define “palabra” como una alocución que “explica los conceptos del ánimo y es propio sólo del hombre”. Justa la afirmación, porque sólo el hombre puede decir en un lanzazo de libertad y donación “dueño get ena honore”. Sólo el hombre puede revertir todas sus traiciones en coronaciones, todas las esclavitudes en filiación trinitaria. Sólo el hombre, hijo de Dios, puede transfigurar las confusiones babélicas en un Pentecostés del lenguaje unanimador. Sólo este rey caído y resurrecto puede cambiar el ocultamiento del triste Adán y la triste Eva, avergonzados por su desnudez. Sólo desde su interioridad autoconsciente, puede crecer la petición heliotrópica de bienaventuranza “ke delante ela sua face gaudioso sogamus. Amen”.

Sí, Reverendísimo Padre Abad, sí, hermanos en los orígenes, sí, aquí en una misma peregrinación todos retornamos y todos inauguramos continuamente. Gracias por el camino y la vigilada meta trinitaria. Gracias por atesorar y desenterrar ofreciendo el vagido del español. Gracias por abrirme el cofre y sellarme el gozo. “Gaudiosos sogamus. Amen”.



2.

**tierra
animada**

Belén en América mestiza

¿Dónde se pueden leer los pueblos? ¿Hay una biblioteca al aire libre donde se guarden los documentos del alma popular? ¿Hay un poema de barro y color, de fibra y piedra lamida por el viento? ¿Esta revelación será la Navidad, cuando no se está de duelo, ni tampoco es la trilla, ni la vendimia, sino que es final de año y todos optan por ser niños y tomar el juguete de la vida confiadamente..? ¿Qué? ¿Quién los viene a apaciguar y a contentar, disipando los nubarrones?... En la hondonada más honda de los pueblos de la América mestiza ¿cuándo se siente mejor el beso de Dios sobre nuestra vida caliente y temblorosa? ¿Es en Noche Buena?

Navidad de Belén es la respuesta positiva a todas estas preguntas, porque es aquella noche en la cual Dios, como un rocío, se destila sobre la lana de todos los anhelos humanos. Y es solidario con nosotros absolutamente en todo, menos en el pecado. Es así. Lo saben Rosa de Lima, Marianita de Quito, Juan Diego de Guadalupe, Teresa de los Andes, el paraguayo Roque González, y esos árboles como un mástil verde de la selva que son los mártires misioneros de Brasil y tantos otros. La letanía de rostros es interminable, porque aquí efectivamente hubo violencia, rapiña, rencor, venganza demencial. Y sin embargo, en ese estiércol, brotó la flor nívea y perfumada del Niño y una interminable fila de adoradores ha estado viniendo a arrodillarse. A pedirle a la Madrecita, tan joven y virginal, que nos pase desde la cuna, desde su pecho, a nosotros ese Jesús recién nacido.

América mestiza, indígena y afro, ibérica y telúrica. Tiene un modo familiar, un tuteo adorante para tratar con el Dios inmenso de las cordilleras, y los océanos selváticos o salados. Somos tan pecadores como lo fueron siempre los pueblos, pero hay algo todavía mucho más fuerte: sabemos que somos hijos. Sabemos que este título de nobleza implanta, en el mismo instante de la adopción divina, la condición fraterna. Si Dios se hizo Hermano de cada persona nacida de mujer ¿quién puede calificar de extranjero a otro ser de carne y alma?

El pesebre de Belén es la primera acta, simple y solemne, de los derechos humanos para los pueblos de América morena: el Dios de todos, vuelto Niño, es la roca de nuestra dignidad y la comunión de nuestra sangre hermanada. Todo lo demás son consecuencias que hay que apurar y exigir, día a día. Los ademanes de nuestros pesebres americanos tienen larga tradición, la cual llega a nosotros a través de grabados venidos de Europa. El texto canónico de san Mateo y de san Lucas, desde temprano, recibió en el arte las imaginaciones de los llamados evangelios apócrifos. Momento decisivo es el de san Francisco celebrando, en una cueva en el farellón de Greccio, la Noche Buena de 1223. En esa oscuridad, el pobre de Asís, teatralizó por primera vez, un Nacimiento vivo, donde los personajes evangélicos eran representados por gente del lugar y él, como diácono que era, cantó el Evangelio y predicó. En 1372, santa Brígida visita Tierra Santa. En la gruta de Belén se le concede una visión de lo acontecido en la noche del Nacimiento. Conocemos lo que ella narra por el libro titulado Visiones. En esas páginas, se nos dice que la Virgen estaba arrodillada adorando al Niño que reposaba en la cuna; San José sostenía una luz en la mano. La narración de santa Brígida influye a nuestros artesanos hasta hoy. A veces, San José se pone un traje antiguo en este arte popular. Otras, parece un campesino recién llegado de las tierras de labranza. Ella, la Virgen Santísima, tiene el frescor de todas las hermosuras porque es la Bendita por la Trinidad, y los artesanos la quieren como a sangre propia. El Niño sólo tiene pañales y desnudez (la gota de lluvia primaveral sigue siendo la misma durante dos mil años). Los hay de todas posturas. Los "santeros" suelen seguir a los maestros. Por ejemplo, ese Niño Jesús de gozosa expresividad, casi tan animado como un danzarín, según lo talló el Caspicara quiteño, hacia 1795. Otras veces, el recién nacido duerme con la manito derecha sujetando la sien.

Los pastores y los reyes traen sus regalos. Junto al oro, al incienso y a la mirra del Evangelio, se suelen agregar frutas secas, dulces, juguetitos. Los reyes representan las diferentes edades: un joven, un adulto, un anciano. Otra importante diversidad entre los magos es la de las razas y sus colores. En el rey venido de África se identificarán las gentes de tez negra. Aun sufriendo la ignominia de la esclavitud, ellos se sentirán reyes en la figura coronada de Melchor (con ceremonia de coronación y todo en el brasileño Pernambuco). Serán tan protagonistas los afroamericanos que, en muchas regiones, a

la fiesta de Epifanía le llamarán "Pascua de Negros". Las ropas de los personajes cambian según las regiones y los materiales y los dedos que los plasmaron. Es muy natural. Ya en Nápoles, desde 1478, los belenes adquirieron una amplitud -como de gran teatro del mundo- donde a los pies del Nacimiento, aparecían escenas de la vida cotidiana: herreros junto a la fragua, mercados variopintos, panaderos madrugadores, lavanderas inclinadas, tabernas en jolgorio.

El genio católico se atrevió a presentar a los participantes del relato bíblico, con los trajes y gestos del lugar y del tiempo de la gente común. Esto no es una equivocación ni una concesión a demandas desmesuradas de los fieles. No, que el Evangelio se meta en la vida actual de cada época, es totalmente legítimo y es necesario. Los 2000 de la venida de Jesús nos recuerdan lo ocurrido en Belén. Allí, Dios entró a todos los pueblos y a todas las generaciones, no sólo a aquel instante privilegiado de Israel. La Encarnación del Verbo, de la Palabra de Dios, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, continúa. Ese misterio persigue, amorosamente, a todos los hombres para decirles que ese Niñito de la Noche se llama Emmanuel, tal como lo narra el Evangelio y lo canta la poesía criolla. No quisiéramos nunca olvidar que "Emmanuel" significa "Dios-con-nosotros". Dios con Venezuela y Colombia. Dios con Guatemala y Honduras. Dios con la gente de Costa Rica y Panamá. Dios con la familia cubana. Dios con el que sopla la quena en Bolivia. Dios con el gaucho y el porteño. Dios con Uruguay. Dios con el mimbrero de Chimbarongo, con el pomairino, con el atacameño, con el mapuche, con el pascuense. Dios con la señora de Quinchimalí y el chilote. Dios con el santiaguino y el penquista. Dios con Valparaíso y Rari.

Nuestra tradición mestiza es barroca. Por ella fluye el legado franciscano que quitó a los templos la exclusividad para exponer los pesebres. Siguiendo al Santo de Asís, los frailes avicindaron al Emmanuel aún más próximo de cada uno, y lo llevaron a las familias. Desde 1600 en adelante, encontramos belenes en casas de pobres y ricos. Estos meses del 2000 han sido el tiempo del Gran Jubileo, del Año Santo. Millones han peregrinado a Roma y a Tierra Santa, a un Belén estremecido por los cañones de la guerra. Ahora, la Pontificia Universidad Católica de Chile convocó a los cultores de

nuestra América, para que echaran a volar sus manos mágicas entre los materiales y nos ofrecieran el testimonio de su fe. Ella dice que la Encarnación del Verbo continúa. Con estos artesanos queremos cruzar el umbral del tercer milenio, cuando se nos dice que la campana ha tocado a globalización del planeta.

Para entrar sin traspies en el futuro hay que tener una luz que resista el temporal. Clonación del ser humano, empobrecimiento de la capa de ozono, economías locas, armamentismos, narcotráfico, crueles guerrillas y los pobres esperando y esperando. A algunos se les apaga la llama. Tal vez pensaron que el hombre salvaría al hombre, que era suficiente con ser hábil y luchar. Es necesario pero no basta. La dignidad y la fraternidad deben ser sostenidas por el Niño Dios de Belén. Sólo él es capaz de encender a ángeles, pastores y reyes, con el cántico eficiente de la paz.

Ahora, en esta Navidad jubilar del 2000, aquí al pie de los Andes, al borde del Mapocho en deshielo primaveral, Jesús Niño, María y José no podrán resistir el verso mexicano que les invita:

“y reciban por mansión
no nuestra pobre morada,
pobre morada,
sino nuestro corazón”.

El necesario vigor de la cultura propia

I. ¡Ay del solo! La patria como encuentro

Es muy difícil datar las novedades históricas. En forma creciente, los estudiosos dan la fecha de 1968, como inicio del cambio epocal significado en el nuevo milenio. No me detendré a pintar el tiempo anterior ni el panorama emergente. Presentaré algunas afirmaciones de lo que, según mi entender, Chile precisa para seguir siendo una patria que ayude a los suyos, en ese caminar sostenido hacia lo que hace más felices a los hombres. Porque, en definitiva, de eso se trata, cómo hacer más plena, honda y gozosamente humana la existencia de las gentes de este país.

Sabemos que el ser humano llega a la tierra radicalmente incompleto, necesitado del útero social. El sentido de su biografía es crecer, desplegar sus potencialidades, vivir más colmadamente. Ese proceso siempre ocurre en una serie de encuentros. Es esta la significación del grito latino: "Vae soli", "¡Ay del solo!". La patria es la familia de un encuentro constante, que arropa la soledad de cada hombre en su historia.

I.1. Globalización e incertidumbre

Hoy, todos los muros de las naciones están llenos de rendijas, de resquebrajamientos o de ventanas voluntariamente abiertas. De modo recurrente se dice que el cambio ha sido acelerado y con razón. La vertiginosa rapidez ha producido desconcierto. La incertidumbre se extiende como un ánimo generalizado. La acumulación de preguntas acosa a muchos jóvenes y los retiene. Es el fenómeno del "no estoy ni ahí", o del "pasotismo" español: del dejar "pasar" todo porque no se sabe a qué tren subirse.

Todas las campanas de cristal se quebraron y las visiones valóricas, que transmite la cultura, ya no podrán ser tan convencionales como antes. El pluralismo global, que es omnipresente con sus ofertas, desafía a la libertad de cada uno para vivir, no en aras de

la convención social, sino de una convicción personal, que sea capaz de sostener aquellas convenciones sociales verdaderamente necesarias.

Pero ninguna vida individual tiene el tiempo ni la energía para responder a todas las preguntas ineludibles. Ser hombre es demasiado arduo y peligroso. Ortega y Gasset decía que, una vaca en la pradera, engordará o se pondrá magra, pero jamás dejará de ser vaca. En cambio, el hombre puede traicionarse tanto, que llegaríamos a decir que ha dejado de ser hombre.

1.2. El hombre en la cultura de su pueblo

Por ello, es que el ser intrínsecamente social que es el hombre no puede vivir sin la cultura, entendiéndola como el “estilo de vida de un pueblo” (DP 386)², el que expresa sistema de valores y actitudes, visiones, interpretaciones de la realidad y símbolos, de tal comunidad. Cuando los territorios ven desvanecerse sus fronteras por el internet, el turismo masivo y la televisión satelital, lo que establece y alimenta la cohesión de un país es su identidad cultural. Sólo las naciones que tengan un vigor cultural podrán entrar -creadoramente- al diálogo entre los pueblos, a la hora de la globalización.

Hemos experimentado este último año, con dolor, la escasísima gravitación política de Chile en el mundo. Conocemos nuestro volumen económico, el que se puede documentar en cifras bien precisas. No serán esos títulos los que perpetúen nuestra personalidad histórica, en el nuevo horizonte que ya está dibujándose con trazos gruesos. Nuestro mejor capital y la única posibilidad cierta de subsistencia es nuestra identidad cultural. Desgastarla es desvanecer a Chile. Encapsularla es castrar a Chile. Enterrarla es sepultar a Chile. Cuidarla, nutrirla y proyectarla es darle legitimidad histórica. Este patrimonio de un pueblo es la decantación de su historia.

1.3. Cultura, identidad de un pueblo

Cuando en 1868, el úcase imperial de Rusia disolvió el gobierno polaco y prohibió su idioma, creía acabar con una nación de nueve siglos. Durante 50 años exactos, Polonia

² III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, Documento de Puebla (DP) número 386, inspirado en el Concilio Vaticano II, Gaudium et spes (GS) número 53, del, citado en esta misma página.

no aparecerá en los mapas, pero vivía en su cultura, anidada en la matriz subterránea de la fe cristiana.

El Concilio Vaticano II, se adelantó mucho cuando consagró una descripción que ha tenido, posteriormente, múltiples aplicaciones. “Con la palabra ‘cultura’ se indica todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus múltiples cualidades... las distintas condiciones de convivencia y el diverso modo de utilizar las cosas, de realizar el trabajo, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias y las artes y de cultivar la belleza” (GS 53).

En América Latina, ya en 1979, la Conferencia Episcopal de Puebla, elaboró ampliamente el concepto.

En el marco de nuestras reflexiones, quisiera señalar que no basta la inercia de una cultura para perpetuarse. Se precisa un hálito de entusiasmo. La identidad de un país es la posesión del sentido de sí mismo. El entusiasmo, es el fulgor de una plenitud de sentido, que proviene de una afianzada identificación con lo que se es. El empeño normal de una comunidad apenas sirve para mantenerse, en tiempos tranquilos. Si Chile quiere entrar en el proceloso mar de la globalización, necesita un cierto plus de adhesión vocacional que llamamos entusiasmo o alegría de ser un tal país.

1.4. Ponderación de la noción “cultura”

En junio de este año, Bernardo Kliksberg, Vice-Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), caracterizó a la cultura con los siguientes términos:

“‘La cultura es maneras de vivir juntos... moldea nuestro pensamiento, nuestra imagen, y nuestro comportamiento’. La cultura engloba valores, percepciones, imágenes, formas de expresión y de comunicación, y muchísimos otros aspectos que definen la identidad de las personas y de las naciones. Las interrelaciones entre cultura y desarrollo son de todo orden, y asombra la escasa atención que se les ha prestado. Aparecen potenciadas al revalorizarse todos estos elementos silenciosos e invisibles, pero claramente operantes,

que involucra la idea de capital social.”³ Kliksberg trae dos citas interesantes. La primera de Amartya Sen: “los códigos éticos de los empresarios y profesionales son parte de los recursos productivos de la sociedad”. La segunda de Hedy Nai-Lin Chang: “los valores juegan un rol crítico en determinar si avanzarán las redes, las normas y la confianza. Valores que tienen sus raíces en la cultura, y son fortalecidos o dificultados por esta, como el grado de solidaridad, altruismo, respeto, tolerancia, son esenciales para un desarrollo sostenido.”⁴

2. La cultura transmite valores

2.1. Las preguntas fundamentales

A través de la transmisión cultural se median los valores, como respuesta a las preguntas fundamentales del hombre en la tierra: ¿qué sentido tiene la existencia? ¿qué es el amor? ¿quiénes son la mujer y el hombre? ¿por qué el sufrimiento? ¿qué aproximación hay al enigma de la muerte? Son estas las cuestiones que Laín Entralgo llama de “ultimidad”. En los pueblos hay una respuesta global, que se formula en el inconsciente colectivo, al modo que los antropólogos denominan “poético”. Este modo se articula en mitos fundantes, grandes metáforas que explican el misterio del hombre.

2.2. Los mitos: fundamento y herencia

Aquí entendemos “mito”, no como una leyenda caprichosamente imaginada, sino como una formulación arquetípica, desde el alma popular. En estos mitos, o parábolas, se retiene la intuición que motiva al pueblo para caminar, crecer y luchar. En esa imagen o acción se destila la identidad cultural, el más preciado tesoro de una comunidad histórica. Se trata de algo que se hereda, de generación en generación. Este legado no es un objeto. Es algo vivo, por lo tanto, vulnerable y promisor. La cultura puede destruirse o acrecentarse.

³ Kliksberg Bernardo, “El rol del capital social y de la cultura en el proceso de desarrollo”, ponencia en el Seminario Reconstruyendo nuestra convivencia, Santiago de Chile, 8 de junio de 1999, p. 14.

⁴ ibidem, p. 14.

Decir que los pueblos necesitan de la tradición, significa que todo hombre, por el hecho de habitar en un pueblo, es un heredero. Actualmente, es tan brutal la fractura entre generación y generación, que se ha perdido la conciencia de ser herederos. Este hecho, en vez de producir existencias individuales pletóricas, produce biografías amorfas e intrascendentes, números en la masa. Alain Finkielkraut, el brillante y joven filósofo francés, acaba de sostener: “lo cierto es que sin herencia no se puede acceder a una verdadera existencia individual”⁵.

3. ¿Hay un mito para la autocomprensión de Chile?

3.1. Herederos emprendedores

¿Hay un mito chileno donde se resuman las respuestas de nuestra cultura a las interrogantes de la condición humana? Tal mito, si lo logramos formular y aprehender, sería la semilla insustituible que debemos alimentar y proyectar en los nuevos desafíos de la globalización. Vocación de herederos emprendedores, acometedores, sí. Guardianes de museo, no. Los talentos, en la parábola evangélica, había que hacerlos producir. Y los granos de trigo, de los cuales habla Cristo, tienen por tope el ciento por uno.

3.2. “Almuerzo dominical bajo el parrón”

Llama la atención que, múltiples encuestas y estudios, indican que el chileno, difícilmente, puede imaginarse la felicidad fuera y lejos de una familia. Pareciera que esto ronda por la médula de nuestra identidad nacional.

Hay una novela de los últimos años que, a mi modo de ver, ha cogido bien el mito chileno de la felicidad: “Morir en Berlín”, de Carlos Cerda. Narra acerca de uno de los viajes globalizantes de un sector de los chilenos, cual fue el exilio de los años '70 en

⁵ Finkielkraut Alain, “Cultivarse es aprender el arte de hacer sociedad”, entrevista en El País, Madrid, 24 de agosto de 1999, p. 10.

adelante. Los personajes están expatriados en la tristísima capital de la República Democrática Alemana, la DDR. El personaje masculino, un intelectual chileno, abandona a su compañera, chilena también, para irse con la hija del más alto jerarca comunista. Cuando la tragedia es definitiva, la abandonada Lorena, entra por el túnel de la desolación total. Le brota, por contraste, la nostalgia de la dicha sentida como mujer de nuestra cultura. En esa noche berlinesa, está desterrada y descuajada del que ella ama. Entonces se despliega, desde el pozo oscuro de su añoranza, la visión del mito chileno de la felicidad. Allí imagina que retorna a Santiago, para un almuerzo en familia, en un domingo radiante, bajo el parrón. Lorena habla al amado que la deja: “Yo fui para ti, una luz salvadora. Pero esto mío que te iluminaba es la luz que robé de la casa de mis padres, ahora tan solos, tan en la penumbra por mi culpa. ¡Si supieras cómo quiero estar con ellos! ¡Si supieras cómo quiero estar con mis hermanas, abrazarlas, llenarlas de besos, ir besando también uno a uno a sus hijos que no conozco! Cómo quisiera estar **en mi casa de niña, bajo el parrón en un almuerzo de domingo**. Me veo sentada a la mesa con todos los que me quieren de verdad.”⁶

Este es el paraíso soñado en el estrato profundo del alma chilena. Desde este mito de identidad hay que entrar a la globalización, no sólo para defenderlo, sino para hacerlo crecer y ofrecerlo como proyecto compartido entre los pueblos.

4. Capital social y cultural

4.1. Bernardo Kliksberg

Estas reflexiones desde la cultura no están fuera de lugar en una reunión de empresarios, economistas y políticos. Diría que esta materia es la más importante, a la que un foro como este debe abocarse si quiere tener capacidad de futuro, en tiempos de la aldea global.

En su citada conferencia, Kliksberg lo dijo sin ambages: “La cultura es un factor decisivo de cohesión social... preservar los valores culturales tiene gran importancia para el

⁶ Cerda Carlos, Morir en Berlín, Planeta, Santiago de Chile, 1993, pp. 121-122. (El marcado en negrita es mío.)

desarrollo, por cuanto sirven como una fuerza cohesiva en una época en que muchas otras se están debilitando.”⁷

4.2. Capital cultural, descripción y valor

No está solo en sus consideraciones. Se enmarca dentro de una corriente que cobra más y más adeptos, entre vigías muy alertas en la materia del desarrollo de las naciones. Su plataforma de pensamiento es el capital social y cultural.

Para estos autores, el capital cultural se describe así: “Las personas, las familias, los grupos, son capital social y cultura por esencia. Son portadores de actitudes de cooperación, valores, tradiciones, visiones de la realidad, que son su identidad misma”⁸. Su ponderación del flujo entre cultura, economía y desarrollo es altísima: “La actividad cultural ha sido vista con frecuencia, desde la economía, como un campo secundario ajeno a la vía central por la que debe avanzar el crecimiento económico... Sin embargo, el desarrollo cultural es un fin en sí mismo de las sociedades. Avanzar en este campo significa enriquecer espiritual e históricamente a una sociedad y a sus individuos... ‘Es un fin deseable en sí mismo porque da sentido a nuestra existencia’... ‘Sin desarrollo social paralelo no habrá desarrollo económico satisfactorio’⁹.

5. Igualdad y libertad son imposibles sin fraternidad

5.1. Octavio Paz

El horizonte en que nuestro ethos cultural nos obliga a situar el problema de la globalización, tiene un contexto histórico muy abarcador. Están en juego las grandes variables de los últimos siglos de la historia universal, y el pronóstico del siglo que viene.

⁷ Kliksberg Bernardo, o.c., p. 15.

⁸ ibidem, p. 9.

⁹ ibidem, pp. 27-28 y 8.

Nos apoyaremos en dos latinoamericanos destacados.

El primero es el pensador Octavio Paz, quien sostiene que el programa de la revolución francesa -libertad, igualdad y fraternidad- da un balance de fracaso, después de doscientos años. Dice el mexicano, que el siglo diecinueve fue el intento de realizar el programa de libertad a toda costa, sacrificando la igualdad. Primer fracaso. El proletariado industrial acumuló resentimiento que llevó, en el siglo veinte, a una estructura social de igualdad a todo precio, incluso el de la muerte de millones de personas. Segundo fracaso, que se desploma con el muro en 1989. Conjuguar libertad con igualdad, dice Octavio Paz, no ha sido posible porque no se tomó en serio la fraternidad, la que sería el alma necesaria del proyecto social. Pues bien, ¿se puede imponer la fraternidad auténtica? o ¿ella sólo puede brotar en un clima moral y al calor de una motivación, que en definitiva, es religiosa?

¿Es posible ser hermano, genuinamente hermano, de alguien si no hay una autocomprensión de los hombres como hijos de un Padre común? La historia de los dos últimos siglos pareciera decirnos que no.

5.2. Enrique Iglesias

No deja de ser significativo que, cuando el economista Enrique Iglesias, Presidente del BID, cita las afirmaciones de Octavio Paz, de modo recurrente, las enlaza con las de S.S. Juan Pablo II, como un profeta de la fraternidad práctica entre los hombres: "... el siglo XXI debería ser el de la fraternidad, el de la solidaridad. Y creo que Juan Pablo II dice una gran verdad cuando nos recuerda que no se trata de construir cualquier tipo de sociedad, y menos aún una basada en el individualismo, sino una sociedad que tenga como centro de su motivación material y espiritual, la solidaridad"¹⁰.

6. Economía, cultura y religión

6.1. Relación intrínseca de economía y cultura

Establecer una relación entre economía, ethos cultural, religión y cristianismo en América

¹⁰ Iglesias Enrique, "El siglo XXI debe ser el siglo de la solidaridad", entrevista en El País, Madrid, 9 de agosto de 1999, p. 10.

Latina, no es un recurso indebido. Hay una trabazón interna y objetiva. Claro está que no hablamos de cualquier forma de vivir la religión, la que se puede transformar también, en freno al desarrollo y hasta en “opio del pueblo”. Debe ser una religión con autocrítica, en diálogo constante con el mundo.

6.2. No cualquier forma de religión

Una religión que también vive la globalización desde su propia identidad carismática, sin ser una respuesta acomodaticia al mercado, ni a la moda de los vagos anhelos de trascendencia. Una religión que sea humilde y profética, nunca dominadora e impositiva, siempre oferta a la libertad y servicio a la responsabilidad. El destacado filósofo protestante Paul Tillich, desde Francia, aportó muchos elementos a la reflexión contemporánea de este asunto. “Lo sagrado no se coloca junto a lo secular, pero sí en sus profundidades. La sacralidad es el elemento creativo y, al mismo tiempo, el juicio crítico de la secularidad. Pero la religiosidad puede existir únicamente si al mismo tiempo constituye un juicio de sí misma; un juicio que debe emplear la secularidad como un instrumento de la autocrítica religiosa.”¹¹

6.3. Peter Berger

El gran sociólogo norteamericano, Peter Berger, un verdadero clásico actual, hizo personalmente el proceso de una porción calificada de la sociología de la segunda mitad de este siglo. Él compartía la creencia que: “la fidelidad para con la religión institucional debe necesariamente declinar” y que: “la religión atañe únicamente a la esfera privada, siendo por ello irrelevante para la vida política”¹².

Con esta disposición inició una memorable investigación en 1975, junto con Richard Neuhaus. En razón de los datos empíricos obtenidos, mutó radicalmente su postura,

¹¹ Tillich Paul, *El futuro de las religiones*, Ed. Megápolis, Buenos Aires, 1976, p. 98.

¹² Berger Peter, *Potenciar al ciudadano. El rol de las estructuras intermedias en las políticas públicas*, CEP N° 49, Santiago de Chile, 1993, pp. 204-213.

descubriendo la incidencia decisiva de lo religioso en todos los comportamientos sociales y políticos.

“Sea cual fuere la propia actitud respecto a la religión, esta suerte de indolencia ante el fenómeno, constituye necesariamente una seria flaqueza de buena parte del pensamiento sobre las políticas públicas... No es posible ya omitir que (las instituciones religiosas) juegan un papel particularmente importante en lo que respecta al modo en que la gente ordena sus vidas y sus valores en los ámbitos más cercanos y más concretos de su existencia.”¹³

Berger y Neuhaus son contundentes. Señalan los prejuicios que impiden ver la actual y decisiva gravitación de la religión, en la vida de los pueblos: “Pocas instituciones han demostrado, y siguen demostrando, un influjo tan persistente como el de la religión. Pareciera que esa influencia es percibida como residual sólo en la medida que el afán perjudicado de secularizar la cultura y la vida política lo requiere y precisa actuar como si fuese efectivamente residual... El discurso gubernamental que ignora el papel de las instituciones religiosas... obedece a un prejuicio claramente antidemocrático”¹⁴.

6.4. ¿Hay un peligro teocrático?

Los mismos Berger y Neuhaus se encargan de clarificar las razones para la sospecha que siempre merodea, cuando se trata el tema religión y sociedad: el intento de dominación teocrática, por parte de las Iglesias. Peligro éste que, en el Islam fundamentalista y en otros integristas de todas las religiones, adquiere cuerpo real. Los autores se refieren a las Iglesias contemporáneas de Occidente y sostienen: “El peligro actual no es que las Iglesias, o alguna en particular, se hagan cargo del Estado. El peligro bastante más real, es que el Estado asuma las funciones de la Iglesia, excepto cuando se la define, con estrechez, como una religión limitada al culto y la instrucción religiosa”¹⁵.

¹³ ibidem, p. 204.

¹⁴ ibidem, p. 206.

¹⁵ ibidem, p. 208.

6.5. La anticipación de la Conferencia Latinoamericana de Puebla

Llegados a este punto de nuestro discurso, me veo obligado a desvelar algo personal, a mostrar un par de cartas a ustedes. Sabemos que nadie medita en el vacío. Siempre, desde una cierta experiencia personal. Tuve la oportunidad de participar en la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, a inicios de 1979, en Puebla. Si comparo los textos sobre economía y cultura de sociólogos y economistas actuales, me veo obligado a decir que, la Conferencia General de Puebla adelantó, en 15 años, los recientes resultados de esos científicos. Lo de Puebla ocurrió bajo el impulso del Concilio Vaticano II. Pienso que este es un caso que corrobora la verdad de una expresión del Papa Paulo VI, hombre cultísimo y de una gran visión secular, mundanal, del cristianismo: la tradición judeo-cristiana es una instancia histórica “experta en humanidad”¹⁶. Esto es una especie de olfato histórico, de validez profética. Porque participa de una “sabiduría” que se adelanta al “saber” empírico. A partir de ese acierto, me atrevo a dar dos pasos más, con el documento de la Conferencia de Puebla en la mano.

6.6. El núcleo religioso de la cultura

Los invito a recorrer con la mirada algunos hechos. Por ejemplo: el renacer chiíta en Irán, los enfrentamientos recientes en Argelia, la prohibición, en la última semana, de una fuerte corriente budista en China, la vigencia de la religiosidad popular chilena, el crecimiento del evangelismo en nuestra patria, la afloración de movimientos laicales dentro de la Iglesia Católica. Estos fenómenos, tal vez, nos permiten aproximarnos a una comprensión de la sentencia tan citada de André Malraux: “El siglo XXI será religioso o no será”.

En ese mismo sentido, Puebla tiene un párrafo redactado por una gran figura de la teología argentina de este siglo, el Pbro. Lucio Gera. Lo cito textualmente porque no se puede decir, de modo más medular, la trabazón entre cultura y religión: “Lo esencial

¹⁶ Documento de Puebla, 511 y 1268.

de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuestas a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcionen con una orientación positivamente religiosa o, por el contrario, atea. De aquí que la religión o la irreligión sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura -familiar, económico, político, artístico, etc.- en cuanto los libera hacia lo trascendente o los encierra en su propio sentido inmanente" (DP 389).

7. "Conocer un hombre es conocer su Dios"

Apliquemos a Chile la relación cultura y religión. Se puede hilar, de modo fluido, aquello que describimos como el núcleo mítico de nuestra cultura, con el cristianismo que lo sella. Hay una relación profunda entre esa imagen del almuerzo dominical bajo el parrón, con un Dios que nace dentro de una familia de Nazaret y, en definitiva, con el misterio de un Dios Trinitario que no es soledad, sino comunión.

En los albores del cristianismo, allá en Antioquía, cuando le solicitaron al obispo Teófilo "muéstranos a tu Dios", respondió: "muéstrame tú a tu hombre y yo te responderé cómo es mi Dios"¹⁷. Si en la raigambre del ethos cultural chileno, hubiese un Dios impasible, solitario, incomunicado e inaccesible, las Lorenas exiladas en el dolor de Berlín, no añorarían las mesas bajo el parrón. En efecto, la imagen cristiana de Dios que ha marcado a Chile, engendró el ethos familiar de nuestra identidad cultural.

8. Algunas consecuencias en el umbral del 2000

8.1. La formidable energía social del Padrenuestro

Esto tiene múltiples consecuencias en el umbral del 2000.

Proyectemos nuestra identidad cultural sobre una dolorosa llaga que desangra nuestra indispensable cohesión como pueblo: la división entre chilenos en los últimos tres o

¹⁷ Teófilo de Antioquía, *A Autólico*, I, 2.

cuatro decenios de este siglo. El desgarrar no es sólo asunto privado, o un problema de algunos sectores entre sí. Es cuestión de presencia cohesionada, de calidad en la identidad, en la perspectiva de la globalización. Pero, ¿qué fuerza interior, qué sensibilidad moral es capaz de mostrarnos a cada uno, los errores, las omisiones y las faltas del pasado para restablecer la amistad de chilenía?

Si no hay un Dios absoluto, las acciones humanas no tienen medida y se descompensan. Sin Dios, todo se torna desmesurado, descontrolado, inmanejable. Así es como algunas reacciones justificadas frente a los problemas de la división entre chilenos, han cobrado una dimensión ilimitada. La única forma de que las posturas contrapuestas se proporcionen unas a otras, para lograr la paz, es que se contrapesen con Dios, el único valor absoluto. La vigencia social de Dios redimensiona las cosas al auténtico porte humano. De lo contrario, las legítimas opciones políticas se transforman en patriotismo excluyente, el cual termina usurpando el lugar de la religión. Y esto es grave y socialmente peligroso. Sólo en una sociedad proporcionada con Dios se puede facilitar lo más divino que es el perdón. A esta luz se comprende la formidable energía social y política que contiene el Padrenuestro, cuando es oración auténtica y mordiente. “Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”.

La reconciliación ahorra largos caminos de enfrentamientos. ¿Qué habría sucedido entre Francia y Alemania, en 1870, si hubieran podido convenir en un Padrenuestro existencial? Tal vez, 1914 y 1939, no habrían sido comienzos de terribles guerras. Por otra parte, el que Argentina y Chile, fueran naciones donde el Padrenuestro tenía vigencia cultural, fue ciertamente decisivo, en 1978, para evitar la catástrofe inminente.

8.1.a. Pecador perdonado y perdón social

El hombre sin trascendencia puede caer más fácilmente en la trampa de la autojustificación, pero también pueden ser atrapados cuantos pagan tributo a las diversas formas de fariseísmo religioso. Una fe auténtica y existencial, que nos lleva a medirnos

con la infinitud del Dios vivo, siempre nos está desmontando del caballo de nuestra arrogancia y de nuestra falsa seguridad ética. La Biblia dice que el justo peca siete veces al día. Desde una conciencia seria, doliente de ser pecador es más posible desentrañar, en el complejo tejido de la historia social, aquellas huellas que documentan nuestras fallas, pecados que nos constituyen en sujetos necesitados del perdón de Dios y de los hombres. Y sólo el perdonado es aquel que puede llegar a perdonar.

Los que puedan rezar y vivir el Padrenuestro con humilde y generosa veracidad, estarán en condiciones de ofrecer para el futuro de Chile, un aporte de cohesión inestimable, por un ethos de fraternidad reconciliadora.

8.2. Al chileno porque es chileno

Después de caer los muros, en 1989, S.S. Juan Pablo II interviene en la cuestión social global con su encíclica *Centesimus annus*. En el número 34, reconoce la utilidad del libre mercado. “Da la impresión de que, tanto a nivel de naciones, como de relaciones internacionales, el libre mercado sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder a las necesidades”. A continuación, se apresura a hacer una distinción: “sin embargo, esto vale sólo para aquellas necesidades que son ‘solventables’, con poder adquisitivo, y para aquellos recursos que son ‘vendibles’, esto es, capaces de alcanzar un precio conveniente. Pero existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado. Es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que queden sin satisfacer las necesidades humanas fundamentales y que perezcan los hombres oprimidos por ellas”.

8.2.a. Principio clave: “ al hombre porque es hombre”

Más adelante, la encíclica agrega el principio clave que se publica en cursiva para subrayarlo. “Por encima de la lógica de los intercambios a base de los parámetros y de sus formas justas, existe *algo que es debido al hombre porque es hombre*, en virtud de su eminente dignidad”. Si es efectivo que el carácter propio de la cultura chilena, nuestro ethos cultural, tiene como arquetipo la familia, entonces la fraternidad, la solidaridad con cada chileno, por el simple hecho de serlo, es una exigencia para ser coherentes con el alma nacional.

8.2.b. Pasión por la fraternidad y la justicia

Los que viven todavía en extrema pobreza, a pesar de todos los esfuerzos, siguen contándose en varios millones. Esto tiene que dolerle a todo dirigente social en este país. También la desigualdad de oportunidades, que continúa siendo flagrante, no nos puede dejar tranquilos.

¿Cuál es la máxima velocidad posible para solucionar estos problemas? ¿Cuál es la más eficiente de las políticas socioeconómicas? Es materia discutible por los expertos.

Lo que no es admisible, es cualquier forma práctica de indiferencia, dejación o torpeza. El clamor de Juan Pablo II, pronunciado en la sede de la CEPAL, en Santiago de Chile, resuena aún: “los pobres no pueden esperar”¹⁸.

En estas materias, la juventud mira a los mayores desde muy cerca. Si no queremos deslizarnos, más y más, en una apatía social y política de las generaciones emergentes, si no queremos hipotecar nuestro equilibrio y nuestra paz, debe bullir en el corazón de todos nuestros líderes una pasión por la fraternidad y por la justicia, un dolor que no cese por la situación de los desamparados.

8.3. Población y pueblo

8.3.a. Alerta demográfica

La cuestión demográfica es central en toda nación. En este momento, políticos asesores se estremecen al observar que la natalidad de extensas regiones del mundo, no alcanza, ni siquiera, para el reemplazo generacional. Algunos inmediatistas destacados continúan con visiones neomalthusianas.

En Europa, se mira con temor hacia las fronteras de pueblos numerosos. Naciones como Italia y España, que tuvieron una viva impronta católica -lo que no puede dejar de dar materia a un análisis muy serio de la Iglesia-, muestran hoy zonas que, en 2050, no serán viables económicamente, por falta de población. Por ejemplo, la Liguria y la

¹⁸ Juan Pablo II, A la Comisión económica de las Naciones Unidas para América Latina y El Caribe, 3 de abril de 1987.

Toscana. En Italia, la fecundidad es 1,2 hijos por mujer fértil; y sabemos que la sustitución generacional sólo es posible con 2,1 ó 2,2. Por su parte, Noruega, en los últimos 10 años, ha invertido la tendencia por medio de políticas adecuadas. Y esperan pronto alcanzar 4 hijos por mujer fértil.

Chile, por su parte, se acerca aceleradamente a modos culturales, respecto a la vida y la fecundidad, que son típicos de los países opulentos. ¿No será que también en esto vamos remedando, con retraso, a los que comienzan a salir del despeñadero? A la hora de la globalización es un dato mayor y muy serio, lo que el Sr. Ministro de Planificación y Cooperación manifestó, hace tres semanas, cuando dio a conocer que, en Chile, para el año 2010, se espera una fecundidad del 1,6 por mujer fértil¹⁹.

8.3.b. Demografía, trascendencia, amistad social

La primera debilidad de una cultura, y el anuncio fehaciente de su declinar histórico, es cuando se prefiere la no-vida a la vida. Sea que se escoge no engendrar, o eliminar al engendrado, o seleccionar a quién tiene derecho a seguir viviendo -se trate de alguien muy débil, o anciano, o que suscita compasión por su extremo sufrimiento-.

Se percibe que las culturas sin trascendencia, sin Dios, están -en los momentos críticos- en peligro de autodesangrarse. Si lo inmanente no se mide con lo trascendente, el hombre se desproporciona y se cree señor de vida y muerte.

Pueblo es más que población. Los pueblos están constituidos por individuos que tienen algún grado de altruismo, de voluntad social, de fraternidad política, de generosa donación de sí mismo. Pueblo siempre implica alguna forma de amistad, es decir, algún grado de amor, ya que habría fertilidad con capacidad histórica, cuando el hombre y la mujer se trasciendan generosamente.

8.4. La familia, matriz social

8.4.a. Instrucción y educación de valores

Un espejismo de la visión racionalista del hombre, consiste en sostener que una escuela

¹⁹ Ministro Germán Quintana, "Transición Demográfica vive Chile", en El Mercurio, Santiago, 15 de octubre de 1999, C7.

plasma a las personas en su libertad, por el simple hecho de la instrucción, como transmisión de contenidos.

¿Por qué una persona quiere compartir con otros en una comunidad de destinos? ¿Dónde se aprende el amor y la suma de valores que lo acompañan para hacerlo efectivo y constructivo? Independientemente del punto de partida de la reflexión sobre la sociabilidad humana, se arriva a mirar la familia como el ámbito propio, donde se gestan las amistades que harán posible la nación.

Esto tiene múltiples concreciones que se refieren directamente a políticas económicas y a materias legislativas y de gobierno.

8.4.b. Adquisiciones de la psicología profunda

Por ejemplo, no se puede escamotear la solución del problema de la mujer que es madre y que trabaja fuera del hogar. No existe nada más importante para una patria, que los niños sean acogidos, ya desde la matriz. Hoy sabemos que, en el claustro materno se configura una especie de ADN psicológico y vital, que acompañará a la persona durante toda su biografía. La labor más hermosa e integradora de los nuevos chilenos, comienza con la ternura primera y la lactancia, con la compañía irremplazable de la madre. Esa es la fragua del origen. Todo lo que la favorezca es calidad del Chile futuro.

Investigaciones científicas nos han enseñado, acabadamente, acerca de la estimulación del niño pequeño. Ya no es posible desconocer las repercusiones de carencias en este campo, para una futura sociabilidad responsable y creativa. Y el más adecuado estímulo para el niño es la presencia serena y estable de la propia madre. No menos necesita de un padre presente, firme, constante, que abra horizontes y ofrezca claridad. Y haga más posible la alegría y la seguridad para la mujer y los hijos. De lo contrario, continuaremos teniendo una cultura con ciertos rasgos edípicos, en la cual lo confuso, lo sentimentaloides, la falta de audacia y de resistencia a ciertas dificultades seguirán

debilitando el vigor histórico. Las ciencias del hombre apuntan a esto como a exigencia sanitaria integral.

8.4.c. Núcleo ético-mítico de nuestra cultura

La familia. Con esta afirmación, volvemos a dar con ese foco central de la chilenía, lo que Paul Ricoeur llama: el “núcleo ético-mítico” de una cultura. Cualquier proyecto visionario sobre la identidad cultural de Chile, pasa por un delicado y decidido fortalecimiento de la familia. Por ello, todo lo que la desgaste, desgasta a Chile. Todo lo que la construya, potencia al pueblo real, en su capacidad de futuro en un mundo intercomunicado.

9. Chile, fiel voluntad de ser

Gabriela Mistral caracterizó a nuestra patria diciendo: “Chile, voluntad de ser”. El embate al cual estamos entrando, es el más crucial en la historia de nuestra identidad. Si la poetisa del Elqui intuyó bien, ella nos confirma en la percepción de que, nuestra gente y su cultura fraterna, son la mejor reserva y la más esperanzadora promesa. Chile, fiel voluntad de ser.



ENADE es un encuentro de empresarios que congrega varias pluralidades. Este foro es, de por sí, un signo auspicioso para abordar el nuevo milenio del nacimiento de Cristo, en un año que se nos ofrece como una nueva oportunidad de construir, con Dios, una historia digna del hombre.

Herida sin borde humano

No vive el pájaro junto al aire, tampoco el pez en el borde, fuera del oleaje. Estar en Él, ser en su aire y en su mar, es aquí vivir en la Herida abierta en la Carne de nuestra carne. Es ella la oquedad del farellón, la única en donde la lastimosa paloma puede anidar. Ese alto acantilado lo recorrió la lanza como quien roza las costillas del pecho desnudo, en la tarde del Viernes. Morar ahí es la única ternura posible, es inhóspito, y hondamente feliz. Aquel surco lleva al Corazón y el Corazón se ancló en la Trinidad con gloria sempiterna. Así es que la Herida no tiene ya borde humano, es todo el océano desmesurado. Pero siempre es de carne nuestra. Y se dibuja en una noche, en una hija, en un anciano, en un volcán y en el jazmín... son todos modos diferentes de un mismo Beso.

Ya viene el Sol a horcajadas, jazmín

Cada vez que voy de la capilla a mi cuarto, especialmente de noche o de amanecer, el corredor está invadido por la fragancia del jazmín. La planta trepa por el alero, o ¿baja como un velo de novia? Es asombrosa la fidelidad del jazmín. Incansablemente da sus flores. Cada una es tan diminuta, tan impotente para llenar el aire con su aroma, que bien podría desesperar. Pero no. Es fiel este jazmín. No pretende ser azucena o producir las campanas blancas del floripondio. Sólo esos leves besos del alba, sólo esos cinco pétalos (como las cinco heridas de Jesús resucitado). Son alas de un colibrí de miniatura. Cinco pétalos y su esbelto cáliz a modo de mástil valeroso. Y nunca de repente. La flores brotan del tallo verde una a una. Cada hora, una. Así, gota a gota de pureza, de ojito abierto por amor. Así, rocío oloroso a rocío oloroso, nace la cascada blanca, el frágil monte de nieve provisoria, el incienso grato al Padre. Lo más bello es que cada flor es una resurrección mínima: es algo de tierra oscura que, por la alquimia vegetal del dolor confiado, se transformó en albura. ¿Qué podrá asegurar al jazmín su mañana, su próxima primavera, sus años largos? Nada. La certeza no es artilugio, escamoteo o habilidad. No es un qué, un riego determinado, una suerte de abono, una suma de potasios y lunas. Es un quién. Es el calor que amanece por encima de la cordillera escarpada. Es el Sol de Dios, cuando la mano sabia de la Madrecita yergue la guía de la planta si la ve tumbada por el suelo como un triste gusano verde. Ella la reintegra a su dignidad de trepadora, la revive y la expone al irresistible llamado solar. Heliotropismo nombran los botánicos ese impulso irrefrenable. Cuando el jazmín no siente el tirón del Sol y todo lo voltea hacia la opacidad terráquea, su fidelidad le hace paciente. Sabe el jazmín que tiene invicta vocación de alabanza. Todas las lluvias terminan algún día. Ya viene el Sol a horcajadas en el arcoiris de paz.

Caliche, volcán y amorcito de verano

En este año de sequía, al volcán Osorno se le está manchando de barro el pañuelo de nieve que le queda. Nunca antes lo vi así, me comenta el vaquero. El cono de lava tiene su pureza resquebrajada por profundas grietas. Estas son peligrosas para los jóvenes montañeros que suben por el lado de Cascadas.

Entre ulmos que estallan con el denso velo de novia de su floración magnífica, leo con retraso la segunda edición de *La Reina Isabel cantaba rancheras*. Esta novela del pampino inmenso que es Hernán Rivera Letelier narra la historia mítica de las salitreras. Las oficinas del caliche se encarnan en una vieja prostituta maternal. La patética carnicería del sexo tiene jirones dramáticamente humanos. Los destellos verbales barrocos logran parajes de gran belleza. El asco triste es inevitable en la dolorosa sordidez. A mi parecer, a veces la pluma se refocila en volutas innecesarias (no siempre maneja las esdrújulas con acierto). El personaje central exuberante vive y muere en la prosa del dotadísimo escritor. Tan real es esta Reina Isabel que me he sorprendido rezando por ella.

El texto reclama diversos análisis. Desde el estilístico, al histórico-lexicográfico, hasta el de la antropología de la religiosidad popular en Chile. El libro es una llaga entre los salares y es un pulmón de silicoso que gime asmáticamente su memoria.

¿La nieve raída del Osorno será un caliche lastimado? ¿Serán parientes los reflejos del salitre con las alburas de este volcán de tantos arroyos que bajan al Llanquihue? Mientras rumio lo leído en Rivera Letelier una abeja liba las flores del ulmo en su laborioso encargo de producir la mejor miel del mundo, según ponderan.

Un experimentado educador me narra un episodio acaecido este verano. Es casi idéntico a muchos otros. Se trata de un joven idealista que llamaré Esteban. Se propuso él, con viril nobleza, llegar virgen al matrimonio. Es lúcido, creador, atrayentemente alegre. Inició un pololeo con una chica educada bien en un colegio de Iglesia. Le diremos Antonia. Después de un fin de semana estival ya no llegarán vírgenes a no se sabe cuál matrimonio. Y no lo consideran -esto es lo más serio- sólo una caída de fragilidad humana. Han cambiado de filosofía. Ahora, su encanto y su habilidad las usa Esteban

para justificar con entusiasmo la voltereta vital y doctrinal que han hecho.

Desde mi ventana sobre el volcán se me enlazan las extremas geografías de Chile, el desierto pampino y la región lacustre donde la nieve se ha retirado este año a portes de pétalos tardíos. Me inquiero si los dos jóvenes de la voltereta tendrán algún día nostalgia por el amor casto.

El crudo texto de Rivera Letelier alimenta mi pregunta. En su libro, en medio de bacanales grotescas, empujadas las cosas hasta su ultimidad, las ajadas meretrices parecieran sacar un espejito roto donde se refleja una añoranza por una sexualidad redimida. Una noche, tras la parranda agotadora, la Reina Isabel, protagonista del libro, cantó una ranchera de Cuco Sánchez. Lo hizo con la premonición de su muerte. Tanta alma puso, que las otras prostitutas “se sintieron por un rato (los dos minutos que dura la canción) un poco más humanas, más puras si se quiere”...

Sexo por un rato, humanidad y pureza por un rato. Otra vez, mucho antes, la Reina Isabel experimentó el día cumbre de su existencia. Ese fue el único día que entró a una iglesia. Era un estado de plenitud gozosa. Fue un reencuentro con la coherencia de su identidad femenina. Tal vivencia es descrita así. “En verdad todo le parecía glorioso. El mundo era un enorme globo de cumpleaños y ella era la puta más candorosa del mundo; la más pura, la más inocente”. Esa fecha luminosa estableció la total correspondencia en su ánimo entre pureza y felicidad: “Se sintió exultante. Se sintió liviana y pura”.

En cierto sentido, la prostitución es la máxima disociación de sexo y amor. El comercio carnal en las salitreras alcanzó formas extremas. Con todo, en el verismo mágico de Rivera Letelier, la pureza clama desde la carne marchita.

Cuando se cansen los Esteban y las Antonias de hoy de hacer sus descubrimientos inéditos que son apenas regresiones en la reiterada crónica de los pueblos, renacerá, desde el rescoldo, ese amor potente que da permanencia y lozanía a la pasión. La impureza sucesiva deja una secuela de espantosa soledad. Antonia no lo sabe todavía. No puede seguir así el clima, dicen algunos meteorólogos. Iría contra la bella naturaleza de las cosas, agregan. Ya volverá la nieve oportuna y el Osorno será el faro de todos estos bosques de ulmo nupcial. La abeja levanta ya su vuelo. Las flores darán esa mejor miel sobre la mesa de un hombre y una mujer. Se besan ellos al comenzar un día más del arduo amor. No están solos.

Clavel del Aire, un nombre

(nota de botánica trinitaria)

Los americanos meridionales lo decimos así, Clavel del aire. Es el vegetal llamado Bromeliácea *Tillandsia recurvata*. Tiene hojas fugitivas y flor inesperada en tan frágil andamio de verdes algo plateados.

La palabra clavel se descolgó del latín. Un ojo del Lacio, con lágrima como rocío, miró la semilla de la flor y fue clarísimo: la forma era de un punzante clavo negro. Clavo, clavel. Rematar el vocablo con un sonido "el", fue cosa del labio acostumbrado a pronunciar "fiel", o "miel", cuando nombra aquella ternura que ha cruzado la noche. En los retablos góticos pintaban un clavel para evocar la donación de Jesús que lo llevó a dejarse clavelear al madero.

Y porque esta especie vive suspendida, porque voló sin raíces de las redes húmedas de la tierra, porque prefirió el libre espacio sin márgenes, se le apellidó "del aire". Botánicos turbados llegaron a afirmar que se nutre "de unas huellas de amoníaco" destiladas de la atmósfera por las lluvias. Hoy se sabe que los evangelistas Lucas y Juan tenían prematura razón. Según ellos, el aire del que viven estos claveles es un leve soplo, es el Aliento entibiado en la joven garganta del Hijo al devolver eternamente la respiración que del Padre ha recibido. "Aire" y "Espíritu Santo" son la misma nota musical (sólo las cuerdas de las letras difieren en el hilado de sus fibras sonoras).

Clavel del Aire, vegetal en el vacío, pétalo imposible, locura de riesgo, certidumbre, obediencia al amor gratuito, colorido de estupor, flor desde la Brisa de misericordia.

Pero, algo muy extraño. Es un hecho indesmentible que el clavel del aire sólo pervive si está colgado contiguo a un árbol. Pareciera que tal dependencia se originó en el trance purpurino, cuando María y Juan se arrimaron al Árbol del Gólgota y a los tres claveles voladores, los hundidos en la carne y en la gloria de Jesús.

Este raulí en los siglos de Conguillío

La presencia del raulí baja por Chile hacia las islas. Dicen que su madera mientras más sureña, es más roja. Puede ser que por el norte el colorido de la sangre se quedara escondido en el cobre. Después el metal cede el color de fuego al árbol y al carrillón clandestino de los copihues. Puede ser.

Este inmenso raulí creció parapetado contra el viento puelche, abrigándose como pudo entre columnas de araucarias y brazos de coigüe. Según testifican sus anillos de crecimiento (vestigio exacto de cuántas primaveras), la semilla se hundió en la tierra quinientos años antes de que lo cortaran los madereros de Malalcahuello, por Conguillío, a los pies de la que nombran Cordillera Blanca, en la zona de Lonquimay. Vale decir que cuando el Almirante Colón atracó su carabela en la isla caribeña, la semilla de este raulí fecundó el humus.

Ahí la tierra es una mullida lana negra, que se nutre de hojas otoñales y mástiles verdes que el puelche derrumba, también de elementos que vienen del aire, como las cenizas del volcán y el estiércol caliente de choroyes y bandurrias. El potasio de esa química telúrica suele provenir de algún pudú, o un viejo huemul, o un puma desangrado. Sus cuerpos fallecen primero y después desfallecen disolviendo las sustancias con las lluvias y los días. O sea, el calendario de este raulí es anterior a los Lautaro, y al viaje de Don Diego de Almagro, y a la locura de Don Hernando de Magallanes. Sí, cuando Caupolicán y Ercilla miraban, este raulí había mirado antes la Cruz del Sur en noctilunio.

Creció combatiente en invierno y soberano como voluta de humo matinal en la calma de la foresta. Hasta que llegaron por ahí cerca los primeros caballos. Un mocetón encerró a varios en un recinto tapizado de gramíneas de sabor amargo. Una joven bautizó aquel rincón apacible en verano, con sílabas musicales: Malalcahuello, que significa "corral de caballos". Los relinchos hicieron más roja la madera que continuaba creciendo durante casi todo el siglo XX. Dentro, las hebras lígneas no se apretaban unas con otras de modo normal. Si el Arcángel Gabriel hubiese calado con la pupila el silencio interior del árbol, hubiese distinguido unas sombras tibias que él había visto escurrirse por las colinas de Belén: María, José, un burro... De ello hacía ya la duración de sólo cinco o seis raulíes de 500 años.

Geografía

Creía yo desde infante que todas las cordilleras de roca pétreas y de nieve pura eran chilenas. Las otras eran montañas de mapa o fotos coloreadas. Creía yo a pie juntillas que todas las cimas blancas de paz eran rastro de un mantel de mi familia y aseguraba con certeza bautismal que todos los mares eran parcelas del Océano Pacífico y que el Índigo era una invención de los piratas de Salgari y el Atlántico, un simple canal para que las carabelas españolas llegaran a visitar los puertos caribeños de América. Todo oleaje que no se pudiera otear desde Punta de Tralca, me era sospechoso de espejismo, toda espuma que no navegara a la cuadra de los conchales de El Tabo me parecía un merengue de escenografía de Walt Disney. Con tanto viaje ulterior, con tanto invento del siglo veinte, terminé bañándome en playas polinésicas y nadé en pozas fenicias. Pero aún dentro de una agua mallorquina, aún en los picachos pirenaicos, aún galopando en un ciervo por los acantilados del Danubio, aún cortando murucuyá en la selva brasileña seguí creyendo que el mar es jardín de Chile y que los Andes flotan como sombra azulosa de todos los aromos del mar y de todos los jazmines cardos. Creía y aún creo a pie juntillas que el cielo es Chile por detrás, ahí, al final de la escalera de todas las olas donde yo nadé bajo el vientre de mi padre.

El ojo se mira

El volcán Osorno inmenso, perfecto cono de honda pupila y párpado blanco, es ojo del Padre, calmo fuego tendido hacia el cielo, hacia la Trinidad. Mira majestuoso desde la tierra al misterio de su origen sin principio. No está suspendido para condescender y abajarse. Está entre nosotros, desde nosotros, mirándose a sí mismo. Pero no como antes de la creación. Ahora se contempla con las imágenes del cosmos y de la historia. Ahora su siempre nos incluye. Ahora, cuando goza al Verbo en el Espíritu Santo, nos disfruta a nosotros.

Osorno es el Padre, su ojo es volcán,
el Padre se mira en la Trinidad,
mirando mi Padre hacia atrás,
me ve en el Hijo, me goza en su faz.

“Estas montañas es mi Amado para mí”

-apuntes para una posible meditación cristiana sobre el monte-

En el taoísmo hay que dejar los recados a Dios escritos sobre la montaña, para que él los pueda leer bien. Es decir, desde lo alto, Dios tiene a las cuitas de los hombres más contiguas, las descifra mejor allá en la cumbre. En Isla de Pascua, el Rano Raraku, el apagado volcán de pupila azul, es el “ojo que mira al cielo”. Allí es la tierra quien escudriña el ceño del Absoluto. Sea que descienda o se eleve, la montaña es el vértice y el beso. Es el nudo y el centro. Es el ombligo y la escala. Su mole pétreo, calva o arbolada, tiene temperatura y pulmones. Esto es lo decisivo: la montaña tiene una misteriosa relación con lo personal. Así en Java dicen: “donde está el rey, está la montaña”.

La confluencia de montaña y persona fue muchas veces divinizante. El judeo-cristianismo expurgó el concepto de las connotaciones panteístas o idolátricas. Así cribada la palabra, llegará el día en que san Juan de la Cruz pueda exclamar: “Las montañas tienen alturas, son abundantes, anchas, hermosas, graciosas, floridas, olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí”.

La aproximación cristiana es legítima, porque Cristo es el Verbo encarnado en quien fueron hechas todas las cosas, en quien se lee todo lo humano del hombre, en quien todos los ruidos del cosmos se entienden como sonidos para el alma, entrelazándose en la sola música de claro-oscuros que da sentido a la existencia de cada uno y de la historia en la tierra.

El símbolo de la montaña tiene una elocuencia palmaria. Por una parte, todos saben que las montañas no vuelan y que sus raíces bordean las verjas de los jardines del llano, o se confunden con la costra de polvos sedientos en los eriales. Es una hinchazón de la tierra que pisamos y de la que fuimos hechos. Es un modo de nuestro propio planeta. El aerolito es materia errática que se equivocó de predio. El monte tiene continuidad con mi calle. Si saliendo de mi puerta avanzo sin detenerme, podría llegar, algún día, a una cumbre. Entre la sima y la cima hay un hilo de tierra que nada corta. La cúspide más nevada ancla en mi vecindario.

Pero, por muy verdadera que sea esta continuidad entre lo cotidiano y la cumbre, siempre la montaña es un despropósito de las rocas. Esta emergencia, y su elevación que llega a ser descomunal, significó en todas las geografías, que la tierra entera tiene allí un sumo, por el cual es trascendida. La creación se transforma en pedestal del cielo. En la cosmogonía griega las Montañas, que eran hijas de la Tierra (Hesíodo), existieron sólo un poco después del Cielo, en un tiempo muy anterior. Así el monte es la cita con Dios, es el altar, es el templo sublime. En la versión panteísta o idolátrica, el monte era Dios mismo tronando, dando agua desde su nieve compartida, era el Dios vuelto muro o repartidor de vientos. Dios voluble y caprichoso en las borrascas. Y también dadivoso, cuando catapultaba el sol sobre el valle.

Porque en todas las culturas el monte tiene una significación religiosa, naturalmente la ascensión constituye una liturgia para establecer un trato de proximidad con él. Subir es una forma de hacer crecer el alma del montañero y un ceremonial de obediencia y de culto de latría. "La ascensión de esta montaña es parte del conocimiento que la persona tiene de sí, y lo que sucede sobre ella lleva al conocimiento de Dios", escribió en su medioevo, Ricardo de San Víctor.

En el último febrero, unos estudiantes de ingeniería de la Universidad Católica, andinistas un tanto inexpertos, subieron el Aconcagua. Ellos, al retorno, declararon a un periódico: "no somos los mismos de antes, porque vivimos una experiencia fuerte, muy marcadora por el hecho de enfrentarnos con la muerte". Uno de ellos, el joven Juan Carlos, consignó en su relato personal, apuntando con palabras directas, hacia la misma trascendencia que la multitud de escaladores milenarios habían sentido: "En la montaña lo superfluo carece de sentido..., lo verdaderamente relevante de la vida toma protagonismo y se apodera de la escena..., nuestra expedición constituyó nuestro santuario".

La fascinación de aquella lontananza nevada

Para escuchar un aliento hay que estar bien cerca. Claudel confiesa: "nuestro Dios respira". Esa proximidad, donde la trascendencia se hace Tú inmanente, es esencial al cristianismo que se protesta de "Emmanuel", el "Dios con nosotros". San Juan en la madurez teológica de su prólogo dirá "el Verbo se hizo carne". Así, Dios entró en la

cotidianidad, y tanto, que la mística Teresa de Ávila avisará que “Dios anda entre los pucheros”. Estas pulsaciones de cercanía transforman a Dios en una bagatela, en un ídolo de bolsillo, si no se marca el otro polo: la trascendencia que da vértigo a la pobre creatura. En verdad, Dios está más próximo que mi propia sangre, pero está incansable y lacerantemente lejos. Los hombres vamos oscilando (a veces como péndulos locos) entre la Suma Majestad y la Suma Bondad, sin lograr jamás la convergencia perfecta aquí en la tierra. El lejos está fuera y grita llamando.

De aquí nace el impulso peregrino, que desde siempre sacó al hombre de su cotidianidad para apresurarlo en un hacia. La cita con el Dios del horizonte acaecía, o en un gran árbol, o en una cueva oscura como una matriz, o a la vera de una fuente... o en la montaña, la que era simultáneamente cercanía y altura. El “tremendo fascinante” de la cumbre es el más apropiado para constituirse en sacramental del Dios distinto a mis vecindades. ¡Ah!, y la nieve, su virginidad incólume, completa el sueño trinitario del horizonte de plenitud tan sentido: lontananza, elevación y pureza. Por ello el atractivo de la montaña es una flauta irresistible, que estremece las médulas de las culturas. Así, el más peregrino de los peregrinos es el que camina hacia las cimas donde parece colgar toda la hermosura reunida. “Desde el monte Sión, dechado de belleza, Dios resplandece” (Salmo 50).

Dos maestros del idioma podrían enfrentarse en esto del ansia por la altura. San Juan de la Cruz es todo él una saeta, que sube con un frenesí de desprendimiento para hundirse en la infinitud siempre inasible. La crónica de esta pasión es su libro *Subida del Monte Carmelo*. Neruda, en sus *Alturas de Machu Pichu*, está claro que se remonta, pero la pesantez de su ideología intramundana le hace encontrar un “águila vacía”. Él había invitado: “Sube a nacer conmigo, hermano”, pero el drama de “Juan Cortapiedras, hijo de Wiracocha” y de “Juan Comefrío” y de “Juan Piesdescalzos” termina transformando a Machu Pichu en una especie de altura interna a la tierra, donde su petición de: “Apegadme los cuerpos como imanes”, o la de “déjame hundir la mano”, termina desnucando el cóndor de la trascendencia, porque está harto de carne y de drama.

El arduo ceremonial de la ascensión

El poeta de Yepes, ese carmelita enjuto, explica su verso "iré por esos montes y riberas". Desglosa el germen metafórico en sus dos cabecitas contradictorias: "por los montes, que son altos, entiendo aquí las virtudes: lo uno, por la alteza de ellas; lo otro, por la dificultad y trabajo que se pasa en subir a ellas, por las cuales dice que irá ejercitando la vida contemplativa".

Esta percepción es sostenida. Al trepar por los roqueríos de las faldas comienza una disnea progresiva. Por ahí, donde la nieve tiene su orla, ya el jadeo se torna acuciante. El enrarecimiento de los aires apuna cuerpo y alma: van de la mano los esfuerzos, los peligros y los adioses. A medida que nos remontamos, vamos dejando atrás los ruidos familiares y los nombres de las compañías. Enrique Heine, en su poema "En las montañas del Harz", sube despidiéndose: "¡Adiós, salones brillantes! ¡Adiós, damas rozagantes! ¡Adiós, sociedad cortés!".

Nuestro amigo Juan Carlos Muñoz, con el recuerdo fresco de su ascensión aconcgüina, hila el rosario de fardos, partiendo por mengua de la resistencia corporal, hasta la sutilísima y peligrosa aparición de los fantasmas. Estos recomiendan el retorno. Permítaseme copiar un párrafo largo de este fiel documento juvenil. "Durante los días de ascenso, los andinistas se ven expuestos a todo tipo de presiones. El cuerpo se defiende de la decisión absurda de llevarlo a un ambiente distinto del habitual. Lo hace a través de síntomas físicos, tales como falta de oxígeno y baja de presión, que generan náuseas, mareos, dolor de cabeza, agudización del cansancio y falta de aire. Pocos metros significan inexplicables largos minutos; el frío puede provocar congelamientos en las zonas más sensibles y expuestas. Pero el cuerpo también se defiende psicológicamente: muchas veces hace pensar que los síntomas biológicos son mucho más graves de lo que en verdad son. 'Esto es peligroso, devuélvete'. También se piensa que lo que se ha deseado por tanto tiempo es absurdo, que no tiene sentido estar ahí. ¡Estarías mucho mejor en tu casa, devuélvete! Por último, cuando ya falta poco para llegar, cuando la cumbre está próxima, el cuerpo dice que en el fondo, estar aquí o en la cumbre ya es lo mismo. 'Devuélvete'."

Me gusta este texto porque en él reconozco los viejos temas del peregrino. Como ser, aquella tentación de los israelitas, cuando en el desierto, si bien eran libres, sufrían

hambres y el maná siempre idéntico les ponía inapetentes hasta el asco. Entonces, se acordaban de “las ollas de Egipto” y de las sabrosas codornices. Moisés les parecía un alienado y el zigzaguo de años por la arena, una embriaguez sin sentido, “volvamos, es preferible ser esclavo a perseguir la quimera de una tierra prometida, que se deshace en vientos de espejismos, apenas el pie la roza”.

Precisamente aquí reside lo más arduo de toda la ascensión, porque lo que al montañero más desarma, es el irrealismo de la cumbre. Ella se desdibuja escondiéndose entre cantiles, o nubes, o sudores que empañan la vista. Es que la ascensión es metáfora de la fe, esa visión de lo invisible, aquella certeza de lo que se deshace entre los dedos. Si la cumbre es una fatamorgana, todo el empeño muscular, todos los meses de disciplina y entrenamiento y las fatigas innúmeras son un delirio dispendioso.

San Juan de la Cruz, nuestro guía de alturas, lo sabe y lo enseña. Lo dice denunciando “aprehensiones imaginarias... donde ordinariamente acude el demonio con sus ardides”. Ello es usado por Dios para purificar boca y estómago y así satisfacer el hambre de absoluto con el sustancial alimento.

La ascensión es una fatiga galopante, en la cual el montañero confirma que Dios es el único Existente, del cual penden todos los jirones de realidad, incluido el mismo caduco montañero.

La más expresiva forma de lo verdadero de todas las ascensiones la traen los Evangelios, cuando en un lenguaje técnico, hablan de “subir a Jerusalén”, apuntando hacia la cumbre del Calvario.

La fiesta, la dicha serena y la ciudad en la cumbre

Cuando he llegado a una cima, he tenido un escrúpulo. No me he atrevido a usar mi idioma que suele decir la expresión: “hacer cumbre”. Me suena un algo prometeico este verbo hacer. En teología diríamos que guarda sabor pelagiano, como si la cumbre pudiese crearse por el esfuerzo humano.

Si bien ella se conquista con afán y disciplina, con ascesis, ella es siempre inmerecida, es un don. Como también es regalo divino el perseverar en una escala tan filuda.

Arriba es una fiesta. El abrazo de los comulgantes brota gozosamente necesario. Estos compañeros, hermanados en los peligros de los desfiladeros, que sortearon el frío y los aludes, escamoteándole a las fiebres la esperanza, están allí parados en la pacífica gloria de la mesa superior, en torno a la cual el horizonte es una rueda perfectamente esplendorosa. La soledad guarda sus garras en guantes de musgos y de pétalos de florecillas de intenso color. El Caminante, de Herman Hesse, hablaba desde la cima y, ya apaciguado, nos confidencia: “El mundo es más hermoso. Estoy solo, y la soledad no me hace sufrir. No deseo otra cosa. Estoy dispuesto a dejarme cocer por el sol. Siento avaricia de madurar. Estoy dispuesto a morir, dispuesto a nacer de nuevo”.

La altura permite múltiples descubrimientos, que solamente allí es dado obtener. Tal vez por ello el grupo de los ascendentes, a más de esa fraternidad de conjurados en el peligro, tiene una especie de conciencia de iniciados. Desde tan extrema torre, los dramas del llano aparecen como accidentes de hormiguero. Es notable sentir lo que ocurre allá abajo como en cámara lenta. Se tiene la impresión de que, en cualquier momento, alguien puede detener el proyector del film que titila al uso de un biógrafo de los años treinta. Así de frágil se percibe lo humano.

Otro importante hallazgo es el de la ley de las proporciones. En efecto, nadie conoce su porte si no lo mide en una cumbre nevada. Allí es el mejor sitio para releer el capítulo sexto de san Mateo, cuando en ese sermón llamado “de la montaña”, Jesús, con un dejo de humor preguntó: “Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a su estatura?”.

Tomar nueva nota de nuestra verdadera dimensión de creaturas dependientes, en la montaña no agobia, muy por el contrario, libera del empeño imposible que está al origen de todas las esclavitudes. Aquella promesa que hiciera la Serpiente en el Edén: “... se os abrirán los ojos y seréis como dioses” (Génesis 3,5). Sabemos que después del pecado de Adán y Eva ocurrió todo lo contrario: el hombre vino a morir y a matar y a los ojos se le cosieron los párpados, entrando en una noche de la cual saldremos en la Última Montaña.

En las cumbres provisorias de esta tierra algo atisbamos del cielo sereno. La palabra "sereno" que emergió desde el latín con significación meteorológica, para indicar espacios despejados y ausencia de nubes, es muy apropiada para describir la placidez benéfica de la cumbre y su encanto. Hemos citado a Heine, y a Hesse. El padre José Kentenich, un tercer alemán (son ellos gente que sueña con la altura de sus Alpes), hizo memoria de la montaña desde el infernal campo de concentración de Dachau. Allí este sacerdote besó al Crucificado del monte Calvario y dictó a un amanuense clandestino que escribía en papeles de envolver:

"Quien, como Cristo, el Esposo,
funda toda su existencia en el Padre...
aquel es comparable a un monte elevado,
al pie del cual soplan vientos borrascosos,
pero cuya cumbre brilla
en medio de una eterna calma,
de la que brota siempre una dichosa paz".

Esta paz, sólidamente sostenida en la columna gigantesca de la roca, establece en algunas circunstancias un sentimiento de casa. Cuando en el Monte Tabor Jesús manifestó su gloria, y Elías y Moisés conversaron con el Señor, Pedro exclamó: "Bueno es estar aquí. Hagamos tres tiendas" (Mateo 17,4). El sereno gozo invita a morar. Si muchos reciben ese regalo, se levanta entonces una ciudad sobre el monte. La más egregia y santa es la Jerusalén amada, capital de los escogidos, fortaleza de Dios entre los pueblos.

"Grande, Yahvéh, y muy digno de loa
en la ciudad de nuestro Dios
su monte santo, de gallarda esbeltez,
alegría de toda la tierra;
el monte Sión, confín del norte,
ciudad es del gran Rey:
Dios, desde sus palacios,
se ha revelado como baluarte".

El monte del Chico Molina y sus amigos

Eduardo Anguita fue un romero sonámbulo, en medio de sus misantropías. Tal vez precisamente por ellas, despedía claridades por la pluma. A mí me parece que reúne páginas de la más acendrada evidencia católica. Es una especie de doctor de la Iglesia cuando dice, con sílabas elementales: “buscaré a mi padre porque soy muy pequeño”. Ya con grandeza más sinfónica, despliega la “Única razón de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo”. Allí el Arlequín y los Coros se van dando la palabra en el credo salvífico. Se enumeran todos los redimidos. Gordos, sabios, egipcios, atletas, explotadores, esclavos, mormones, suizos, gobernantes, sordos, ¡Ay!

“Sus llagas se hicieron por todos ellos
por todos nosotros.

Y todos cabemos en ellas y todos somos redimidos.

Pero Genaro Molina solo

o yo solo

o la simple señora Hortensia

es la causa de toda la Pasión y la Muerte de nuestro Señor Jesucristo”.

Continúa el coro y habla del Monte de los montes en el cristianismo, aquella última cumbre que el Hijo de Dios subió cuando “subió a Jerusalén”:

“Nuestro Señor Jesucristo subió al Calvario por el Chico Molina”.

San Juan de la Cruz nos había legado similar personalización en el ya citado: “Estas montañas es mi amado para mí”. Estamos en el más propio terreno del cristianismo. Cristo muere sólo por el Chico Molina, sólo por la señora Hortensia, sólo por Genaro Molina y el Amado es la montaña para mí. A Octavio Paz le aterra “el ninguneo”. Ello “es una operación de hacer de Alguien Ninguno”. Lo más propio del cristianismo es la metamorfosis que va, del Ninguno pecaminoso (el pecado como radical y brumosa despersonalización), a través del Alguno aleatorio, para llegar al Único filial. Es la superación del “ninguneo” por el “uniquero”.

En el marco de esta meditación podemos sostener: la montaña permite, privilegiadamente, el uniqueo por el cual somos salvados. Tal conversión supone una confluencia del yo en el tú del Dios de Jesucristo y del nosotros hermanados.

Fue Goethe, al leer el relato de su amigo Humboldt sobre la montaña mariana de Cataluña, el milenario Montserrat, quien escribió una frase certera y exigente: "El hombre no encontrará en ningún sitio su reposo sino en su propio Montserrat". Es decir, yo soy, por dentro, mi monte. Ascender es devenir más yo mismo. Esto caracteriza al hombre moral. Pero la elevación de mi propia autenticidad es salvífica, sólo cuando es obediente, sólo cuando es un mejor devenir "hijos en el Hijo". Sí, yo soy mi propio monte en la medida en que soy montañero del Monte-Cristo.

Es en el Verbo encarnado donde todo el simbolismo del monte estalla y se consume en verdad. Por él se asciende al cielo naciendo de nuevo. Todas las fatigas que nos redimen del "valle de lágrimas" cobran sentido, si trepan por su Monte Calvario. Con razón el ritual carmelita ora, en la fiesta mayor de la Orden, el 16 de julio: "Padre... para que nos guardes por el ejemplo de la Madre y Reina del Carmelo, y por su protección lleguemos hasta la cima del Monte de la perfección que es Cristo".

Cristo es todos los montes de la salvación. Cristo es el nuevo Sinaí de las tablas de la ley escritas en un corazón de carne, es el Sión donde el Padre mora con sus hijos por el Espíritu, es la viva bienaventuranza, proclamada en la montaña del sermón, es el Tabor donde para siempre es bueno estarse, es todos aquellos montes de Galilea donde se retiró de noche a gorjearle su amor de niño al Padre, es el monte de los Olivos donde la sangre de la angustia se empapa del óleo que consagra al mundo, es el Calvario, donde el costado abierto derrama el río de Sangre y Agua. En una palabra, Cristo es el Monte de tierra humana. Se anuda al cielo sólo por el Chico Molina, sólo por cada uno de los redimidos que pueblan la nueva Jerusalén.

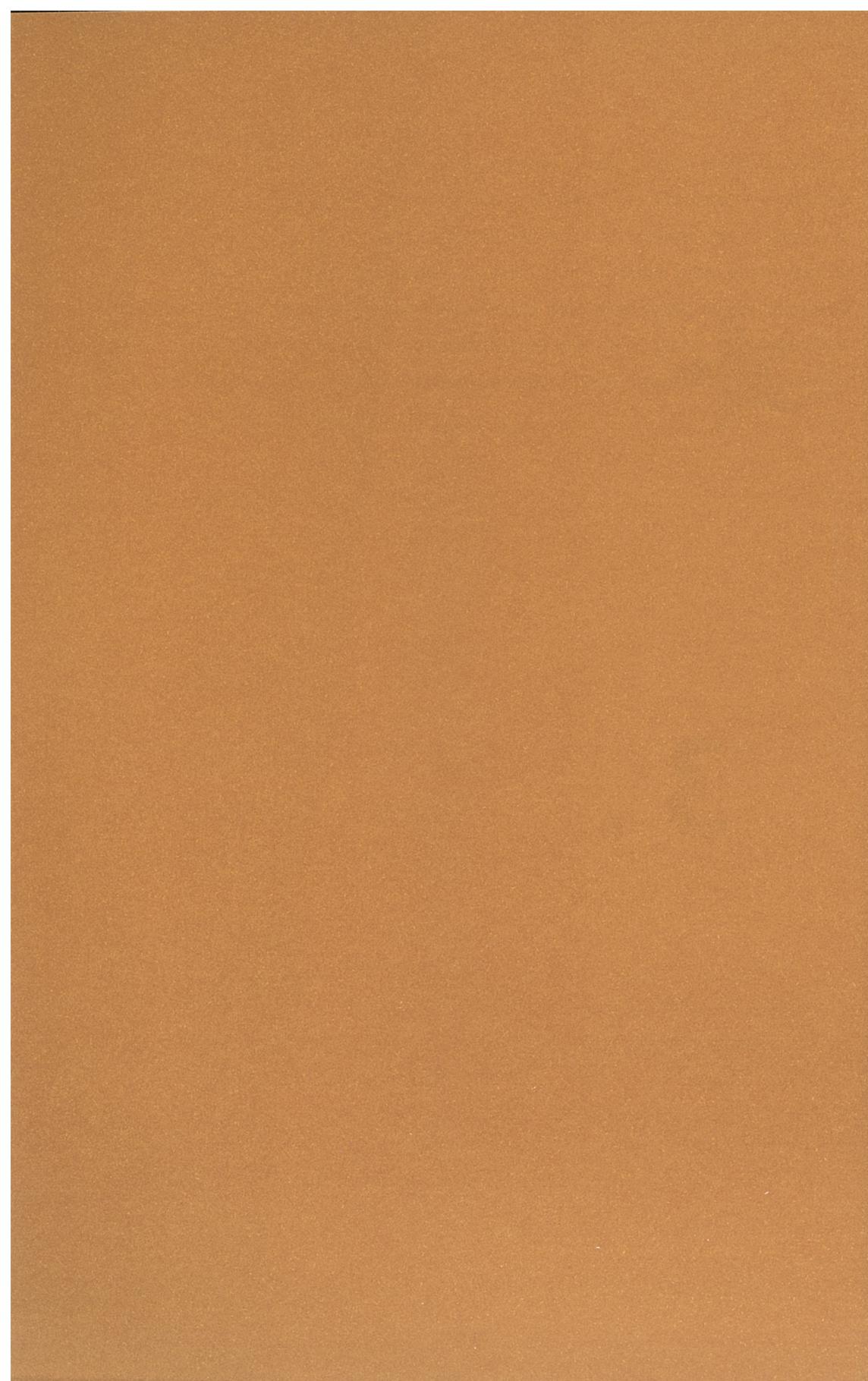
El Cenáculo, "piso alto" donde ocurrió Pentecostés, está construido sobre el antiguo Monte Sión. Ese es el lugar de la institución de la Eucaristía y del sacerdocio. La más

fidedigna investigación contemporánea enlaza con la más antigua tradición. Ambas afirman que desde allí partió de este mundo la Virgen María. Por esto se levanta en aquel sitio preciso la iglesia de la "Dormición de María". En la cripta una imagen de la Madre de Dios, la representa yacente, con las manos cruzadas sobre el corazón. Si desde el Antiguo Testamento hasta el Apocalipsis, Sión es el monte de los montes, la Mujer allí dormida de puro amor insostenible, es el sello de la cumbre de las cumbres. Con justeza, se venera ahí a Aquella, en cuyo seno el Verbo Celestial se hizo carne de la tierra, el Monte del Encuentro.



3.

**arte de
espíritu**



Genealogía cristiana del Abbá

De la genealogía viviente de la palabra Abbá, quiero hablar. Lo elegí como tema porque es el mejor resumen de todo lo aprendido.

Alguien sin velo, sin ningún velo, se desvanecería, moriría de vaciedad disuelta. Por eso llamamos "persona" a cada hombre único, al inédito y al irreductible. Los hilos de la etimología, con su fertilidad de sentido son, esta vez también, del todo elocuentes. Sabemos, persona significa en latín: "máscara de actor". No se alude al histrionismo distractivo, o incluso, embustero. Es el teatro como rito de pudor epifánico, máscara como protección necesaria para que lo verídico tenga intimidad desde la cual pueda regalarse dialogando. Ser persona es recogerse en la identidad irrepetible, en el denso núcleo elemental del yo. Es la contradicción ineludible de la soledad, es la sístole del corazón que se aprieta a sí mismo en el pecho antes de saltar prodigándose en la donación de la diástole amorosa. Persona y palabra. La máscara de la retención claustral postula al dinamismo de la autorrevelación.

Velarse y desvelarse. Recogido y desplegado velamen de los pulmones. Inspirar y espirar: la vida misma.

Pero no todos los vocablos tienen la misma calidad. No todos son tan fundantes, tan andamios de otros verbos. ¿Cómo nos situaríamos en Chile si el monte Aconcagua fuese anónimo? ¡Cuán huérfana de referencia quedaría la patria sin aquel topónimo que Gabriela invocó como a "mi padre Aconcagua"!

Y desde este recuerdo mistraliano, permítaseme, ya sin más, disparar al blanco de rojo incandescente que en esta tarde deseo abordar. Con temblor, pero sin temor, muy indignamente, les invito a una ascensión del más egregio Aconcagua de todos los orbes del ser. Olfateando la finísima brizna de Dios sobre la tierra, apoyándonos en las gredosas palabras humanas, subamos esta tarde hacia el nombre del Padre, por el Verbo Hijo, en el rumoroso aleteo de la Paloma de Fuego. Como ciervos de costado herido, indaguemos las genealogías que permiten un vocabulario de hijos, una calidez despreocupada para el trato con el Dios absoluto, vértigo de eterna infinitud.

Dios, "der ganz Anderer", el Totalmente Otro. Así lo han vuelto a llamar algunos teólogos contemporáneos. Es la reacción a la trivialidad religiosa, que transforma al Trascendente Inefable en un ídolo de bolsillo, en un talismán de quita y pon. Contra la bagatela, entonces, dicen ellos, no queda otra cosa que tumbarse de hinojos para, en esa postración, reconocer el abismo sin puente entre la criatura y la Inmensidad Divinal. Pero la "Summa Maiestas" de Jansenio es también, y primero, la "Summa Bonitas". Todo el cristianismo no es más que una continua réplica del terremoto brutal que descuajó historia y tierra, cuando "el Verbo se hizo carne" en una aldeanita virginal de Nazaret. El Sideral Absoluto, el que pudo presenciar cualquier big bang como el tropiezo accidental de un ácaro. El Anterior y el Eterno, El Saddy (Génesis 17,1), el Soy-el-que-Soy, el Siempre y Antes del Siempre y Después del Siempre, comenzó a pulsar microscópico en la piscina de sangre transparente, en el seno joven de María. Dios, literalmente, comenzó a tener entonces minutos suyos, miembros propios, biografía humana.

"El Verbo se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros" (Juan 1,14). Emmanuel: Dios con nosotros. Uno nuestro "en todo, excepto en el pecado" (Hebreos 4,15). En todo, por eso llega a sudar sangre en Getsemaní y a gritar: "¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?" (Mateo 27,46). Por eso, "y aun siendo Hijo, con lo que padeció, experimentó la obediencia" (Hebreos 5,8). Por eso tuvo que vivir el trance del "aparta de mí este cáliz" (Marcos 14,36).

Si era hermano nuestro en todas las moléculas de los tuétanos humanos, debió ser Varón de Dolores. Pero, simultáneamente, necesitó hablar para, desde su majestuosa máscara velatoria, emitir los sonidos de la revelación de su intimidad personal y de la revelación del misterio de la preexistente Ternura Trinitaria. Jesús necesitó de palabras para narrarnos la historia sin tiempo del Amor Divino. Si quería cumplir el encargo del Padre, tuvo que tomar sílabas nuestras espigadas. Sólo así llegaríamos a ser amigos y encontraríamos las respuestas de nuestra libertad filial.

Antes de rozar la cumbre, el ciervo precisa bajar a las cavernas. Sólo en las galerías de la muerte es posible presentir la anchura de la vida esplendorosa. El libro del Génesis, con su poesía primigenia, responde más dilemas que los filósofos reunidos. Nuevamente, la metáfora encubriendo, descubre.

Evoquemos sucintamente el meollo desvelado. Dios creó, por imperioso afán de amor, al hombre como a su imagen y semejanza, dejando en los limos del origen las huellas

digitales de su condición tripersonal. Le dio el jardín por recinto y casa. Le visitaba a la hora del sereno para compartir el encuentro y el aroma. Pero Adán y Evà dudaron. ¿No podrá, este Benefactor omnipresente, tornarse esquivo? ¿No podrá llegar una noche, en que la veleidad de su corazón cambie de viento y deje de otorgarnos tanta dádiva gratuita? ¿No se cansará de ser manantial del regalo interminable? La pareja del inicio no era, tal vez, de suyo mal agradecida. Sólo pretendió asegurarse la felicidad.

Quisieron ellos tener la llave en la mano, porque eso es el árbol del bien y del mal: llave, cetro, timón propio, independencia, albedrío sin hilo en suspenso. El pecado original nada tiene que ver con un desliz de gozadores. Es, antes que nada, la rebelión de la desconfianza. Es el triunfo de la sospecha que Satanás trasplantó al corazón humano como gusanillo de filuda dentadura. El pecado es siempre turbación de los ojos del corazón. Es una sutil fáfara oscura, membrana resbaladiza que nos desdibuja el semblante de Dios.

Cuando baja la cortina tenue y engañosa del pecado, el Dios vivo deja de ser amigo, origen, sentido y soporte único de nuestra felicidad. La distorsión precisa consiste en que el amoroso Vecino, el Benevolente y el Benéfico, se troca, como arte de murciélagos, en el rival, en el competidor amenazante de nuestro bien y de nuestro gozo. Por eso Adán y Eva decidieron robarle la llave al Dueño del jardín: no fuera que su bondad fuese voluble. Y, en aquella acción suicida, se ocultaron sus propios ojos con escamas; y nos dejaron por herencia unos párpados pesados que apenas dejan entrever en claroscuro el rostro de la presencia amadora de Dios. Se le presiente más que siente, incluso cuando, al laceradamente resentido, sólo le queda la paradoja nerudiana:

*“Y yo, materialista que no cree
en el celeste cielo prometido
para ningún humano,
para este perro o para todo perro
creo en el cielo...”*

El despeñadero de lejanía era total. Pero la sed de Padre no fue borrada. Generaciones fueron buscándolo en las grutas del mutismo terráqueo, en el rayo y en el trueno, en los Aconcaguas de las diversas latitudes, en el maíz del sol, en el río que les mojaba la vida, en la fertilidad del humus materno... Dolmenes, menhires, estelas, altares, templos, marcaron la geografía gritando ¡ven!. En todos los pueblos se hizo acopio de elementos para erguir los pilares de un puente que uniese tierra y cielo. Ninguno era capaz de anclarse en el corazón de la Trinidad. El único posible era un puente colgante que se abajase, desde la intimidad de Dios hasta una entraña de mujer.

Los profetas fueron amasando la hora. Hubo ensayos y aproximaciones en alianzas. Israel fue el pueblo cofre. David y los salmistas, Isaías y los poetas de la fe bíblica, fueron los aquilatadores del Dios que quería romper la orfandad. Todos los siglos del Pueblo Elegido fueron ceremonial de acercamiento y despliegue del vocabulario que soportaría el nudo de todas las palabras, cuando, "al llegar la plenitud de los tiempos" (Gálatas 4,4), pudiese pronunciarse la inaudible voz reconciliadora, que ni siquiera en el Paraíso, había sido posible susurrar: Abbá, Abbá.

Jamás un buen israelita había osado referirse así a Yahvéh. Él se había llamado a sí mismo con ese nombre inasible: "Yo-soy-el-que-soy" (Éxodo 3,14). Nadie le había invocado con la más entrañable y cariñosa voz con la que los niños se referían al padre. Abbá, del arameo, debiéramos traducirlo hoy por "querido Papá", "papacito", "papito". Cuando el evangelista Marcos pone Abbá en los labios de Jesús (Marcos 14,36), tenemos la certeza de que no hay usurpación lingüística posible. Se trata de lo que la Formgeschichte gusta llamar "ipsissima verba Christi", es decir, vocablos mismísimos que de Jesús pasaron intocados al texto evangélico. Exclusivamente porque tenía tal áureo quilate crístico, es que Pablo de Tarso se atreverá a emplearlo en dos cartas -a los Romanos y a los Gálatas- cuando formula la identidad del radical gemido cristiano (Romanos 8,15; Gálatas 4,6)... "ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!". Este atrevimiento paulino, este inaudito desparpajo de la Iglesia primitiva, es el ejercicio limítrofe de la confianza. Se trata propiamente de la "parresía" neotestamentaria.

Nuestro actual diccionario define parresía con resonancias de ese griego revelador. Lo describe como "figura que consiste en aparentar que se habla audaz y libremente al

decir cosas, ofensivas al parecer y en realidad gratas o halagüeñas, para aquel a quien se dicen". Decir Abbá es también un despropósito con algo lúdico, un verbal juego amoroso pactado en complicidad, en confianza mutua. Sin el acontecimiento de Jesucristo, tuteo tan familiar resultaría profanación del Absoluto. Sólo es dable porque el Hijo eterno se hizo hermano de nosotros, los hombres y, enviándonos el Espíritu de adopción, nos insufló el gemido de su fontanal ternura: Abbá. Incluso nos animamos a pronunciar, de modo cotidiano, el más grande despropósito creatural: Abbá.

La liturgia latina suele introducir el padrenuestro con una fórmula que, tal vez, pasamos de largo, sin tomarle bien la temperatura a la osadía. Esa breve exhortación reza así: "Movidos por el Espíritu Santo, nos atrevemos a decir 'Padre nuestro que estás en los cielos'..." ¡Qué estupenda parresía! ¡Qué inefable tuteo con el cielo trinitario! Y este salto mortal de la confianza es la antípoda del pecado de Adán y Eva. Su efecto propio, usando el final de la definición ya citada del diccionario, es una complacencia del Padre, su alegría "grata y halagüeña". Porque la complacencia del Padre, su victoria amorosa sobre el miedo del hijo, ocurre cuando el hijo se desprende de la duda y le salta a sus brazos largamente abiertos para él. Vencida la angustia, el hijo no teme al escándalo de su propia pequeñez; su fragilidad y su pecado no son ya más razón de desánimo, ni impedimento de travesía. Al contrario, son el título para exigir que la misericordia le prefiera y le predilecte. Lúcido fue Eduardo Anguita al dar a la pequeñez rango de motivo en la aproximación:

"buscaré a mi padre porque soy muy pequeño".

Para tal trato, el Verbo se hizo carne, se hizo lengua y labio, se hizo intimidad de pulsación humana en todo menos en el pecado (cfr. Hebreos 4,15). Cuando él nació pudo comenzar la paz. Y el hombre inauguró la re-visión. El ídolo, que las manos del miedo habían construido como peligroso rival de la felicidad, podía comenzar a desmoronarse para que surgiera, no sólo el Dios amigo de aire paternal. La creación nueva tiene una calidad de ser que Scheeben llamó adopción cuasi física. De ella brota más lluvia de padre que la suma de todos los padres de la tierra... "Si pues, vosotros,

siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo!...” (Lucas 11,13).

Cristo es el momento. En torno a él todo el pasmo, toda la nostalgia y el hambre acuciadora se agolpan. Hay un silencio imperceptible para el ruido de los poderosos, de los frívolos y de los fatigados de tanto aguardar. Pero, en verdad, hay silencio en el pistilo de todas las azucenas vigilantes. El Verbo va a hablar. Tiene el encargo de pronunciar la palabra mayor de todo tiempo. Abrirá el postigo tembloroso del misterio y el río de la luz entrará alegrando todos los gestos y los objetos del hombre. Ya nunca más los dramas terminarán en tragedia. Los combates y las edades de la muerte, serán trampolín, desde donde el rictus de aflicción terminará en el ósculo de la vida sin desmayo ni recorte.

Bien saben mis hermanos de Academia, que nunca la palabra es angélica, jamás es alma pura. Siempre fluye por las arterias de la materialidad sonora del hombre. El Verbo se hizo carne para narrar, de modo humanamente audible, el secreto de la amadora y amada Trinidad. Pero ¿de dónde tomas las sílabas? ¿En qué pentagrama dormían milenariamente las notas de la cabal música? ¿Dónde residía humanamente el atisbo de lo divino entrañable y fascinador? Si quería Jesús ser escuchado, debía hundirse en el magma de nuestra condición y vivirla. Sólo existiendo como uno de nosotros sería capaz de apropiarse de nuestros verbos. Solamente lo vivido formula, escoge, asigna. La vida es la única que rescata los sonidos y las caligrafías de la neutralidad decorativa, para hacerlas palpar como sangre de diálogo. Por eso, Cristo vivió primero, después acumuló palabras en la cotidianía robusta de Nazaret. Sólo entonces él era apto para predicar bienaventuranzas y enseñar la oración dominical, la plegaria del Dominus, del Señor.

El Divino Verbo no traía palabras al encarnarse. El hogar trinitario es una torre donde la común naturaleza de las Tres Personas es un perpetuo vocablo de encuentro. Es silencio copiosamente poblado. Es cascada de decires receptivos y obsequiosos. Es remanso continuo en el cual nunca ondea la cisura que en nosotros se alza entre una sílaba y la otra. La única nota musical del amor eterno es un sol sostenido que no titila jamás. Por eso, la Segunda Persona vino a la tierra para aprender a hablar. Fue niño silente hasta que, en los brazos, de María y José, sus pulmones maduraron un airecillo tan tibio

como para escurrirse bien en la cavidad palatina, tenderse dócil en la rosada lengua y escaparse gozoso entre las alas de los dos labios de retoño hebreo.

Sin embargo, el hálito, para ser modulado, exigía que algún maestro de signos sonoros entonara al oído verbos que, ancestralmente, habían logrado constituirse en un convenio viviente de comprensiones. Si nadie se aproxima al tímpano, la voz no salta la valla del ruido gutural. Las palabras son siempre tradición. También en Jesusito que, un bello día de la tierra, pasó de gorjeador a hablante. Por mucho que viniese grávido de todos los secretos divino, y que el encargo irrenunciable le quisiera profeta, era todavía un extranjero mudo recién desembarcado. Sólo cuando balbuceó lo primero, llegó a ser plenamente uno de nosotros.

Si siempre quien habla es un descendiente, Jesús es de la directa estirpe verbal de María y José. Esto implica algo más que la transmisión de un acervo de vocablos yuxtapuestos, de una especie de diccionario detenido en la sucesión alfabética, sino que exige una jerarquía sinfónica de palabras, organizada en temas y vaivenes. Y también el lenguaje tiene un eslabonamiento temporal. Los niños no inician su habla con los nombres de extraños minerales. Se inician con lo más vecino y lo más templado. El horizonte redondo de la casa, necesita que cuanto contiene sea asumido en el acto regio y adánico que acaece cuando la personita incipiente las nombra por primera vez: agua, sol, pan... Pero antes: ojo, pie, mano; es decir, los miembros de la corporeidad personal... Pero todavía antes, es el juego mínimo de unos labios apretados en la vibración de una "m", que se expande en la flor abierta de una "a": "ma" ... Y las dos letras abrazadas en sílaba suenan tan gloriosamente connaturales al oído, que se les reitera confirmándolas: "ma-má". Ya tenemos la palabra inaugural. El callado ha dejado de serlo en primerísimo trance. Ha tocado y acariciado un tú con la voz. Ahora también él ha ejercitado su condición de persona humana, la que tiene desde el instante ignoto de su concepción. La madre que le nutrió las fibras oscuras en nueve meses de claustro y las fibras blancas en las semanas de la leche, le inspira ahora las fibras de las palabras multicolores. Una madre, la elementalmente aludida, ella, la interpelada al origen, ella, carne y

leche prolongada en verbo, puede caer en la tentación de mantener cautivo al fruto. Pero si entiende que su matriz no puede ser tierra prometida, sino que es raigambre de la carrera y puerta del día, al instante siguiente de ser nombrada **"ma-má"**, ella oprime los labios más afuera, más cercana al horizonte extenso; hace vibrar el aliento y le susurra al hijo: **"pa-pá"**. También una reduplicación, jubilosa y confirmativa, de una simplísima sílaba.

Jesús, Verbo encarnado, siguió esta misma escuela ineluctable. Fue María, Miriam, quien le enseñó la palabra precisa para revelar el insondable e impronunciado misterio trinitario que él venía a revelar. José no le había entregado carne suya al Verbo. Sabiéndolo Miriam, madre-virgen, tenía la certeza que José debía cumplir el encargo, la diligencia de ser aquella figura masculina que le permitiera al Niño Jesús crecer, como desde un espejo, en su propia varonía recia y audaz. También, José estaba llamado a introducir a este hijo en las actitudes y pericias del trabajo, así como en las oraciones propias de un fiel israelita. José, según las leyes que Dios inscribió en la psique y en la sociabilidad humanas, tenía por misión moldear el modo de existir viril e históricamente cultural de Cristo. No eran sus únicas tareas proveer el pan, sujetar el alero y proporcionar una honra a la Mujer que había dado a luz virginalmente. José de Nazaret recibió un empeño clave en la secuencia de la revelación de Dios a los hombres. Miriam lo sabía. Por esto, al instante siguiente de escuchar del Niño **"ma-má"**, cumplió lo más ígneo de su vocación materna y le musitó al Niño muy cerca de los ojos: **"Abbá, dí Abbá, dí Abbá José"**. El Niño era la docilidad más maleable y bebió el sonido como tierra reseca que aguardara toda una eternidad, el frescor de un agua única: **"Abbá, Abbá José, José Abbá"**.

Miriam, hija de Ana y Joaquín, no tenía mácula desde el instante de su concepción. Nunca ella tuvo parte en el pecado original. Por lo mismo, jamás tuvo miedo de Dios, jamás le miró como al rival de su alegría. Desde la prístina autoconciencia confió, con instinto de hija, en Dios y en los reflejos de la paternidad de Dios. Antes de ser maestra de la palabra Abbá, fue alumna en la escuela materna de Ana. Ella la introdujo en el rito de iniciación que completaba su índole filial. Ana se inclinó despejando y coronando la frente de Miriam con una caricia: **"Niña mía, Abbá, dí Abbá, dile Abbá a Joaquín"**. La pequeña Miriam no traía un secreto divinal y eterno como Jesús, pero siendo Inmaculada tenía el alma hecha como esas caracolas que espontáneamente recogen la

música del mar. Según dicen, basta poner una de estas conchas espléndidas al borde del roquerío y, al primer rumor de olas, cogen ellas la canción oceánica para siempre. Así fue con Miriam. No había terminado Ana su lección, cuando ya Miriam escamoteando como a uva la palabra, la estrujó implantándola en lo hondo de su vaso interior... **"Abbá, Abbá, Abbá Joaquín"**.

En ese hito del tiempo, comenzó el habla de la Nueva Alianza. Por vez primera se pronunció la voz Abbá franca de temor, con absoluta libertad, con henchida complacencia, con sólo ternura, límpida de cenizas, sin filo de lejanía. Miriam fue la prerredimida en función de los méritos del Cristo que nacería de su entraña. Es la adelantada de la plegaria viva del padrenuestro. Es la chispa del día que ya ilumina el nocturno antecesor. En los brazos de Ana, mirando a Joaquín, la palabra, desde los labios de Miriam, subió ya lozana y madura para Cristo, brotó el Abbá de la confianza irrestricta, del amor filial indiviso, de la invicta libertad de los hijos de Dios.

No sabemos exactamente cuándo Jesús, del **"Abbá José"** transitó al **"Abbá Yahvéh"**; para derivar, más tarde, en **"Abbá mío"**; del cual crecería el **"Abbá nuestro"**, cuya expresión sublime, tras resucitar, fue el inaudito **"mi Abbá y vuestro Abbá, mi Dios y vuestro Dios"** (Juan 20,17).

Como ya dijimos, los exegetas sitúan la rendija de la confianza certísima en Marcos 14,36. Es la noche del olivar en Getsemaní, entre aquel jueves y aquel viernes, cuando, según el mismo evangelista, "comenzó a sentir pavor y angustia" (Marcos 14,33). Y tanta congoja se le agolpó, que limosneó piedad de sus discípulos: "Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad". La soledad llegó al colmo, hasta el punto de ponerlo ebrio de quebranto y hacerlo caer en tierra. Alguno de esos discípulos alcanzó a escuchar la bocanada de dolor. No la pudo olvidar jamás y alguien la hizo llegar a la pluma de Marcos: "Y decía: '¡Abbá, Padre!, todo es posible para ti; aparta de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero sino lo que quieras tú'". Esta es la augusta hora del temple, cuando el hierro, enfriado bruscamente hasta el grado del máximo temblor de los átomos, emerge vuelto acero flexible y enhiesto.

Abbá brota de la ternura filial. Es destilada hidromiel del cariño que pulsa en familia. Es afecto de hijo, pero nada tiene de pueril o niñoide. Es filialidad acrisolada en el Huerto de los Olivos, cuando el corazón rechaza el cáliz gritando el no visceral. Es el triunfo del amor obediente por confianza, cuando se atreve a musitar: "Aunque nada entienda de tu propósito, aunque el espanto y el espasmo me aparten de tu designio, yo creo que tú eres el garante de mi genuina felicidad, yo confío que si bebo de tu copa amarga, estoy saciándome del único hontanar de mi bien, de mi paz y de mi gozo... 'pero no sea lo que yo quiero sino lo que quieras tú', Abbá".

Tal obediencia es primaveral resurrección. Es pascual opción por más vida y tiene fundamento capaz de soportar todos los embates. La heroica confianza supone la certidumbre de que el Padre, desgarrando, poda, pero jamás mutila. Supone que hay un tuétano de memoria, según el cual sabemos que Abbá fue vendador de todas las heridas. Supone creer, contra todo el desmentido de la apariencia, que el Padre, cada vez que demuele una morada terrenal, está preparando para nosotros alvéolo, nido o celdilla dentro, todo lo dentro, de su corazón. Supone una fe en el Abbá, Morada y Cicatricero, como la de Gabriela Mistral cuando jadea su plegaria:

*"... Padre,
no clamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.*

*Tras el vivir...
¡hogar dentro de Ti nos has de hacer!"*

La dualidad dramática de dolor y amor estará en la cúspide de la cúspide del Gólgota: "... clamó Jesús con fuerte voz: '¡Elí, Elí!, ¿lemá sabactaní?'. Esto es: '¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?'" (Mateo 27,46). "Cuando Jesús tomó el vinagre dijo: 'Todo está consumado', y dando una gran voz exclamó: '¡Abbá, en tus manos entrego mi espíritu!' y dicho esto, expiró" (Juan 19,30; Lucas 23,46).

Abbá, lo último. Abbá, lo primero. Abbá, simiente y apogeo. Abbá, de eternidad y de hoy. Abbá, lanza y corona. Ya siempre la ternura y la obediencia del Abbá serán vocación de Miriam jazmín y de todos los hijos en el Hijo, por el victorioso Espíritu Santo.

El encargo de desvelar

-apuntes para una ética del artista-

Ortega y Gasset sabía mirar los lienzos del Museo del Prado en forma bastante adánica. Se empinaba desde la avenida de la Castellana, o se ponía a horcajadas sobre el brioso potro del peligro y descubría el contrapunto entre la vaca y la persona humana, por ello acertó a decir una perogrullada fenomenal de lo más incisiva: "La vaca nunca dejará de ser vaca. El hombre siempre está en riesgo de dejar de ser hombre". Nuestra conversación no puede ocurrir sino en esa sección de la playa donde una bandera roja agitada por la brisa salina señala la "zona de peligro" humano, el espacio mismo de la cuestión ética. El arte, pues, es parcela de la aventura humana. Si recogemos la distinción de Gabriel Marcel: natura y aventura, el arte se sitúa en el segundo plano, se refiere al cultivo que el hombre hace de la naturaleza, de lo que está allí y por eso forma parte de la cultura, lo que implica que está dentro de lo transindividual. La moralidad reside en el hombre y el artista es alguien que primero, siempre y en todo, es un hombre receptor de los dones de su condición y que está desafiado y atribulado, prometido y comprometido con todas las responsabilidades del ser humano en la historia.

Ser artista es un modo original e intenso de existir, y no se percibe como algo pasajero o de una circunstancialidad intrascendente. El artista impregna al hombre, empapando todo, cuando nos encontramos con una auténtica vocación de tal. Hablamos aquí de artista si se da un hombre que escucha en su intimidad un llamamiento insoslayable que no puede postergarse, en definitiva, sin traicionar la identidad auténtica. Ciertamente hay otras vocaciones muy imperiosas. Claro está, que aquí ya hay elementos de interpretación. En la experiencia hay un surgimiento desde las fibras propias del artista. Hay una certeza de constituir una cierta fuente distinta. Esta afloración es un hecho constitutivo de la biografía artística. Tarde o temprano son muchísimos artistas los que tienen una conciencia de don y de vocación. El don es el existir mismo como persona, el no poder explicarse sin un antes generoso e iniciador, pero el artista es aquel que tiene una reduplicativa vivencia del estupor acerca de sí mismo como dádiva y encargo.

En el grupo o en la aldea, uno de los adolescentes canta con sublimidad, incluso de él brotan melodías inéditas... no sabe cómo, en su silencio, se combinan las notas y pugnan por ser paridas, como ese Orfeo que inventó la cítara, removiendo árboles y rocas y amansando las bestias feroces. Los orfeos son entonces, doblemente deudores porque existen y estrenan músicas. Son deudores ya que tienen la certeza de no ser el origen de raros y exuberantes talentos. La ética del artista no puede soslayar este rasgo de ser distinto, en el cual radican tantas congojas y promesas específicas. El conflicto entre ética y estética tiene una dimensión objetiva, pero antes y sobre todo, se plantea en la interioridad del artista: ser persona responsable y deberse por entero a la creación de la obra de arte.

La afirmación de Oscar Wilde ilustra bien el tema: "El hecho que un hombre sea un envenenador, no prueba nada contra su prosa". Si desplegamos este aserto, se pueden desentrañar cinco contenidos:

1. se rechaza que el envenenador, por serlo, escriba necesariamente mal;
2. se sostiene como posible que el envenenador escriba hermosamente;
3. se registra una contradicción dolorosa: que un eximio prosista tenga la calidad humana detestable de envenenador;
4. mirando a los inocentes potenciales envenenados, se preocupa que el prosista envenenador use su vibrante prosa para incitar a otros cómplices a envenenar con entusiasmo;
5. se tiene una cierta nostalgia de que el envenenador no hiciese uso de su prosa, convocando a observadores neutrales en una campaña para, por ejemplo, combatir la siembra de minas personales.

El artista no es un demiurgo, no es un paréntesis de la exigencia ética de todos los hombres, es un hombre más. La experiencia de su excepcionalidad no lo puede eximir de la solidaridad moral con todos los hombres. La novena sinfonía como acto humano tiene, en principio, la misma exigencia de moralidad que un puente. Si el ingeniero calcula su viaducto de modo que no contribuya a "la vida buena de los hombres" (Aristóteles), transformándose el puente en trampa mortal para los transeúntes, el calculista ha ejecutado un acto contrario a la ética. El artista que pone su arte a disposición de la mentira, o de la desintegración, es inmoral por igual título.

Si Hitler en vez de ser un mediocre pintor, hubiese sido un Kokoschka y hubiese logrado enardecer con su pincel a los asesinos de Auschwitz, habría cometido un crimen más. Todo esto sin negar que el Hitler-Kokoschka hubiese rozado lo sublime con su tela. Desde este punto de vista, sería un pintor prodigioso pero un hombre deleznable. Entonces ¿hay una dicotomía perfecta? No. No la hay. El campo en que nos movemos, tanto en la ética como en el arte, es el de la libertad, horizonte abierto pero no infinito. No cualquier sujeto está en condiciones de hacer cualquier cosa. Sabemos que podemos, pero también sabemos de nuestras impotencias. En un avance mayor, podemos llegar a saber que no todo lo que podemos hacer lo debíamos hacer. Volviendo al símbolo de Hitler, si el dictador nazista hubiese podido, genéticamente, fabricar un ejército de clones del guerrero psicópata más feroz, el Führer habría podido prácticamente haber cometido un gravísimo acto inmoral de inmensa eficiencia bélica: podía fácticamente, no podía éticamente.

¿Lo anterior vale para todo hombre? Además, ¿hay cuestiones éticas específicas del arte y el artista? Ciertamente. Dentro de la particularidad vital del artista hay que dejar consignado que el arte se vive, en el creador, como con una suerte de arrobamiento enamorado o un vigoroso movimiento expresivo, el impulso creador tiene una fuerza pasional ingente. Es lo que hemos ya calificado de “intenso” en el existir. Esto tiene un valor de coeficiente que marca la gravitación biográfica del asunto. Anotemos algunos requerimientos éticos propios del artista.

Primero que todo: el artista se debe a la belleza. Su forma de ser hombre lo instala con una responsabilidad social aparentemente secundaria. Esta es una de las emboscadas más arteras a los pueblos pobres y a los mundos en crisis. Pareciera que lo urgente y lo importante es asegurar las formas elementales de la vida, pero el hombre sin belleza no puede ser salvado, no tiene consolación en sus quebrantos y las rendijas de la luz se deshilan en la memoria.

La definición agustiniana de belleza: *splendor ordinis*, apunta a una irradiación de la verdad y la justicia, del bien que enaltece y nutre al itinerante dramático en su marcha

forzada. En el galpón de Auschwitz, donde dejaban morir de hambre a los condenados por venganza, cuando algunos prisioneros se fugaban, ocurrían espeluznantes escenas de desesperación. Simultáneamente, alguien con la uña dibujaba en el enlucido frágil de los muros figuras hermosas de paz, símbolo de una trascendencia creyente. Si nadie es capaz de trazar una flor en lo más oscuro del odio, estaríamos en el puro infierno. Basta un pétalo de belleza para que ese rincón tenga semilla de renacimiento.

En un horizonte metafísico, creo que, efectivamente, la razón de estas afirmaciones se afinca en una armonía interna de las cosas mismas, aunque estén quebradas e incompletas. Lo que Mounier llamó la “densidad del ser” o aquellos “hechos absolutos que redimen a la humanidad”, según Sábato, señalan la plataforma desde la cual la libertad existe. En esa densidad de las cosas hay, como lo dicen algunas escuelas, unidad constituyente, una materia de verdad, un valor que puede enriquecernos, y siempre hay una armonía que pulsa por desplegarse, es el esplendor del orden intrínseco al ser. Dicho paladinamente: la belleza está agazapada en todo ser y el artista es simplemente quien libera ese vigor de luz en medio de la cotidianidad de la historia.

Es el encargo epifánico, desvelador del ser. Esta es la primera exigencia ética del artista: desplegar cuanta belleza sea posible para que la realidad abreve las culturas con el agua clara de lo verídico y lo valioso. Toda la verdad, cualquier verdad, no sólo aquellas cosas lindas, aquello que sea lindura, también lo escandaloso y estremecedor. La profecía puede ser el poema más hermoso cuando es grito y descarga de incómoda verdad.

Segundo: otra exigencia y servicio capital de la ética y la estética es lo gratuito que acota los derechos de contemplar por contemplar. Lo que “no sirve para nada” (Leopoldo Panero) y, sin embargo existe, es una oferta que merece y necesita ser saboreada. De esto da cuenta el artista, como mistagogo, vale decir, como mano que abre de balde las ventanas para que muchos puedan vislumbrar los misterios, simplemente porque están ahí.

En una taberna española leí, en mi juventud, una frase escrita en el muro. Se refería, tal vez sin saberlo, al tema de este coloquio. “Nunca nadie guió tanto a los pueblos como los poetas”. Ojalá fuese enteramente certera. Pero contiene una carga de verdad. El artista, como atrayente Orfeo, como profesional de los resplandores ocultos, tiene un oficio del cual no puede restarse, si bien las formas de ejecutarlo son muy diferenciadas. Sábato ha escrito en sus memorias recientes que “el escritor debe ser un testigo

insobornable de su tiempo, con coraje para decir la verdad y levantarse contra todo oficialismo que, engeguado por sus intereses, pierde de vista la sacralidad de la persona humana" (p. 73). Esta vocación lo constituye, si es auténtico, en un potencial de solidaridades, en un comprometido y comprometedor con las causas del hombre, de la persona y la comunidad, como absoluto histórico de la inmanencia. El artista simplemente por desvelar belleza, anuncia y denuncia simultáneamente.

Tercero: un tercer reto vocacional se relaciona con la creatividad. Todo habitante de la historia está convocado a engendrar. De nuevo, las formas, los tiempos, los estilos son del todo diversos. Pero ¡ay de las higueras estériles! El artista es un creador por antonomasia y se pasea por los lindes peligrosísimos de la encrucijada entre "vértigo y éxtasis" (Alfonso López Quintás). Como el artista pertenece a la avanzadilla de la humanidad, a la bandada de las aves migratorias que se adelantan a las estaciones, puede llegar a constituirse, si es lúcidamente el que es, en baqueano de los senderos fronterizos de esa disyuntiva. Coincidimos con los que han definido al vértigo como la fascinación acelerada del espejismo y que se caracteriza por prometer todo, no exigir nada y, a la postre, quitar todo para dejarnos exangües al borde del camino. Por ejemplo: la succión del remolino de la velocidad, del erotismo sin donación, las esclavitudes de la droga y otras adicciones, la borrachera de la eficacia a costa del equilibrio del planeta, sacrificado al "delirio tecnológico" (Sábato) en el altar del Moloc del progreso.

En la contrapartida, está otra forma de atracción, de dejarse enamorar por aquello que nos plenifica y que está fuera de nosotros invitándonos al abrazo que nos hará fecundos. Lo llamaremos éxtasis, encuentro que se caracteriza por una interacción de posibilidades, en la cual lo distinto promete todo, exige todo y, a la postre, tras el arduo salto del riesgo amoroso, otorga todas las sustancias que ese otro involucra en su ser íntimo.

El artista como creador, de pie entre vértigo y éxtasis, tiene el encargo de extasiarse y de escalar primero el éxtasis, significando con su propio itinerario que la ascensión no nos va esclavizando ni castrando, sino que la cumbre es el lugar propio de la dignidad humana, el espacio terrestre de la libertad. Esta elevación del ser por el hacer, es un

acto tan similar al inicio del todo que hace coincidir una palabra postulada acerca de Dios con la acción más específica del artista: creador. Cuando el artista crea extasiado y ofrece materia de éxtasis a los otros está ejerciendo su responsabilidad ética nobilísima. Cuando se transforma en el “flautista de Hamelin” y juega de embaucador, guía hacia la fatamorgana, realiza un acto de inhumanidad ética y de máxima insolidaridad social.

El Rin pasa, Lochner queda ... Crece

-el gran pintor gótico en una exposición memorable-

La propina del viajero

Durero, viajando de Baviera camino a Flandes, quiso conocer el ya entonces famoso retablo de "Los Santos Patronos de Colonia" de Stefan Lochner. Allí, en la capilla del Consejo comunal de Colonia, obtuvo permiso para que le abrieran las hojas cerradas del tríptico, el que se exponía a los ojos de los devotos sólo en tiempos particulares. El maestro de Nüremberg debió pagar una propina. Era una jornada de octubre de 1520. La reforma de Lutero estaba encendiendo la Iglesia, los viñedos del Rin ardían en uvas desde el Ahr, río arriba. Johann Wolfgang von Goethe, que miraba con elegante distancia al mundo medieval, 296 años más tarde, también recibió el ramalazo de luz que ese mismo cuadro seguía emitiendo. El poeta hubo de hacer algunas distinciones precautorias, pero con todo debió confesar: "aquí los artistas se reafincan perfectamente en la naturaleza".

El reciente lunes 7 de febrero, Frank Günther Zehnder, el más eminente experto en Stefan Lochner, guía por la exposición a un grupo de artistas e intelectuales. En primera fila está el que fuera secretario y confidente de Heinrich Böll. El matrimonio de escultores chilenos, bien conocidos en este gremio, Juan Eduardo Fernández y María Jesús Ortiz hacen preguntas. Zehnder habla con voz armoniosa, pero sin distraer ni una sola sílaba en generalidades retóricas. Dicta cátedra sin quererlo y sin sentirlo. Tiene los argumentos a la vista de todos. Es un escenario irrepetible. Por ejemplo: por única vez el breviario que Lochner iluminó con miniaturas en la cumbre de su arte (1451) fue desarmado y están allí las hojas separadas en las vitrinas. Cada una es una obra maestra. Es como ver las cuentas de un collar al que se le ha cortado el hilo. Y cada gema brilla como galaxia singular. Y por primera vez están frente a frente, nada menos, que el Juicio Final de Lochner y el que pintara Hans Memling en su madurez, siguiendo al de Lochner. Tras una hora de enzarzar informaciones recientes y alusiones finísimas, Zehnder resume el

juicio compartido actualmente por muchos críticos e historiadores: “Stefan Lochner es el más importante de los pintores de Colonia, uno de los más significativos pintores alemanes y -modificando lo que se pensaba hasta ahora-, él debe ser situado en el nivel más alto de la historia de la pintura internacional; es comparable a su egregio contemporáneo de Flandes, Rogier van der Weyden”.

Fiesta total a la orilla de la inundación

El invierno 93/94 quedará en la memoria de los renanos. En los pilastres de los puentes, donde se marcan los niveles de las aguas, las de estas Navidades dejan una señal que es la segunda más alta, indicando una gravísima inundación. Cuando el río desmadrado lamía los jardines del museo Wallraf-Richartz, adentro seguía incólume un programa verdaderamente espectacular, preparado desde hace seis años. Todo un acopio de estudios, la experiencia acendrada de los museólogos y una audacia creativa y ambiciosa se conjuraban para ofrecer una variada tesitura. Se trata de una exposición que logró reunir prácticamente todo lo que se propuso como elenco ideal. Ha atraído a multitudes que no pasan como tropes hipnotizados por la propaganda. Hay un excelente conjunto de guías, se ha incorporado por primera vez un sistema IBM de información computarizada, y la misma distribución de los cuadros es ya una lección elocuente. Más que una yuxtaposición de venerables pinturas, se ha ofrecido una suerte de fiesta de la ciudad, en la cual se agasajan también a los viajeros numerosos. Hay una voluntad sostenida de romper los límites de un público ya cautivo. Se quiere contagiar, muy particularmente a los jóvenes y a los niños; pero también se les ofrece a los de la tercera edad momentos de encuentro bajo el firmamento colorido de Stefan Lochner. Hay escuelas que en el museo representan teatralmente la vida de Lochner. A niños de ocho a diez años, se les prestan los trajes de época para disfrazarse y crear en el museo sus propias leyendas. Y si el niño tiene más de nueve años, puede pasar un fin de semana pintando con témpera, pigmentos y yema de huevo al modo gótico. Hay conciertos de música de la época del maestro, hay tardes con danzas medievales... incluso hay encuentros culinarios para gustar las comidas de aquel tiempo. El catálogo se ha agotado ya dos veces. La remesa para las últimas semanas es una edición de diez mil ejemplares del profusamente ilustrado volumen de 469 páginas. Allí está lo más granado de la

investigación en su punto actualísimo. Y si para alguien el catálogo resulta demasiado costoso o extenso, Vernissage, una ágil revista que informa acuciosamente de todas las exposiciones en Alemania, ofrece un número especial al alcance de todos. También hay un hermoso cuaderno para guiar a los niños.

Pero esa multitud que llena las salas, no es sólo un patente fenómeno de democratización de la cultura. Con los dineros que produce por el importe de las entradas y con el hálito de entusiasmo joven que inspira esta exposición, se ayuda a la primavera actual de los estudios acerca de Lochner. En efecto, lo ya publicado para la inauguración es un material valiosísimo y además se anuncian una serie de monografías de doctorandos. Coronación de este proceso de los estudiosos, será un simposio con expertos de todo el mundo en los últimos días de febrero. Esto es radicalmente diferente a lo que ocurrió con la única exposición anterior dedicada enteramente a Lochner. Era la Alemania de Hitler de 1936. No hubo ni una sola publicación, ni siquiera un mínimo catálogo funcional. No se espoleó la investigación. Aquel tiempo no tenía la temperatura necesaria para la empatía con Lochner.

Esta fiesta ha sido posible por el feliz matrimonio de tradición y juventud. Junto al experimentado y benemérito Frank Günther Zehnder hay una colaboradora suya, la Dra. Dagmar Regina Täube, de 33 años. También el color de los muros de la exposición, cuidadosamente escogido tras un delicado análisis, es una renovación. Sobre un azul fuerte pero amable, los cuadros no son tragados por la palidez casera de los tradicionales paneles en colores claros. El Dr. Zehnder tuvo que luchar por ello. Y ahora lo cuenta con una leve sonrisa de triunfador discreto.

El sureño llega a los pináculos de Colonia

Stefan Lochner ¿quién era? Hay muchos trazos que desconocemos en su biografía, pero es excepcional el que sepamos su nombre y que podamos reconstruir el andamio más necesario. Los grandes contemporáneos de Lochner deben ser designados apenas con nombres inventados por los historiadores. Así, el “Maestro de la Santa Parentela” o el

“Maestro de San Laurencio”. La razón es que el pintor medieval tenía con sus retablos la relación de modestia que un carpintero tiene con sus puertas y sus ventanas. Quien hace una mesa no siente el impulso de firmarla. La obra era el nombre perpetuado. En el caso de Stefan Lochner sus contemporáneos retuvieron para nosotros algunos datos principales, los que ahora, con motivo de esta exposición, han sido mejor precisados. El que Durero llamará en sus apuntes de viaje “Stefan de Colonia”, nació en el sur de Alemania, en la costanera del lago de Constanza. Debió ser en torno a 1400 en Hagnau, próximo a Meersburg. Al borde de las aguas de ese mismo lago, tendrá lugar el Concilio de Constanza (1414-1418), que reunió a obispos y teólogos, artistas y predicadores, transformándose en crisol del último espíritu medieval. Lochner llevará siempre algunas huellas de aquel universo, como ser la audiencia que en él tienen las visiones de Brígida de Suecia, quien fue canonizada durante los trabajos conciliares.

Después debió tomar el morral de los pintores ambulantes y lanzarse hacia los centros donde los talleres de los maestros eran colmenas en ebullición. Si bien sus retablos denotan los conocimientos adquiridos en diversas regiones, quien marcó más al de Hagnau fue el “Maestro de Flémalle” en Tournai. Hoy la crítica histórica ha demostrado que ese maestro es Robert Campin (1374-1444). Este fue también quien guió en su aprendizaje al gran flamenco de la siguiente generación, Rogier van der Weyden. Stefan y Rogier aprendieron de Campin lo más revolucionario de la pintura al norte de los Alpes: “la articulación de los espacios interiores, la creación de perspectivas de profundidad por medio del embaldosado de los suelos, y el gozo en la representación de los detalles realistas” (Dagmar R. Täube).

Lochner no retorna al sur de los ancestros. Ancla a los bordes del Rin en Colonia. Allí siguió el arduo camino de un extranjero. Se abrió un espacio en la complicada y celosa maraña del gremio de los pintores de aquella exigente y rica ciudad. Desde 1442 hasta su muerte, nueve años más tarde, tenemos una serie de documentos que nos permiten reconocer el itinerario fundamental. Finalmente, tanto se le acepta como auténtico coloniense, que en 1447 llega a formar parte del mismísimo Consejo de la ciudad, representando al gremio de los pintores. Ya puede comprar dos casas contiguas en el barrio de San Albano, muy cerca del Municipio. Se suceden los encargos, los discípulos debieron ser -en razón de la estela que dejó- numerosos y calificados. Con todo, la

temida peste no se detiene ante el portón del arte creyente y Stefan y su esposa Lysbeth fallecen en 1451.

Claro es, Lochner pudo ser aceptado en un medio artístico y social de tan alto nivel gracias a un eximio pincel. Este fue manejado con la sabiduría de un verdadero artista de genio. Lochner trajo las novedades de Flandes, las cuales anunciaban el Renacimiento adveniente. Pero junto a ello, supo nadar a gusto en las aguas de la Devotio Moderna, esa corriente espiritual que impregna con su misticismo los finales de la Edad Media. Y saliendo al encuentro de la mejor tradición coloniense se entronca con el "Weicher Stil", el estilo "blando". Este modo de pintar se extendió por varios países en el tiempo anterior a Lochner, por él se buscaba comunicar una intimidad y una ternura que suscitase piadosas respuestas en el devoto. Nuestro pintor asume creativamente el "Weicher Stil" y, sin gesto aparatoso, lo revoluciona con las enseñanzas de Robert Campin. Así nace la síntesis propia de Lochner. Por ello alcanza el sitial de un pintor popular, verdaderamente emblemático y, simultáneamente, se transforma en un admirado por maestros ulteriores. Su influencia es tal que se puede sostener: Lochner es el eslabón entre dos gigantes flamencos, Jan van Eyck y Hans Memling.

Tres obras principales: al final las flores vencen

De Lochner tenemos obras que cuelgan en grandes museos del mundo. Hay tres que nunca salieron de Colonia. Sería casi -exagero adrede- como si la mítica catedral gótica de la ciudad adquiriera hábitos de viandante. Sobre estas tres pinturas se ha escrito muchísimo y allí donde se les guarda, siempre se les encuentra rodeadas de admiradores y orantes. Son, en orden cronológico: "El Juicio Final" (1435), "El Retablo de los Patronos de Colonia" (1440-45) y "María en la Glorieta de las Rosas" (1450-51).

"*El Juicio Final*" se inspira en el Apocalipsis (20,11-15). Cristo aparece como juez universal. Ante él la Virgen María y Juan Bautista interceden por los hombres. Un enjambre de ángeles toca las trompetas del Juicio. A la izquierda de Jesús, se ve a los

condenados que son arrastrados por monstruos demoníacos. Un castillo arcaizante y derruido está en llamas. Con estos fulgores azufrosos se combinan tonos oscuros en aquel costado del cuadro. A la derecha del Juez, un pórtico luminoso, inspirado en la catedral de Colonia, recibe a los benditos que afluyen numerosos con ademanes de serena y gozosa paz. Ángeles los conducen y los reciben con músicas que significan armonía. Todos los juzgados están desnudos, simbolizando que ha llegado la hora de una verdad ineludible. La composición es rigurosa, dominando el triángulo flamígero de los tres personajes principales. La técnica pictórica es magistral. Esta obra fue encargada para la sala de justicia de la ciudad. Debía ser una admonición dirigida a los que aplican justicia terrena. Hoy se encuentra en el museo Wallraf-Richartz. Allí cada visitante puede ver que en la parte de los salvados, en el césped del suelo, aparecen pequeñas flores. Violetas de humildad y los lirios del campo que brotan en mayo, simbolizando estos la persona de María y el amor.

“El retablo de los Patronos de Colonia”. Se trata de un encargo de envergadura destinado a la capilla del Municipio de la ciudad. Allí se le venera hasta la ocupación napoleónica. Pero en 1810 fue “rescatada en la Catedral” (como afirma Mohr en 1855). Allí le acompaña hoy el rumor lozano de la piedad renana. La obra es un tríptico que, cuando está cerrado, muestra en las dos caras que hacen de tapa, la Anunciación de Nazaret. A la izquierda del observador aparece una joven María, medio tornada en un gesto de regia delicadeza y apertura interior. Los tonos de pardos y marrones combinan con el dorado, acentuando la distinción sublime de la escena. Se ha hecho notar el verismo con que están pintados los libros junto a la Doncella. Tres azucenas aluden al misterio trinitario y a la concepción virginal del Verbo. El Arcángel Gabriel de la otra tapa viene desde un ventanal invisible de luz. Sus alas majestuosas danzan con solemnidad retenida entorno a su cabeza, que se inclina para pronunciar el saludo. De los hombros cae un mantón rojo y verde, lenguaje simbólico del amor y de la esperanza. Los tres paños del tríptico interior se componen en una equilibrada y vivaz armonía. A la izquierda vemos a la patrona de la ciudad, Santa Úrsula, con manto grana, y un séquito abigarrado. El panel de la derecha muestra a San Gereón llevando una bruñida armadura y sosteniendo un pendón al uso. Está rodeado de elegantes caballeros. El centro del retablo lo ocupa el paño con la adoración de los Reyes Magos. La veneración colonense de estos

personajes evangélicos, viene desde el traslado de las que se creían sus auténticas reliquias, traídas de Milán en la alta Edad Media.

Desde entonces la capital renana se transformó en un lugar importante de peregrinación. Lochner pinta la escena componiendo una yuxtaposición de triángulo, cuadrado y círculos como en un "zoom" cinematográfico, logrando una focalización perfecta en las cabezas de Cristo y María. Ella emerge esplendorosa, vestida de azules y tocada de riquísima corona, en la cual la cúspide es un diminuto Espíritu Santo, del cual pareciera descolgarse la pedrería fina. Hay un contraste de la Madre con el Niño. Este reposa desnudo en su regazo, señalándose así el total despojo de quien es Rey de reyes. El Infante tan anonadado, alza la manito derecha bendiciendo por ser Dios. Los tres sabios de Oriente visten opulentos brocados y ofrecen su dones; les escoltan acompañantes con tocados exóticos y banderolas. Esta obra denota, una vez más, y de modo ejemplar, la confluencia lochneriana entre raigambre coloniense e innovación flamenca. Pero también hay un aire a Duccio y Simone Martini, los sienenses que saben situar sus figuras de "Maestà" con una hegemonía de pura elegancia. Y el silabeo de las flores vuelve a hablar en el césped. Sobre el pasto oscuro la pequeña corola llamada "primavera" en español, y que en alemán se denomina "Schlüsselblume" ("flor-llave"), indica que María es llave de la humanidad para abrir, por humilde intercesión, el corazón de Dios.

"María en la Glorieta de las Rosas". Aquí las flores tejen una red armoniosa. André Malraux incluye esta obra en su exclusivo "Museo Imaginario", donde atesora desiderativamente lo mejor de la pintura universal. En verdad, estamos ante una cumbre del gótico. El tipo iconográfico es el de la "Madonna dell'Umiltà". Este tipo, de origen italiano, muestra a la Reina de los Cielos sentada, por humildad, en el "humus", la tierra que todos pisan. Poco a poco, al norte de los Alpes se va haciendo florecer el suelo parco. Así el tipo original se troca en uno nuevo que recibe por nombre "Jardín del Paraíso" o "Hortus conclusus" (Jardín Cerrado). Esta denominación es de origen bíblico con resonancias en la patrística, significa a María como la nueva Eva del nuevo paraíso: su alma es un solaz refrescante y perfumado que sólo se abre al Dios vivo.

Lochner nos ofrenda aquí uno de los llamados “cuadros de devoción”, destinado a un altar familiar o a una celda monacal. Esto da a la obra un aire de cercanía e intimidad cálida. María es figura espléndida con vestimenta de un azul que varía en infinitos tonos. Este color es característico de la Virgen y se pintaba con lapizlázuli, material más caro que el oro en aquellos años. El Niño desnudo tiene una manzana en la mano como símbolo de su condición de nuevo Adán. Los infaltables angelitos lochnerianos se distribuyen en un corro circular que se abre al observador. La altura del triángulo central es Dios Padre regalando el Espíritu Santo en forma de paloma.

En esta obra de última plenitud, el lenguaje cifrado de las flores dice también sus recados. Los pétalos y las bayas de la frutilla señalan al “dulce fruto del vientre virginal”. El entramado de rosas de la glorieta que respalda cabeza y hombros de la Virgen, trenza tres significaciones simultáneas: la sangre redentora de Cristo, la ardorosa respuesta de María y la victoria del amor sobre el pecado. Cuando Stefan pintó estas rosas regias estaba ya próximo a partir.

Lochner bien puede pintar hoy

Al pie del frontis de la Catedral de Colonia unos jóvenes rapados testimonian su adhesión a Buda. Poco más allá, los trenes corren puntuales y los pasos nerviosos llevan rostros tensos a bancos o grandes tiendas atiborradas. Los rapados mueven parsimoniosamente los brazos. En “Vernissage”, Zehnder pareciera mirar esta escena cuando escribe sobre la actualidad del gótico Stefan Lochner. “Hoy tenemos un apremio por tranquilidad del alma. En esta exposición hay pinturas de María plenas de armoniosa paz. Ante ellas el observador puede alcanzar la íntima serenidad”. Lochner estaría hoy pintando en nosotros con el gozoso pincel de su fe.

Apuntes de iconografía navideña occidental

Las confidencias de María son la fuente del relato lucano. Ella, gran tesorera, calló mucho, alargando así, con esta discreción su plegaria de adoración al Verbo hecho huesitos y respiración olorosa... Pero en torno a los silencios del acontecimiento central se enlaza un coro de personajes y escenas cautivantes. Un cierto mutismo de la trascendencia y una cercanía vivaz de la inmanencia. Por ello tiene razón Miguel Arteche cuando en un poema navideño exclama: "¡Tan clandestino Dios!". Es decir acopio de ocultamiento. Pero el poeta avizor debe completar el verso con el reverso de la medalla: "¡Tan clandestino Dios, tan primogénito!". Y esta primogenitura universal lo afirma como uno de nosotros. Significa que los hombres de todos los siglos pueden reconocer en Cristo los misterios de la propia nostalgia honda y de las palpitations más auténticas del ser persona en el tiempo. De los diferentes ciclos en la vida de Cristo, el de la Navidad fue especialmente inspirador en el arte popular y culto. Lentamente desplegó una galería de símbolos entrañables.

Los tres

El Niño, María y José conforman lo que denominaron la "Trinitas terrestres", es decir la Trinidad de aquí. La Trinidad eterna -"Trinitas coelestis"- tiene en la Sagrada Familia, si bien a infinita distancia, una réplica respirante ("nuestro Dios respira", dirá Claudel). Todo el brutal y gozoso realismo de la Encarnación del Verbo, se puede resumir diciendo que hay uno que pertenece a ambas Trinidades.

El Niño Dios

Se le representa en todas las posturas posibles de un infante recién nacido. Puede estar en brazos de María, en la pesebrera, en una cuna de rey, tendido en el suelo apisonado de la gruta, o desnudo sobre una estrella marcada con gemas entre las pajas. Siempre debe irradiar una presencia inalcanzable. La carnecita temprana es traspasada por la

Divinidad que se atempera y abaja en el porte y el gesto infantil. Hasta el siglo IV, la Navidad se celebró el 6 de enero en la fiesta de Epifanía, que en griego quiere decir manifestación regia de Dios. A mediados de ese siglo se comienza a festejar el 25 de diciembre, asumiendo y "bautizando" la fiesta pagana del "sol invictus". Con ella los romanos significaban que el invierno no puede atrapar con sus manos nocturnas al astro rey. La apropiación cristiana viene a confesar que, en el tembloroso Niño de Belén, comienza su carrera el Sol insostenible de la Luz y de la Vida. El núcleo es precisamente este: la conjunción esencial de cielo y tierra en el pequeñito de María. Con un salmo mudo y multicolor la iconografía habla siempre de Emmanuel "el Dios-con-nosotros".

Hay singulares lenguajes que acompañan al portento de la Navidad. Por ejemplo, cuando el gran pintor gótico de Colonia, Stephan Lochner, representa al Niño tendido en un pañal que es un corporal, ese paño que se extiende sobre el altar cuando se venera la presencia del Cuerpo de Cristo en la hostia consagrada. El mensaje de Lochner es recordar tenuemente la continuidad entre Eucaristía y Noche Buena. Un gran tema recurrente es la relación del pequeño hijo con el Padre Eterno. Así ocurre en el medioevo, tanto en la pintura, como en los marfiles, en algunas sillerías de los coros y en las iluminaciones intensas de los libros litúrgicos.

El barroco mestizo de América hereda esta presencia trinitaria. Un ejemplo señero es "La adoración de los pastores" del diciochesco Gaspar Miguel de Berrío, que Bolivia guarda en el Museo Nacional de Arte. Allí, el Padre con insignias reales se comunica, a través de la paloma diurna del Espíritu Santo, con el Niño que levanta desde el pesebre sus manitas en un imposible ademán de asir las paternas barbas celestes.

La Virgen María

Ya desde el final de la plástica carolingia, y en el románico con mayor elocuencia, se muestra la relación del Niño con su Madre. Si bien el origen de esta mutua referencia arranca del siglo V, como un eco de la proclamación dogmática de María en su realidad de Theotokos: Madre de Dios. Al comienzo María aparece más bien en sumisa adoración. Poco a poco, se le ve acercarse al Hijo. Por ejemplo, se la representa levantando un paño, para desvelar a Jesús y mostrarlo a los pastores. Ya a fines del románico, María ha

tomado al Niño en brazos y lo acaricia. Algunas veces lo amamanta. El diálogo de los gestos logra dulzuras finísimas, tal como en el antiguo coro de Chartres, cuando la Virgen alza el pañal para gozar ella misma en la visión de la criatura que había sentido navegar en el lago de su propia sangre, pero que aún no había contemplado ojo a rostro.

Los siglos seguirán oscilando entre la adoración extasiada y la ternura cautivadora. Absolutamente decisiva es la influencia de aquella Navidad de 1223 que san Francisco de Asís celebró en el bosque de Greccio. Nosotros podemos decir que de allí fluyen nuestros pesebres latinoamericanos. El franciscano anónimo que escribió "Meditaciones Vitae Christae" narra cómo María no sufrió dolores de parturienta. Esto concuerda con la antiquísima fe de la virginidad de María en el parto y tiene un largo eco iconográfico. El símil continuado para tal prodigio es el de la luz que atraviesa el cristal sin dañarlo: así el Niño sale del claustro de la madre doncella. La iconografía betlemítica representa a una madre intacta, pulcra y serena. Por eso se reaccionará en contra de representaciones de María recostada en un lecho, e incluso atendida por comadres, al uso de un parto normal. Otra forma de significar el intangible secreto es recurrir a la paleta de la luz. Los flamencos destapan la claridad desde el Divino Infante, ella emerge alumbrando el rostro materno. Entre claroscuros, Caravaggio pinta a María tumbada y ensimismada en arrojar al pequeño Jesús, humanísima hasta el extremo. Los sevillanos son una síntesis de estirpe popular que conjuga a la María adoratriz con la Madre jubilosa. Este es el último eslabón del cual penden las más queridas representaciones de la Navidad quiteña o cuzqueña, bien próximas a nosotros.

San José

Un siglo después de María, obtiene José un lugar propio en los nacimientos. Su iconografía general es rica y toma bien el núcleo de las narraciones evangélicas, pero los elementos que aportan los apócrifos y las visiones de algunos santos traerán coloridos y notas. Así, verbigracia, el que se le atribuya la profesión de carpintero. Características

serán siempre la modestia y la fiel discreción que nimbaban a José de Nazaret. En la escena navideña medieval, permanece más bien retirado. Lo clásico es que aparezca inclinado sobre su bastón o sentado respetuosamente a los pies de María. Hacia fin de ese período, viniendo desde Egipto, se desarrolla una piedad josefina que se extiende por Europa. Discusiones teológicas sobre el papel de José respecto de María habidas en el siglo XV terminan asegurándole una mayor gravitación en la escena de la noche santa. Se le viste al modo de los habitantes de los burgos. Ya se le ve claramente como protector. El hecho que José durante largo tiempo es visto como un anciano, debe ser descifrado. Es un lenguaje indirecto. Es una forma cultural que tiene una significación interna, comprensible en un determinado código simbólico. El anciano sirve para indicar al varón en quien su vitalidad sexual se ha dormido. Con este modo legendario-poético se afirma la virginidad de María y, con ello, que Jesús es el Hijo de Dios engendrado sin concurso de varón.

En la concatenación de pinceladas que van perfilando las imágenes de José deben ser recordadas algunas influencias mayores. La visión de la gran Brígida de Suecia ejerce persistente influjo en un atributo josefino: el cirio que el padre nutricio sostiene cortando la noche como un pacífico centinela. Con ello se significa su presencia viva y alerta en Belén. A la vez esa llamita titilante contrasta con la plenitud de luz que emana del Niño "Splendor Patris".

El Renacimiento italiano da el sitio de honor definitivo a José. La espiritualidad de la Reforma Católica influencia el sentir barroco. Los jesuitas favorecen y propagan la gravitación espiritual de José. Una visión de Teresa de Ávila inspira las representaciones de José con el Niño en los brazos. De esas vertientes josefinas se nutre nuestro barroco mestizo y nuestro arte popular. En ellos se da un espacio amplio y central a José.

En los tiempos próximos a nosotros y en la actualidad esto tiende a afirmarse por una búsqueda consciente e inconsciente de la misión paterna de José. Sin adjudicarle la paternidad física, se lo percibe mucho más que como a un mero proveedor. Se le asigna la función de un singular padre adoptivo. Así ocurre, por ejemplo, cuando Christa Moeves explica al retablo de Juan Mayné en el Santuario de Torreciudad en Aragón. Estamos lejísimo de esas pinturas góticas en las que José mira desde el entresijo de una cortina cómo los tres Reyes adoran al Niño. El anciano retraído y distante que pintó

Memling en su Epifanía de El Prado, es contradicha hoy por figuras josefinas que se atreven a tomar con ternura al Infante en robustos brazos. Es un José que adora varonilmente apretando al Niño contra el corazón de padre carpintero.

Los pastores betlemitas

El padre Lagrange cree que se trata de nómades. Llegaban a Belén, "La reina del desierto", que era como un puerto para los que provenían de los arenales. Estos nómades no gozaban de buena fama en la ciudad de David. "La adoración de los pastores" es el nombre tradicional de la escena, si bien Lucas no habla propiamente de un acto de adoración. Interviene aquí el alma del pueblo creyente, a la cual no le interesa tanto una exacta reconstrucción arqueológica de lo ocurrido, sino una lectura existencial y caliente del hecho.

Las actuales figuraciones de los pastores tienen una clara raíz franciscana, con elementos de las visiones de santa Brígida. Como réplica a los tres Magos, en los belenes más cumplidos con la tradición, aparecen tres pastores. De estos, uno adora sobrecogido, mientras los otros dos miran al Niño con una cariñosa curiosidad bucólica de rústica ingenuidad. Los pastores, con sus pantalones parchados y sus pies descalzos, han traído a la Noche Buena, a través de los siglos, un aire familiar y cotidiano. Siendo ellos pobres, documentan que fueron los humildes los predilectos, los primeros invitados a mirar, cantar y contar las maravillas del Dios nacido en una cueva de animales.

Los tres Reyes Magos

El sustento evangélico lo ofrece san Mateo. Son sabios (magos de Oriente) que observaban las estrellas. Se les consideró reyes porque se les aplicó la visión profética de Isaías 60,3: "... acudirán a ti reyes, al resplandor de tu alborada". Y también, en el mismo sentido, los versículos 10 y 11 del Salmo 72. Ya Tertuliano, en el siglo III, los llama reyes. En el libro para los pintores de íconos del Monte Athos se les nombra como

Gaspar, Melchor y Baltasar. Se les asignan, desde el siglo XII, tres edades distintas, marcando los diferentes grados de la madurez biográfica de un varón. Ya desde 1300 se ve en ellos a los tres continentes conocidos por los europeos: la misma Europa, Asia y África. Así nace la figura del rey negro que tendrá gran influencia en la evangelización de los afroamericanos, pues permitió una identificación simbólica de los esclavos con el misterio navideño. Por ejemplo, signo de esta inculturación son las abigarradas ceremonias brasileñas de coronación de un esclavo rey el día de Epifanía.

En Chile quedó, como recuerdo de tal proceso, la designación tradicional de Pascua de Negros para la fiesta epifánica del 6 de enero. Los regalos que traen estos tres reyes fueron hermosamente interpretados, desde una cristología comprensiva por los grandes autores de la Patrología. El oro, indica la condición regia de Jesús, el incienso apuntaba a su divinidad y la mirra (usada para embalsamar los cadáveres) expresaba la naturaleza humana del Cristo quien asumió con libertad la muerte de sus hermanos menores.

Belén, coro silencioso

Pero todo habla y canta en la iconografía de Belén. La estrella detenida y los ángeles músicos. La forma de la gruta oscura como entraña. El establo derruido que simbolizaba lo caduco del tiempo anterior. El buey y el asno que llegaron tempranísimo a la historia del arte, saltando desde los textos de Isaías en brazos de un Orígenes. El gallo, que la gente de Talagante y Colchagua consideran necesario para representar la noche. Todo habla en Belén: los ojos inundados de María, el cirio pulsante de José.

Sobre todo, habla Alguien más mudo que el buey y más humilde que el asno macilento. Alguien, libremente desvalido, el único anonadado por propia voluntad. Impotente hasta el extremo para desvelar al Omnipotente. Alguien que treinta años más tarde, clamará con voz soberana: "Quien me ve a mí, ve al Padre". Ahora, en el pesebre, cuando más silencio, más lo vemos.

La música de aquel hilillo andino

-una especie de prólogo y eco-

Haciendo una pausa en un congreso de estudios, un pequeño grupo de participantes nos remontamos por las tierras frías de la montaña colombiana. De modo inesperado, llegamos a un villorrio indígena de noble estampa. Se celebraba allí un cabildo popular al aire libre, después de la misa dominical. El trazado hispánico de la plaza con edificios de sillería era evidente. Detuvieron los campesinos su debate parsimonioso. En una quietud casi ritual nos dejaron aproximarnos. Estando frente a frente, una mujer madura nos miró a los ojos. Su rostro despejado sostenía una suave voz de emperatriz que rompió el silencio: "Loado sea el Señor Jesucristo que les ha dado licencia para llegar hasta nosotros". En ese hilillo andino de catorce palabras, y en la dulce musicalidad de esos labios leves, nos vino todo el río del idioma y el lago mismo de un modo de ser persona digna con ya quinientos años de novedad.

Al rememorar aquella escena, después de largo tiempo, siento el asombro contenido que nos adviene cuando se nos da en gracia tocar un alma. Después quise algunas veces recrear la experiencia. Sólo ha ocurrido en contadas ocasiones y siempre por sorpresa. Sólo cuando mi América mestiza me cayó a mansalva por algún costado de la sangre, sentí una comunión semejante con ella.

Tal íntimo estupor se lo debo ahora cumplidamente a Lídice Gómez Mango. Su recorrido lingüístico, su benéfico viaje por la red fluvial del habla hispanoamericana es un alimento sólido. En una Roma de invierno he leído su manuscrito como una novela policial en un insomnio de hotel. El texto es acuciosamente documentado, serio. Ata bien los eslabones del pensamiento riguroso. Urde con acierto la anécdota oportuna, como una foto colorida y discreta. Rescata la cita insustituible. Coge al vuelo la expresión sabrosa. Es una obra panorámica y con olores vivientes. Todo, en un terso estilo manejado con práctico donaire.

Bueno, Lídice es originalmente el nombre de una ciudad checa arrasada, que al renacerla en paz, la colmaron de rosales. Bueno, la autora escucha a la patria grande del idioma

español desde una universidad en Roma, urbe acostumbrada a catolicidad. Esto, como sabemos, ya etimológicamente indica anchura generosa.

La salvación de nuestras gentes ciertamente no vendrá de la pura magia de las palabras comunes y palpitantes. Pero esta lengua sí nos convoca. Su carga de humanismo caliente sí reclama fraternidad; y está allí pronta para espolonear las esperanzas que urjan la fidelidad diaria de nuestros pueblos.

Al irme por este pequeño libro de Lídice Gómez, me acompañó la indígena colombiana de aquel cabildo dominical. Y me sopló al oído una música sabia: el encontrarse de las personas en la tierra es una "licencia", porque es siempre don inmerecido y estupefaciente. Yo continúo el pensamiento: el encuentro de España y los pueblos aborígenes de América fue una agónica licencia para llegar verdaderamente el uno al destino del otro. Documento es el idioma compartido que Lídice nos aproxima vivo y crecedor. Y ya que hablamos de sonoridades que comunican, Borges nos presta un verso de madurez. Puede ser un augurio en lo que viene:

*"Mientras dure esta música
mereceremos haber visto, desde una cumbre,
la tierra prometida".*

Acá despeinan los ángeles

“Curioso, qué curioso...” decía un detective de Liverpool al descubrir indicios sorprendentes del crimen: una cuchara roja dentro de las páginas de la Divina Comedia. Curioso que cuando no se predica, prácticamente casi nada, sobre los ángeles, ellos se cuelan por las celosías y aletean en libros y libros que se atestan en las vitrinas de las librerías esotéricas.

En Chile, el prohombre Julio Philippi publicó uno notable desde la más ortodoxa oración. Ahora, es el Premio Nacional de Literatura 1998, Alfonso Calderón, escritor de múltiples géneros, informadísimo, ágil y fino. Este es un libro de aforismos y aerolitos caídos sobre la superficie ártica del papel. Son goterones de poesía y fogonazos teológicos, aunque el autor inicie sus páginas comunicándonos que escribe “hoy, sin fe”. Es que Calderón ha tragado demasiado mar y, aunque se haya retirado desierto adentro, sigue muy hidratado y muy salado. Si bien, a ratos, le sube la fiebre y le tiembla el pulso, y habla desde el socavón de la mina.

Bellísimo libro nos ha regalado en los días mismos en que se le distinguió con el galardón máximo de la literatura chilena. “Ángeles de una sola línea”, tiene por título esta obra que se ilustra con el dibujo mínimo y abundante de la tinta china de Paul Klee: un ángel de párpados caídos en un súbito rubor de candor amable. Es uno, según mi información, de una serie de diez ángeles que el artista de Berna dibujó en 1939. Este es el que Klee ha llamado “Ángel olvidadizo”. El genial pintor y teórico de las artes plásticas ronda a menudo por las doscientas veinticuatro páginas. Naturalmente, Rilke es profeta mayor, pero se va de Perugino a Andy Warhol. De Beethoven a Col Porter, Ghirlandaio, San Juan de la Cruz, Pablo Neruda, Abraham, Aníbal Troilo, Chagall, (lista interminable). Desde nuestro Zapaca Inga colonial constata: “un angelote se ha dejado caer sobre una mesa medianamente provista”.

Todo, sin exhibicionismo, de modo que el material erudito es sólo pigmento de una inteligencia vivaz y de la sensibilidad poética muy contemporánea. Tiene frases que valen un libro entero de catequesis futurista, como para causar envidia al más pintiparado

predicador: "El Ángel de la Guarda se aclaró la garganta y dijo: 'mi cliente no está en venta'." El rumor de alas puede llegar a ser solemne, y también a menudo es el gesto de la pequeña ave variopinta del buen humor. "El ángel del escolar llega a clases a mediados de abril".

¿Quiénes son estos ángeles? ¿Son apenas fantasmas estéticos? ¿Estilizaciones o pretextos de hedonismo verbal? La lluvia de fulgores pudiese despistar. No, Alfonso Calderón ha escrito un libro muy serio que merodea por las estancias centrales de la casa humana. Por lo menos, cabe afirmar que estos ángeles son espejos que se desplazan cautivando las grandes preguntas de nuestra existencia. En ellos se reflejan nuestros dilemas, tal como los ha vivido el autor. Asunto de peso es, por ejemplo, la nostalgia de la niñez, antes que explotara tal primavera como un collar que se corta esparciendo los abalorios en un desorden caótico, que apenas se puede recomponer en pequeños tramos misteriosos. Y ahí, de pie, con los ojos sedientos el niño Alfonso trata de musitar lo que alcanza a ver del collar reconstruido. "¿Adónde te hallas ahora, querido Ángel de la Guarda, recogiendo mi alma a pedazos?". La infancia perdida allá, en el sur, le permite saber que cada ángel es una metáfora muy enérgica y muy dulce, pero no logra el nostálgico observador decir que ellos son seres eficaces, portes reales, tús, de los cuales nos pudiésemos enamorar, o al menos, tomarle la mano existente en la penumbra. Esta certeza sólo la puede dar la fe y Calderón dice no tenerla, si bien sus personajes alados son tan reales, que el lector mucho duda de la conclusión a la que él llega en su duda.

Añoranza en la cual se aloja contiguo un temor radical: el miedo al Padre ¿y al padre?, que fluidamente se proyecta a otras figuras de autoridad, incluyendo el reloj que ordena el tiempo: "¿Y qué hay de algún ángel que pueda llegar tarde a la cita...?". Se trata no del susto fugaz, es el espanto ante el Dios que descarga la mano destructora. Calderón cala en la escena más precisa del Antiguo Testamento, la que es anuncio del momento dramático por excelencia cuando Jesús, en el Gólgota, lanza el grito: "Padre, ¿por qué me has abandonado?". Calderón escribe: "Jamás olvidé algo que me dio la noción del miedo al padre. Yendo hacia el monte Moria, Isaac le dice a Abraham: 'he aquí el fuego y la leña, mas ¿adónde está el cordero del Holocausto?'." Y el ángel aparece como el que impide la acción mortífera.

En verdad, que Abraham fuese a matar a Isaac por mandato de Dios, es lo más escandaloso de la Antigua Alianza y, dentro de ella, no hay solución posible. La única respuesta que, a su vez, sigue preñada del escándalo del misterio, está en Jesucristo. Él es el Hijo muriendo bajo la mirada eterna. El Padre no lo rescata en ese trance. Pero Jesús le dedica la última palabra que delata el amor suprahumano y redentor: “En tus manos, encomiendo mi espíritu”. En ese tú a tú del Hijo con su Padre los ángeles se evaporan. Sólo queda el Espíritu Santo, el Amor. Exclusivamente desde esta región íntima de la Trinidad se pueden entender algo de quiénes son los ángeles como personas reales. Sólo desde la libertad de Dios se pueden comprender sus servidores. El libro de Calderón, creo yo, no sólo bordea este océano -tal vez, sin quererlo o anhelándolo con dolor-, se moja en él y le salpica la espuma. Este frescor podría llegar a ahuyentar el miedo con el tiempo.

Lo bueno es que tan celestes consideraciones no ocurren en una lejanía de insignificancia existencial y local. Por ejemplo, es muy deseable que los ángeles entren en Santiago de Chile. Para lo cual, discurrimos, debieran lanzar fuera del valle estas frazadas de smog que asfixian niños y pulmones. Así esperamos y tenemos la certeza que se equivoca Calderón cuando sostiene. “En Santiago no queda un ángel ni para remedio”. Podemos argumentarle al autor que la Virgen del San Cristóbal es un signo de una realidad intercesora más palpable que las canteras del cerro capitalino. Y le agregaría a don Alfonso que la traducción que él trae de las primeras palabras del ángel, en la anunciación a María, también pueden llegar a valer para esta ciudad: “Alégrate de haber sido transformada por la gracia”. Claro está que tendríamos que decir, como la Doncella de Nazaret, un sí a la invitación del Dios del aire y de la vida transparentes.

El tema de la anunciación se reitera en “Ángeles de una sola línea”. Me permito hacer una variación a partir del trozo en que Calderón alude al tríptico de los hermanos Van Eyck, llamado “El Cordero Místico”. En tal obra maestra del gótico flamenco, cuando se cierran las hojas del tríptico quedan las tablas de una Anunciación sobrecogedora y gozosa. Allí, en la habitación de María, uno de los Van Eyck pintó un lavatorio y una

toalla con marcas de suciedad. Es un detalle, Alfonso, pero usted sabe bien que los ángeles siempre repararon en minucias. En el lenguaje iconográfico del gótico tardío, esas manchas en el blanco lino de la toalla significan que el arcángel llegó de improviso. Si el visitante celestial hubiese “teleografiado” previamente indicando día y hora, la Doncella habría puesto un paño nuevo y pulcro. Gabriel irrumpió, pues, cuando nadie lo esperaba, en medio del pulso cotidiano. Así nos puede pasar cualquier día, don Alfonso. Nos puede ocurrir que acá nos despeine un ala angélica más existente que las rocas del gran cerro.

El fornido escultor era un hilito de agua

Hace un mes, por Aquisgrán, cuando las hayas se habían declarado abiertamente en primavera, llegué al castillo a medio restaurar. Más parecía una casona de fundo chileno. Los álamos rumorosos más engañan al viajero. Entre fraguas, trozos de mármol terso de Carrara y modelos en greda, marido y mujer escultores cumplen con importantes encargos. Una de las hijas danza en puntillas. El adolescente varón es casi tan robusto como el padre. El joven corta el pasto de las antiguas fosas que rodean el edificio de ladrillos medioevales. Yo traigo periódicos bajo el brazo en donde se habla de una Encíclica de Juan Pablo II sobre la vida. La esposa me regala una barrita del mármol suavemente luminoso. Ella lo cortó en Carrara, de las vetas mismas donde Miguel Ángel extrajo sus bloques. Me tiembla esa nieve cálida en la mano.

Me invitan a ver unas pinturas que penden sobre el lecho del amor matrimonial. Nos dirigimos por un corredor de altos muros que, ya en la alcoba, sostienen fotografías y encuadrados textos de una escritura libre y generosa. Son -me explican- coloquios de la madre del escultor con su niño, cuando lo llevaba en la entraña. Cinco médicos la instaban a abortar, pues de lo contrario ella moriría con certeza. Sólo el inolvidable doctor Eduardo Cruz Coke se jugó por la vida del más débil. Salvó a ambos.

Los textos tienen títulos, fechas, lugares distintos. Son una bitácora de esos nueve meses de germinación y combate. "23 de octubre de 1939". "Calle Dieciocho, 338, Santiago". "En casa de papá durante mi enfermedad". Una foto muestra al padre del escultor en un caballo piafante. En una alargada, ella mira al océano intensamente, desde un velero. En otro, aparecen los dos en una plaza tocados con sombreros excesivos.

Leo la caligrafía vivaz de la madre amenazada. Son versos de cinco sílabas, como latidos en el vientre:

Salta mi niño,
brinca en mi seno,
que yo soy tu madre,
no tengas miedo,

jazmín risueño,
que da su aroma
y aún no ha abierto...
hilito de agua
bajo tierra,
que aún no escurre,
pero ya abreva,
salta mi niño,
brinca en mi seno
que soy tu madre
no tengas miedo,
brote la leche
de mis dos pechos...

La madre del escultor chileno junto a Aquisgrán, repite “no tengas miedo”. El descubridor del Síndrome de Down, el profesor Lejèune, por su parte, diría años más tarde que el lugar más peligroso para el hombre en este siglo es el seno materno. “No tengas miedo”. Juan Pablo II en su encíclica *Evangelium vitae*, que yo llevo en un periódico un tanto ajado por el viaje, encomienda a otra mujer, la del “fruto de tu vientre, Jesús” la suerte de la vida quebradiza. “Oh María, aurora del mundo nuevo, Madre de los vivientes, a ti confiamos la causa de la vida: mira, Madre, el número inmenso de niños a quienes se impide nacer, de pobres a quienes se hace difícil vivir...”.

Los ojos grandes de la escultora miran, con un mohín entre pícaro y complaciente, al fornido padre de sus hijos, mientras él levanta con un teclé una inmensa columna de metal. Será el centro de una fuente en la ciudad de Jülich. Entre el ruido de la cadena que se escurre, él grita: “De este bronce saltará el agua”.

El Apóstol Santiago. Semblanza en dos lienzos y una pregunta

Lienzo uno: de la intimidad al primer martirio

Sostiene Aristóteles en la Ética a Nicómaco, que la intensidad de los vínculos humanos no es multiplicable. Según el Estagirita y la general experiencia, el número de los íntimos es contado. Cristo que era “igual a nosotros en todo menos en el pecado”, no quedó exento de este límite, que no lo es tanto, pues permite recibir y dar honduras en el amor. En efecto, se puede hablar de unos círculos concéntricos de la amistad en la historia de Jesús de Nazaret. Algo así como el guijarro que, rompiendo el espejo de la laguna vespertina, emite ondas. Sólo que en Jesús los círculos expandidos eran de fuego. La mayor ascua fue María. Con ella se dio una intimidad única en la historia. Jamás sobre la tierra ocurrió el encuentro de dos amadores más desescudados del propio yo. Todo era fusión magnánima en la irreversible trenza de gozo, dolor y victoria. El siguiente círculo eran los Doce, después los setenta y dos discípulos. Y la onda amplísima: “la multitud”. Pero entre los Doce hubo tres que el Maestro convocó a una más entrañable cercanía: Pedro, Santiago y Juan. Ellos, junto con Andrés, pertenecen a las dos iniciales parejas fraternas. Santiago y Juan tenían por padre al Zebedeo y Salomé. Eran naturales de Betsaida en la costanera del lago Genesaret. Allí fueron elegidos cuando el Señor, “mientras paseaba junto al lago de Galilea vio a dos hermanos... Simón apodado Pedro y Andrés..., algo más adelante, vio a otros dos hermanos Santiago y Juan. Los llamó y ellos al punto dejando la barca y al padre, lo siguieron” (Mateo 4,18-22). “Al punto”, es decir, en los escogidos se da una prontitud generosa, una disponible alerta que caracteriza, junto con toda la arcillosa fragilidad, a los seguidores del Nazareno. Los tres más próximos aparecen en la sanación de la suegra de Pedro en Cafarnaúm, narrada por Marcos (1,29ss). En el relato de la resurrección de la hija de un jefe de la sinagoga, Jairo, este mismo evangelista recoge de la tradición petrina un gesto demarcador. Casi suena excluyente, pero es más bien memoria de inclusiva predilección. Pedro, informante de Marcos, mal podría olvidarlo. Al lado interior de la línea cordial

nuevamente está nuestro Santiago. Ocurrió al encaminarse Jesús para realizar el portento de revivir a la niña muerta: “no permitió que lo acompañase nadie, salvo Pedro, Santiago y su hermano Juan” (5,37).

Acontecen en dos montes: Tabor y Getsemaní. La transfiguración y la sangrante agonía. Sol y olivares. No son dos hechos yuxtapuestos o eslabones contiguos por el acaso. Entre ambos trances hay un arco tenso. Porque tomó consigo a los entrañables en la hora del máximo anonadamiento, los quiso preparar dándoles un adelanto de su gloria en la cumbre silvestre donde “sus vestidos se volvieron de una blancura resplandeciente, como no los puede blanquear ningún batanero de este mundo” (Marcos 9,3).

El radar de la liturgia acusa la polaridad de Tabor y Getsemaní en el prefacio de la fiesta de la Transfiguración del Señor. Se canta allí al Cristo que “reveló su gloria ante los testigos que él escogió, y revistió con máximo esplendor su cuerpo, para quitar del corazón de sus discípulos el escándalo de la cruz”. Y estos “que él escogió”, escucharon en el Huerto de los Olivos, la más inaudita confianza, en medio del escandaloso desamparo de Jesús angustiado, luchando entre el cáliz y la obediencia. Marcos es el único evangelista que recoge, en tal momento, la palabra más vívida de la ternura del Verbo encarnado para con “Aquel que lo envió”. A Jesús en su congoja se le escapa el más dulce vocativo. Corresponde a nuestro “papacito”. “Decía: Abbá (Padre), tú lo puedes todo” (14,36). Tabor, Getsemaní.

Los hijos del Zebedeo debieron ser de vehemencia paladina, tanto que el mismo Señor les dio por apodo “Boanerges” que significa Atronadores (Marcos 3,17), según traduce el eximio Luis Alonso Schoekel. Otros vierten tal expresión griega en “Hijos del Trueno”. El sobrenombre aparece en la narración de una disputa dentro del Colegio Apostólico por los primeros puestos. La madre de los “Atronadores” y ellos mismos, intervienen ante Jesús para sentarse en trono de honor... “en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda” (Marcos 10,37). La respuesta del Señor es una pregunta: “¿Sois capaces de beber la copa que yo he de beber, o bautizaros con el bautismo que yo he de recibir?” (Marcos 10,38). La contestación de Santiago y Juan es un “¡podemos!”, que los marcará con cuño de muerte.

Santiago será el primero de los Doce Apóstoles en seguir a Cristo mártir. Herodes Agripa, para congraciarse con los fariseos, arremetió contra la prístina comunidad cristiana de Jerusalén. Encarcela y tortura a muchos. Libera a todos, menos uno. Retiene al que, desde

Pentecostés, había trocado su vehemencia natural en una pasión por Cristo. El despótico rey “hizo degollar a Santiago, el hermano de Juan”. Corría recién al año 44 d.C.

Este Santiago es llamado el Mayor. Tal mayorazgo se afínca en las palpitantes realidades: íntimo del Mesías, y adelantado en el seguimiento hasta la sangre. El prefacio de la eucaristía que lo conmemora, lo perfila con nítidos trazos de colorido biográfico: “Jesús redentor apartó a Santiago de la humilde faena de las redes, constituyéndolo pescador de hombres para su salvación. Él respondió a la llamada divina con corazón animoso y fiel, mereciendo así afrontar el tormento del martirio y obtener la gloria, antes que los demás apóstoles del Señor”.

Lienzo dos: imágenes entre la lluvia de siglos

Cuando los peregrinos entraban a Compostela, llegaban exhaustos y gloriosos. Se agrupaban por naciones y cofradías. Detenidos en el pórtico de la inmensa catedral eran llamados, cada uno en su propio idioma. Un clérigo asistente al custodio del altar, iba dándoles con una vara un ligero golpe. Era un rito de perdón de los pecados veniales. Se pronunciaba la fórmula de absolución y el sacerdote, recogiendo el unísono clamor, gritaba: “¡Betón atróm, San Giama! Atróm de labro”. Estas voces en gallego ancestral se traducen diciendo: “¡Bien toma el trueno, Santiago! El trueno del labio”.

Por lo que así se escucha, los peregrinos y los presbíteros jacobeos habían dado vuelta el guante. Con justa razón. El Atronador Santiago ya no disparaba sus cañonazos de pólvora iracunda. Muy al contrario. Ahora acoge clemente los truenos suplicantes de los pobres pecadores, que buscan la remisión de Dios cerca del Santiago Apóstol intercesor. El sabio historiador López Ferreiro glosa el grito ritual con palabras comprensibles para nosotros. “Recibe benignamente, Apóstol Santiago, este grito atronador que en todas las lenguas del mundo pronuncia el labio”. El hijo del violento estrépito, se trocó durante el medioevo en el padre de la clemencia reconciliador. Paradoja muy sabia del Espíritu Santo.

A más de los textos reencontrados, hay testimonios que todos los ojos pudiesen ver hoy día. Esto es lo maravilloso de la iconografía perenne. Sin percibirlo, uno cae en el tiempo pretérito con la inmediatez de un contemporáneo del tallador. De este modo, si traemos a un “museo imaginario” los diferentes tipos iconográficos de Santiago el Mayor, podemos aludir, al menos, a las diversas visiones que las perspectivas de la fe formularon a través de siglos. Lo de museo es engañoso; alguien podría quedarse detenido en la vitrina. Hay que sentir la respiración futuriza de las imágenes. Hinquémonos en la gran catedral compostelana y, mientras afuera cae el orvallo, en la penumbra vespéral del templo, miremos. Entre tanto, llueve, como casi siempre en Santiago de Galicia, “Chove en Santiago, meu doce amor” (García Lorca). Y llueven los siglos sus goterones de olvido. Sin embargo, en la piedad jacobea quedan imágenes, imágenes.

Los tipos iconográficos que los historiadores enumeran, pueden agruparse en seis. No tienen ni de lejos igual gravitación, pero ninguno puede excluirse sin más del bello mosaico de la fe popular y culta.

El Santiago neotestamentario

Con este nombre queremos cubrir dos representaciones que tienen raíces en la información ofrecida por el Nuevo Testamento. Un atributo neotestamentario es el libro o el rollo de pergamino, el cual indica que el personaje representado es un anunciador de la Palabra o un jerarca. De hecho, en nuestro santo, tal atributo manifiesta la condición de ser uno de los Doce. Así lo pintó El Greco en la sacristía de la Catedral de Toledo. Y así lo tuvo en el granito gallego el Maestro Mateo a fines del siglo XII. Esta representación magnífica, llena de alma, acoge a los peregrinos en el celeberrimo Pórtico de la Gloria, donde la piedra sonrió evangélica como jamás. Allí, en el parteluz, Santiago sostiene el rollo de la Buena Noticia.

El otro tipo de imágenes tiene por atributo distintivo la espada, con la cual el santo fue martirizado, según la versión que traduce a los Hechos de los Apóstoles con las palabras: “Hizo morir por la espada a Santiago” (12,2). Así aparece en el esplendente sarcófago de los Tres Reyes Magos en el coro de la catedral de Colonia, fechado en 1186. El Santiago neotestamentario ofrece una semblanza sólida y de vigencia permanente, clásica.

El Santiago peregrino

Es un tipo preferido en el rico universo que va y vuelve por los caminos jacobeos y de su nudo natural que es el templo compostelano. Lo que sostiene este tipo es la experiencia secular de la peregrinación a Santiago. Y como ocurre en múltiples fenómenos de la fe, el creyente termina espejándose y retratándose en el patrono venerado. En esta metamorfosis Sant-Tiago, o Jacobo, o Diego, o Sant-Diego, no sólo aparecerá como el que acoge a los romeros, sino que él mismo se transformará en peregrino. Esta evolución no es espúrea ni arbitraria, porque en los tuétanos del Apóstol está la vocación de ser compañero, seguidor del Jesús que va hacia el Padre, y andador que se adentra progresivamente por aquella senda de quien se autodefinió como el Camino.

El Santiago peregrino es una figura de caminante, lo que se sugiere a veces, poniendo los pies en planos diferentes. Sus signos son muy característicos: un sombrero de gran ala doblada en medialuna, calabaza para el agua, bordón o báculo de peregrinante, que algo sobresale de la cabeza y del cual se cuelgan algunos símbolos y cintas, zurrón o morral para lo que se lleva de viático. Algunas representaciones lo visten con una esclavina que sirve para proteger de la lluvia a los hombros y al pecho. Mención aparte merece la venera. Esta concha, como la del ostión chileno, llegó a ser la marca más propia del Señor Santiago. Formalmente es de una simple hermosura muy apta para las más variadas modulaciones plásticas. Los peregrinos cogían la venera en las rías altas y bajas de Galicia, donde se encuentra como en ningún otro lugar de Europa. Con ello demostraban haber llegado hasta el santuario pétreo de Compostela. También la concha servía de salvoconducto preferencial para cruzar fronteras y hasta para deshacerse de bandidos con un no sé qué de misericordia. Y tenía el uso práctico de levantar el agua desde el riacho a los labios resecos. Hay múltiples análisis antropológicos, psicológicos y de lingüística que asocian esta concha con la matriz de la mujer (récuérdese simplemente la Venus de Botticelli). Por lo tanto, estamos bordeando el cruce de la existencia itinerante del hombre con su origen entrañable, todo ello bajo el ala del

sombrero caminante de Santiago. Quedémonos con la aguja hilvanada en tan sugerente resonancia.

El Santiago peregrino suele aparecer “con el rostro apacible y soñador, de mirar fijo hacia la lejanía”, tal como se describe a una imagen de Johannes de Roncell cincelada en el primer cuarto del siglo XV. Conviene que a un peregrino se le vayan los ojos hacia la azul distancia, al parecer, así la esperanza de arribar se nutre gota a gota. Entre los más eximios ejemplares del Santiago peregrino, se cuenta el del remate del cuerpo central de la fachada compostelana, la que da a la perfecta plaza del Obradoiro.

El Santiago militar o Matamoros

Se trata de una representación de San Jaime el Mayor cabalgante de un caballo blanco. Blande la espada por los aires y en la mano izquierda lleva un escudo con la llamada “la roja cruz de Santiago”. Este despunta por tres extremos en una estilizada yema floral, signo primaveral de vida, y cuyo extremo inferior es punzante, permitiendo que la cruz pueda ser clavada. Bajo las patas del corcel relinchante yacen moros en derrota. El jinete lleva una clámide, que el viento o la rapidez del movimiento guerrero agitan. Este Matamoros ha venido a desplazar la espada. Ya no es el atributo de Santiago mártir. Ya no sufre él su filo. Él es quien la esgrime con osadía y amenaza.

La lectura actual de esta imagen debe evitar anacronismos de cualquiera de los dos márgenes, ya sea de exaltación trasnochada o de miopía escandalizada. Nace el Matamoros en el contexto histórico de la Reconquista, cuando los centímetros se compraban cruentamente, cuando había una concatenación ceñida entre adhesión de fe y militancia guerrera. El acontecimiento que le da origen es la intervención que las tropas cristianas de Ordoño I, experimentaron de Santiago en la batalla de Albeida, cerca de Clavijo (Logroño), cuando los cristianos vencieron a Baner Casi Muza en el año 851. Formular la actualidad de esta iconografía requiere distinguos y acentos.

Brincando sobre el afinado análisis, sólo permítasenos enunciar la tesis de que lo permanente del Matamoros es la índole militante de la existencia cristiana. Es una condición que advierte el Apocalipsis cuando nos revela que “enfurecido el dragón con la mujer, se marchó a pelear con el resto de sus descendientes, los que cumplen el precepto de Dios y conservan el testimonio de Jesús” (12,17). Claro que esta lectura

exige desnudar el núcleo simbólico, apartándolo de todos sus ropajes temporales o ideológicos que, sin distinciones, funden la fe evangélica con las lides militares, culturales o cívicas.

Es interesante constatar que hay un paralelismo chileno del Matamoros con las imágenes de la Virgen del Carmen que popularmente, desde el siglo XIX, se denominan de “La Guerrera”. Con pastoral sabiduría, la Iglesia de Chile llama postconciliarmente al patrocinio de la Virgen del Carmen sobre nuestra patria, con el título de “Madre y Reina del pueblo de Chile”, posponiendo reminiscencias bélicas.

El Santiago padre y coronante

Hay imágenes que desbordan las tipologías clásicamente enumeradas. Quien se detiene en la Catedral Jacobea de Compostela y ve subir por la escalerilla de la parte posterior del altar central a los peregrinos, no puede sustraerse a un gesto secular que descarga la emoción de tantos pasos. Este ademán es un abrazo que el devoto da a la imagen sedente de Santiago. La escultura en piedra policromada proviene del románico. Ha sido retallada en el siglo XVII. Se puede decir que a esta imagen confluyen híbridamente los tipos del Apóstol evangelizador (tiene el rollo de un tal atributo en la mano derecha) y la del peregrino (tiene el bordón en la diestra), pero es tal la personalidad, su emanación sacramental a través de la historia y la influencia iconográfica de este Señor Santiago, que cabe situarlo en un lugar propio.

Viendo como el Rey y la Reina de España abrazaban la imagen venerable, y después jóvenes sudorosos y campesinas con olor a humo, franceses y letones, peruanos y robustas matronas con mantillas, andaluces y franciscanos... se hace imprescindible reconocer el halo paterno que se irradia desde esa serena presencia estatuaria, acogiendo y dando certeza a familias y naciones caminantes.

Este Santiago paterno lo encontramos en otra figura, donde el gesto se modifica, pero el alma apenas ha hecho una variación mínima en su tesitura de paternidad. Así se le representa, como ayudador de dolientes, en un diseño de Asam para un fresco del siglo

XVIII. Un tipo iconográfico fascinador de los ojos que se mueven hurgando a través de los siglos de representaciones, es el de Santiago coronante. Es escaso. En el Museo Nacional de Baviera se conserva una talla en madera de tilo colorida. Proviene del sur de Alemania y se le data en los años en torno al 1500. El Apóstol está sentado en una banca y en su sombrero hay adheridas tres veneras, o vieiras, como se dice en gallego. En ambos costados del santo están dos peregrinos, hombre y mujer, hincados en actitud de humilde plegaria. Cada uno recibe en sus sienes una corona, que el Apóstol deposita con libérrimo y cálido movimiento de las manos descendentes.

En Alsacia se confeccionó un vitral en 1490 con similar motivo. Otro, lo encontramos en Friburgo de Brisgovia en 1524. Es un tiempo de crisis epocales y de visiones en ramalazos de luz. Entonces el instinto cristiano descubrió que Santiago acogía a quienes transitaban la distancia, no sólo perdonándoles y restañándoles las heridas. Percibió que todo ello apuntaba a una sublime dignificación. Así, los polvorientos de la ruta comenzaban a brillar con una corona que les reconocía la nobleza de hijos del Rey. Nuevamente, la iconografía toca poéticamente las zonas hondas de los misterios indecibles. Santiago, al acoger, dignifica, constituyéndose en instrumento del Dios vivo, en padre enaltecedor y coronante de nosotros, los pobres pecadores en estado de peregrinación.

El Santiago mariano

En el siglo XV se le presenta a veces con un rosario en la mano. Más tarde, desde los siglos XVI a XVIII, se aborda el tema de la visión, que según una estremecedora leyenda, el Apóstol tuvo de Nuestra Señora del Pilar. En ella le fue encomendado guardar por la fe de España. Un clásico ejemplar es el magnífico retablo de la catedral compostelana ejecutado por Miguel de Romay a comienzos del siglo XVIII, María y Santiago están esculpidos en blancura.

También hay un notable relieve de alabastro en el Santuario del Pilar de Zaragoza (siglo XVI). En la tradición hispánica, lo que está pulsando en el corazón creyente, es la misteriosa comunión entre esas dos columnas de la fe de la Península, cuales son el amor a la Madre de Dios y al primer Apóstol mártir. Esta intención creyente tiene raíz en el acontecimiento de Pentecostés, cuando los Doce se encontraban “en oración con

un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres y de María” (Hechos 1,14). En la piedad eclesial moderna, la proximidad del Colegio Apostólico a la Virgen cuajó en el título de “María Reina de los Apóstoles”.

El Santiago predicador de indios

Recogemos esta representación como última, lo hacemos a modo de eslabón que cruza el océano y nos introduce a la cuestión de la vigencia americana y chilena de Santiago y sus iconografías. Como ejemplo significativo de este Santiago evangelizador del nuevo continente, se cita el retablo pétreo de Santa Fe en México, realizado en el siglo XVIII. Naturalmente, esta imagen entronca con la europea del Santiago evangelizador con el libro o con el rollo.

Todos los tipos se cruzan legítimamente unos con otros. La iconografía occidental ha tenido siempre una gran flexibilidad que permite la emergencia del genio individual y la variedad de las particularidades devocionales. Así se dan las imágenes llamadas técnicamente “híbridas”. Ellas testimonian que Santiago no es sólo un tema, que en realidad es una persona desbordante e innumerable

La pregunta: ¿Para Santiago de Chile “nomen est omen”?

Frotando acontecimientos, textos y dudas, como piedras de pedernal, puede ser que brote una chispa y quién sabe hasta dónde nos lleve el fuego.

La capital de Chile tiene por nombre original Santiago del Nuevo Extremo. Es la más populosa de las ciudades santiagueñas y la de mayor incidencia política, precisamente por su capitalidad. Si no engañan numerosos indicios, es también entre esas urbes y villas, la más desmemoriada del peso específico que le concede el nombre bautismal del origen. Quien coge en sus manos los libros de artesanía tradicional chilena, o inspecciona las ferias donde el arte popular despliega sus frutos, quien visite los museos con obras de los dos siglos del Chile independiente, quien viva en la capital el 25 de

julio, festividad del Apóstol, tendrá que preguntarse de dónde tanto silencio acerca de Santiago en las paletas del color, en los volúmenes de la forma y en los labios orantes. Pálido, muy pálido el 25 de julio.

La colectividad gallega saca su fidelidad y su morriña, celebrando a su Tiago con una vivacidad y constancia que contrastan mucho con la opaca gestualidad del santiaguino corriente. Cuándo comenzó tal diferencia, tal apatía. Por qué no vale aquí y ahora, el adagio latino de que el nombre es presagio, destino, auspicio, augurio. ¿"Nomen est omen", Santiago del Nuevo Extremo? ¿El íntimo de Jesús, el primer Apóstol mártir te camina en la sangre por acaso? No bastan algunos ritos y algunos devotos.

Una fiesta patronal, o toca la entraña popular o yace en grave letargo. Puede ser que la actual crisis santiaguina de la bruma artera y contaminante, que la pérdida de comunión entre los barrios y el atochamiento enervante de las vías, precise de un recurso transtécnico. Puede ser que estos malestares sean fiebre de un mal más hondo y trascendental. Si no se redescubre el fundante "genius loci", el alma del paraje urbano, si no se posee el ánimo propia, no habrá re-animación de los aires ni serenación de las calles santiaguinas.

Frotemos hechos y textos con alcurnia primigenia. Thayer Ojeda narra una ceremonia que acaece al inicio del nombre capitalino. Es enero de 1540. Pedro de Valdivia está por lanzarse desde Perú, a la aventura que lo constituiría en fundador de la "ciudad deleitosa", "comarca muy apacible y agradable a la vista", con "muchas recreación de huertas y jardines". El conquistador "entró con los principales jefes a la Iglesia Catedral del Cuzco". Ahí lo aguardaba el obispo fray Vicente de Valverde que, como en las grandes solemnidades, había hecho descorrer el velo que cubría la imagen de la Asunción, titular de la Iglesia. Recibió en sus manos el voto hecho por el futuro conquistador de Chile, de dedicar a esa sagrada advocación de María el primer templo que levantara, y poner bajo el patrocinio del Apóstol Santiago, también patrono del Cuzco, la primera ciudad que fundara.

La tal villa estuvo asediada muy pronto por los aborígenes. En efecto, ya en marzo de 1541, "los naturales viendo el progreso de la fundación de Santiago, habían comprendido que estos conquistadores no estaban dispuestos a abandonar la tierra como Almagro, por lo que era necesario cambiar de estrategia a fin de poder expulsarlos" (De Ramón).

Michimalongo, Señor del valle de Aconcagua, dirigió el ataque feroz. Una portentosa intervención cambió el curso de los acontecimientos y los indios triunfantes huyeron despavoridos.

Mariño de Lovera narra la protección del cielo, salvadora de la incipiente ciudad que emergía en la isla fluvial mapochina. Vale la pena seguirle el hilo acezante al cronista: “una vez que los españoles hubieron respirado un rato del cansancio de la refriega, mandó traer a su presencia a algunos de los indios principales que habían sido hechos prisioneros y los examinó haciendo escrutinio de las causas por qué habían huido tan repentinamente, y para mejor proceder, les interrogó a cada uno separadamente y con gran recato y diligencia. Todos los prisioneros estuvieron contestes y no hubo indio que discrepase en afirmar que estando los naturales en su mayor coraje y certidumbre de su victoria vieron venir por el aire un cristiano en un caballo blanco, con una espada en la mano, amenazando al bando indio y haciendo tal estrago en él, tanto que se quedaron todos pasmados y despavoridos y dejando caer las armas de sus manos, no fueron señores de sí ni tuvieron sentido para otra cosa que para huir desatinados, sin ver por dónde, por haber visto cosa nunca vista”.

Los castellanos habían hecho la traslación emocional: moro igual indígena americano. Sentían que la reconquista medieval de los reinos peninsulares de España, continuaba en la ciclópea conquista de las inmensidades de América. En el ánimo de los españoles estaba la memoria viva de la batalla de Clavijo, donde el Apóstol había combatido de su lado. Aquí entre canelos, arrayanes, molles, laureles, algarrobos y espinos, a la sombra del montículo Huelén, lanzaban el mismo grito de batalla que los había enardecido en las lides contra las tropas moras. Michimalongo les escuchó clamar “¡Santiago y a ellos!”. Fue entonces natural que el relato de los indígenas aprisionados fuese entendido, sin lugar a dudas, como un claro favor del Jinete, el Matamoros. Tal recuerdo alimentó una inculturación devocional de la fe para los habitantes de vertiente hispánica.

¿Cómo lo asimiló el mestizaje y la población indígena, largamente mayoritaria entre los habitantes de la capital? ¿No quedaría un oscuro resentimiento en los entresijos del alma?

En todo caso, a la hora de la guerra de la independencia, los realistas echaron mano instintivamente al protector que sentían suyo por siglos. Los patriotas identificaron simbólicamente su causa con Nuestra Señora del Carmelo. Fusión esta que cortará mucho paño y otorgará un vigor decisivo a la joven conciencia del Chile independiente. La advocación carmelitana es la cuna decimonónica de la identidad del alma popular chilena. ¡Y el Apóstol, parece que se retiró tenue y algo compungido a una nave de la catedral capitalina! Ahora, esta Iglesia que la pastorea un Cardenal historiador está de Sínodo. Puede ser que el Apóstol retorne revisto con los anteojos del Concilio Vaticano II. Un viajante mirador de la historia tiene razones para preguntarle a su ciudad: Santiago de Chile, ¿qué hiciste de tu nombre apostólico tan raigal y tan desafío?

Del dolor a la plenitud. Abrir los sellos

El sincero Ernesto Sábato en el año 2000 desplegó un panorama sombrío acerca del futuro de la humanidad. Más allá de la conculcación de individuos y pueblos y de la amenaza ecológica evidente, él apura el análisis para decir que “estamos indudablemente frente a la más grave encrucijada de la historia”¹. Pero, según Sábato, lo más grave es que las fuerzas capaces de reaccionar están socavadas, porque “el sentimiento humanista de la vida perdió su frescura; en su interior han estallado contradicciones destructivas: el escepticismo le ha minado su ánimo”. El gran moralista social rioplatense que venía del agnosticismo, ahora no cree que la razón y sus argumentos puedan salvarnos. Entonces acude a la fe y a los santos. Se apoya en Kierkegaard, citando su sentencia: “La fe comienza precisamente donde acaba la razón”². Y se vuelve en busca de conductores. Entre la niebla, descubre el rostro de dos santos audaces. “¿Quién podrá guiarnos hoy? ¿Quiénes son esos seres humanos que, como Juana de Arco o el pequeño David, convirtieron una historia con la ayuda de su fe y de su coraje?”³. ¿Quiénes son hoy David y Juana de Arco?

O sea, partiendo del análisis de la cultura y de la civilización, Sábato nos hace aterrizar en el campo de la santidad. Sorprendente y también significativo, porque es en esa zona donde el hombre finito se plantea tembloroso de cara al Absoluto. Esto no es un trampolín de misticismo alienante. Al contrario, es una disposición necesaria para hallar la respuesta más consoladora y eficaz, cuando la humanidad se conmueve por dolores sustanciales. Cuando se llega al extremo de la pregunta, lo que Laín Entralgo llamaba “las ultimidades”, no dar el paso de la inmanencia a la trascendencia haría imposible la mejor luz para nuestros dilemas.

Para transitar del dolor a la plenitud humana posible aquí en la tierra, precisamos abrir algunos sellos que amordazan la claridad acerca del sentido en el aparente sinsentido de nuestra condición de dolorosos.

¹ Sábato Ernesto, *La resistencia*, Seix Barral, Buenos Aires, 2000, p. 140.

² *ibidem*, p. 147.

³ *ibidem*, p. 143.

El capítulo quinto del Apocalipsis se inicia describiendo una de las enigmáticas visiones de san Juan: "Vi también, en la mano derecha del que estaba sentado en el trono, un libro escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos. Y vi un ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: '¿Quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos?' Pero nadie era capaz... de abrir el libro ni de leerlo" (5,1-3). El texto continúa con un llanto del vidente, ante el cual aparece "un Cordero como degollado". El coro de los que circundan íntimamente al trono, entonan "un cántico nuevo" dirigido al Cordero que es Cristo mismo, diciendo: "Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos *porque* fuiste degollado" (Ap. 9). De tal modo que sólo el que sufrió el dolor hasta el extremo de la degollación, puede hacer saltar los sellos y leer el libro donde se desvela el sentido de la historia con sus vía crucis, de suyo inexplicables.

El sufriente tiene la llave en su mano. Sin embargo, es preciso disipar, en el marco de este encuentro interreligioso, cualquier malentendido que nos llevaría por torpes arenas. La llave de que hablamos no es un adminículo mágico. No opera como en un film de Walt Disney, donde el que gira la llave en la cerradura cambia el escenario de tinieblas en un instante rosado. La llave apocalíptica quema la mano, y girarla hace crujir toda la osamenta del que intenta comprender. Juan Pablo II, punza en lo más álgido, al escribir: "Solamente el hombre cuando sufre, sabe que sufre y se pregunta por qué; y sufre de manera humanamente aún más profunda, si no encuentra una respuesta satisfactoria"⁴.

Filosóficamente la vastedad del dolor está en relación directa con el bien anhelado que no se alcanza; o con el despojo del bien que se posee y se nos arranca. Es más tremendo perder un hijo, que mi jardín se seque, o se muera mi caballo. También hay que distinguir entre la calidad objetiva del bien que se carece y la intensidad con la cual yo siento esa carencia. Puede ser que alguien sufra más por la falta de compañía, que por la precariedad del pan y la bebida.

Hay muchas vidas en las que se presenta una suerte de embotamiento. Los horizontes se han acortado, se deambula con una especie de miopía y las quejas se refieren a penas menores. Los podríamos denominar sufrientes epidérmicos. En cierto sentido, los dolores que alguien tiene, son la mejor forma de conocer la hondura de su alma. Por ejemplo, los

⁴ Juan Pablo II, Carta Apostólica Salvifici doloris, del 11 de febrero de 1984, número 9.

personajes shakespearianos padecen por graves razones. El viejo adagio latino se cumple aquí también: "aquila non curat de muscis-el águila no se ocupa de las moscas".

Esta frivolidad en el dolor es propio de lo que los existencialistas han llamado existencia inauténtica. Ella se puede reconocer en las magníficas descripciones que hace Heidegger sobre el atontamiento impersonal del "se": se dice, se vive, se piensa, se grita, se siente. En la antípoda está el: yo digo, yo amo, yo elijo, yo sufro. Un yo así de alerta, es el más atento al tú. El yo auténtico no es el ególatra autosuficiente y autorreferente. Es un alguien vibrando con el más sensible radar hacia el porte, los gestos y las hambres del otro. Sabe que sólo es un yo viviente en relación amorosa con el tú, desde el cual ambos fundan, o refundan, el nosotros de la familia y del pueblo. Tal persona, precisamente porque sabe amar, es la más vulnerable al dolor.

San Agustín de Hipona nos enseñó su adagio vital: "Inquieto está mi corazón hasta que no descanse en ti, Señor". Está apuntando a la congoja objetivamente más inmensa: la gélida lejanía de Dios. Distancia que es silencio pavoroso y que puede lanzar afectivamente al hombre a la deriva de la pura inmanencia, la cual no tiene otra salida que el reencuentro o la nada. Con razón la joven mística y doctora de la Iglesia, Santa Teresa de Lisieux, en la penumbra total de su "noche del alma", llegará a decir que bien comprende al ateo e incluso al suicida. Si Dios es la vida misma, si "nuestro Dios respira", como afirma Paul Claudel, y es el aliento mismo de nuestro respirar, la parálisis de su silencio es lo más parecido al "rigor mortis-la rigidez del cadáver".

No debiera extrañarnos la negrura de este abismo, si los labios de Jesús pronunciaron el "Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní-Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc. 15,34). Así también lo tuvo que experimentar la más fiel y delicada seguidora de Cristo, la dulce María de Nazaret. Fue en Caná de Galilea cuando sintió el alejamiento infinito al escuchar de su Hijo las duras palabras de rechazo: "¿Qué hay entre tú y yo, mujer?" (Jn. 2,4). O cuando, en presencia de ella, va a lanzar Jesús el dardo de otra pregunta: "¿Quién es mi madre?" (Mt 12, 48). No hay místico que haya pasado del placentero sol de la tarde, al despertar de la aurora, sin cruzar la espesura de la noche del alma, la probación máxima del dolor humano.

En estos días, los Obispos Católicos de Chile entregaron un papel que pudiese pasar de largo en la serie de muchos otros que se emiten de tiempo en tiempo. Su ficha técnica es Ref. 467/2002. Tras este ropaje práctico pulsa un padecimiento profundo, inédito y extremoso. Por ello, los obispos titulan aquella hoja con seis palabras: "Horas dolorosas llaman a la conversión". Este documento, emitido por una instancia institucional, nos interesa aquí, tan sólo, como un leve ademán de la Iglesia Católica en su mística vocación de Esposa de Cristo.

No se trata, en primer lugar, del dolor del oprobio y la vergüenza sociales por indebidos comportamientos de un pastor. No. Hay que bucear más hondo para llegar a la médula de las cosas en juego. El asunto más verdadero es un desgarró que puede entenderse desde unas preguntas que la venerable liturgia de cada Viernes Santo llama "improperios". Allí, desde el Gólgota se le presta a Cristo Esposo voz humana. Son unos reclamos de amor, unos argumentos de la ternura, son unos quejidos que taladran el corazón de la Iglesia Esposa. Él le enrostra haber olvidado la acumulación de motivos que la Iglesia tiene para ser fiel, cuando es infiel y peca y repudia y asesina al Dios hecho hombre. Era muy grave matar a Abel, el inocente, por eso el peor infierno de Caín fue el remordimiento. Ahora la más quebrantadora desolación de la Iglesia Esposa es no pagar amor por amor. No ejecutar la "redamatio-la respuesta de amor", que llama san Agustín. Releer en estos días, aquí en Chile, los improperios del Viernes Santo es pulsar las veinticinco cuerdas de un ronco guitarrón purificador. El pueblo santo y pecador es la Esposa que debe escuchar las recriminaciones.

"Pueblo mío, ¿qué mal te he causado,
o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme.

Porque yo te saqué de Egipto,
¿tú le has preparado una cruz a tu Salvador?

Porque yo te guié cuarenta años por el desierto,
te alimenté con el maná y te introduje en una tierra fértil,
¿tú le preparaste una cruz a tu Salvador?

Hágios o Theós.

¿Qué más pude hacer, o qué dejé sin hacer por ti?

Yo mismo te elegí y te planté, hermosa viña mía,
pero tú te has vuelto áspera y amarga conmigo,
¿por qué en mi sed me diste de beber vinagre
y has plantado una lanza en el costado a tu Salvador?
Hágios o Theós.

Pueblo mío, ¿qué mal te he causado,
o en qué cosa te he ofendido? Respóndeme"

El pueblo Esposa, así reconvenido, es llevado a la entraña misma del sufrir. Recordemos, el dolor se mide por el tamaño de la cavidad que deja el bien ausente. Además, la peor lejanía de Dios no proviene de que él se haya escondido, sino de que mi libertad lo ha expulsado. Este caso extremo permite descifrar las leyes de toda consolación genuina, la que no tiene otro camino que el descenso al De profundis, al "desde lo hondo te grito, Señor, dueño mío, escucha mi voz" (Salmo 130,1).

La bendición inicial del dolor es que tiene púas y nos agujonea para salir de la existencia inauténtica o embotada. Podemos escamotear su mensaje cuando es sólo una penita, pero cuando es zarpazo, no. Entonces nos arrincona entre su punta y la pared. Y allí pueden ocurrir las cosas más importantes del amor.

La Esposa Iglesia y la esposa alma, saben que en el culmen de la traición hubo dos figuras: Judas y Pedro. El de las treinta monedas y el de los tres cantos del gallo. El que se colgó de un árbol y el que, a la orilla del lago de Genesaret, lloró tres veces balbuceando atolondradamente: "Señor, tú sabes que te amo" (Jn. 15ss). Después de pecar no hay otra disyuntiva: o hundirse más en el pantano o gritar el Miserere del Salmo 51:

"Misericordia, pues yo reconozco mi culpa, ...
lávame hasta quedar más blanco que la nieve, ...
anúnciame gozo y alegría, ...
que se regocijen los huesos triturados" (vv. 3. 5. 9-10)

Tal radical veracidad nadie la logra en la primera vuelta del camino. Es un itinerario larguísimo y accidentado. El cuarto evangelio registra que "junto a la cruz de Jesús, estaba de pie su Madre" (Jn. 19,25). Hacia el final del arte gótico muchos pinceles se equivocaron, al pintar desplomada a la Madre. Su entereza no fue un acto titánico de autocontrol. Fue el fruto de una serena respiración aprendida a punta de interrogaciones, que no se cerraban con las primeras respuestas. "Junto a la cruz estaba de pie su Madre". Ya adolescente, Jesús se pierde en el templo. "Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? - ¿Por qué me buscaban? -Ellos no entendieron lo que les decía" (Lc. 2,48.49.50). Después conocemos que en Caná la alejó con una respuesta como un rayo de majestad divina. Durante los tiempos de la predicación pública, varias veces, ocurrió lo que un chileno de hoy expresaría coloquialmente diciendo que Jesús "le hizo la desconocida".

Entonces, porque ella, impelida por la tristeza de la lejanía, no se cansó de rebuscarlo en cada uno de esos episodios, es que ahora lo tiene ahí, sin que ninguna soldadesca ni la muerte, puedan arrebatarlo. Lo tiene en la voluntad del Padre, en el misterio insondable de su designio salvador.

Por eso está de pie. Adelantadamente de pie, que es la postura del resucitado, el que ha surgido de la horizontalidad del sepulcro, para erguirse en la verticalidad del victorioso. De tanto rebuscarlo, esta María rebuscadora llegó a la certeza de que él, cada vez que se alejaba, se estaba adentrando aún más en ella. Por eso, estaba de pie el Viernes. Hemos hablado del dolor de la Esposa infiel, el que es superable por el perdón y la persecución fiel, incansable, del Amado. Hay otra congoja: la de la madre que niega la vida. El dolor de la voluntaria esterilidad.

Un poeta cubano que pasó años en cárceles, en mazmorras húmedas y fétidas, entre torturas y desolación, me dijo un día al borde luminoso del mar Adriático: "Lo peor de todo no fue ver que algunos compañeros de prisión se volvían locos de tanto sufrir, lo peor era ver que algunos se volvían bobos".

En los establecimientos que acogen a los enfermos idiotas, se pueden presenciar escenas objetivamente tristísimas (las cuales, sin embargo, también tienen una solución en la cruz de Cristo). Evoco a alguno de ellos en actos mecánicamente repetidos que no conducen a nada, que no sirven, ni ponen nada en movimiento. Son gestos que terminan en sí mismos, sin haber contribuido con ningún hilillo de agua al río de la vida. De por sí, son ademanes de la esterilidad pura. Sin Cristo, serían el triunfo del sinsentido.

La contrapartida de esa inutilidad es engendrar. La clásica parábola de Jesús, la de la higuera estéril (Mt 21,19), ilustra esta disyuntiva absoluta. O damos vida, o nos secamos y morimos. La fertilidad es una exigencia íntima de la entraña, la vida tiende a propagarse. “Bonus est difusivum sui-el bien es difusivo de sí mismo”. Nuevamente la fecundidad nos habla de la condición amorosa del hombre. Quien decide no tener hijos, del alma y del cuerpo, del alma o del cuerpo, quien decide no amar, u opta por amurallar la pequeña laguna del amor que ya posee, ese se niega a la posibilidad del crecimiento oceánico, impredecible, que tiene la fecundidad.

(No puedo seguir adelante sin hacer un paréntesis, que tiene su importancia. Lo grande de Cristo es que su cruz ha hecho fecundo incluso a aquellas existencias bobas, que conmovieron en la cárcel al poeta cubano.)

El dolor de la Iglesia no es sólo porque Cristo le dice un impropio que la remuerde, es simultáneamente el dolor de no tener todos los hijos que debiera engendrar. Tristeza de no dar gratis lo que recibió gratis.

En los Hechos de los Apóstoles se cuenta la encrucijada decisiva para la historia de Occidente, el instante en que el cristianismo dio el salto sobre el Mar Egeo, de Tróade a Filipos, de Asia Menor a Europa. Este cambio cualitativo en la ruta del Evangelio, ocurrió en la famosa visión del macedonio que Pablo tuvo en Tróade. El apóstol quería irse por otra dirección “pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús... Por la noche, Pablo tuvo una visión: un macedonio estaba de pie suplicándole: ‘Ven, pasa a Macedonia y ayúdanos’” (Hechos 16,8-9).

Pablo, quien nos confidencia tener un estremecimiento materno de la entraña, es aquí instrumento de la Iglesia Madre, que escucha una voz impeliéndola a engendrar en ese macedonio, el cristianismo que sellaría a Europa. ¿Qué hubiese ocurrido si Pablo no se hubiese arriesgado a cruzar el Mar Egeo, si se hubiese retacado en su corazón al bien, al amor que es difusivo de sí mismo?

Continuamente, en los sueños ilusionados, y también en las pesadillas, aparecen macedonios que quieren vivir y nos susurran: “Ven, pasa, ayúdanos”.

El dolor religioso por el hecho de producir un escándalo, no es -a lo último- una angustia por lo que, en el marketing actual, se llama “pérdida de imagen”. Es un llanto de la esterilidad autoinferida, es un lamento por los yermos que pudimos sembrar y regar y no lo hicimos. Es la tristeza de no ser “sacramento” de Cristo, señal y herramienta suya para redimir. Es constatar el tremendo sufrimiento inferido a las víctimas y sus familias, y la incertidumbre escandalosa que hemos provocado por negligencia, fragilidad psíquica o por el poder del pecado en nosotros.

Los macedonios que hoy nos llaman, clamando por la presencia de Jesús en la historia, son los jóvenes que no entienden nuestros lenguajes, los pobres, los encarcelados y los enfermos a los cuales no nos allegamos para constituírnos en argumento eficaz del amor divino. Muchísimos artistas, políticos, científicos, multitud de mujeres que viven agudamente el cambio cultural, pueblos postergados; gente rica y poderosa, hastiadas en su abundancia, son los nuevos macedonios que en la noche nos repiten: “Ven, pasa y ayúdanos”.

Este dolor de no haber engendrado lo que podíamos engendrar, tiene consuelos. El más sólido es saber que Dios no se ata a nosotros, a nuestra “paternomaternidad” o “maternopaternidad”. Él encuentra mil caminos para salvar. Él habla en el rincón oportuno y en el calendario exacto a cada hombre. En ese sentido es que el P. Werenfried van Straaten reitera: “Dios es mejor de lo que creemos”. Dios tiene el poder de resucitar, de la muerte sacar la vida.

Con todo, no puede ser este un consuelo adormecedor, un opio del alma, que nos disculpe de luchar cada día. “También el hombre es mejor de lo que pensamos”, como agrega el fundador de Ayuda a la Iglesia que Sufre. También el hombre co-decide la historia futura. Del pecado y del error queremos aprender. Lo queremos.

El dolorismo es exaltación del sufrimiento como estación final. Esta deformación no tiene cuenta que el padecer necesita del amor como su fuego vivificador y que la muerte no tiene la última palabra. Más de alguna vez, el dolorismo se ha colado en el alma nacional de Chile. Las dos vertientes mayores de nuestro mestizaje han contribuido a ello. En vista de los desafíos actuales de la patria hacia un bicentenario realista y promisor, conviene tomar esto en cuenta. Debemos asumir, elaborar y proyectar fecundamente nuestras grandes penas.

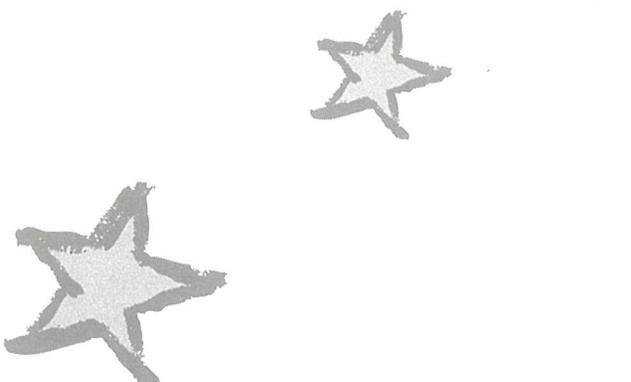
Las dos claves que hemos insinuado, debieran sernos útiles en esas tareas. Se trataría de desenmascarar esas dos dimensiones raigales del dolor: sufrimos al no seguir el mandato de nuestra conciencia, traicionando nuestra vocación íntima. Sufrimos al no responder amorosamente al Dios que es comunión de Tres desde siempre, ternura ofrecida a nosotros. Sufrimos al hacer infértil nuestra existencia y abortar los retoños, desoyendo a los macedonios que claman: "Ven, pasa el Mar Egeo y ayúdanos".

Pero no basta mirar a los ojos el dolor. Hay que aprender de esas pupilas, hay que pertrecharse para estar de pie como María, la incansable rebuscadora, hasta alcanzar la certeza de que somos amados sin condiciones. Estar de pie junto a la cruz de los hermanos. Así adelantaremos en la tierra una forma resurrecta de vivir. La cual buscará los cauces de una "maternopaternalidad", que convoque a más y más hijos hermanos, que nos congregue en la fiesta de una comunión solidaria. Alegría de oasis para seguir caminando más de prisa hacia la Casa.

El misterio de la manta

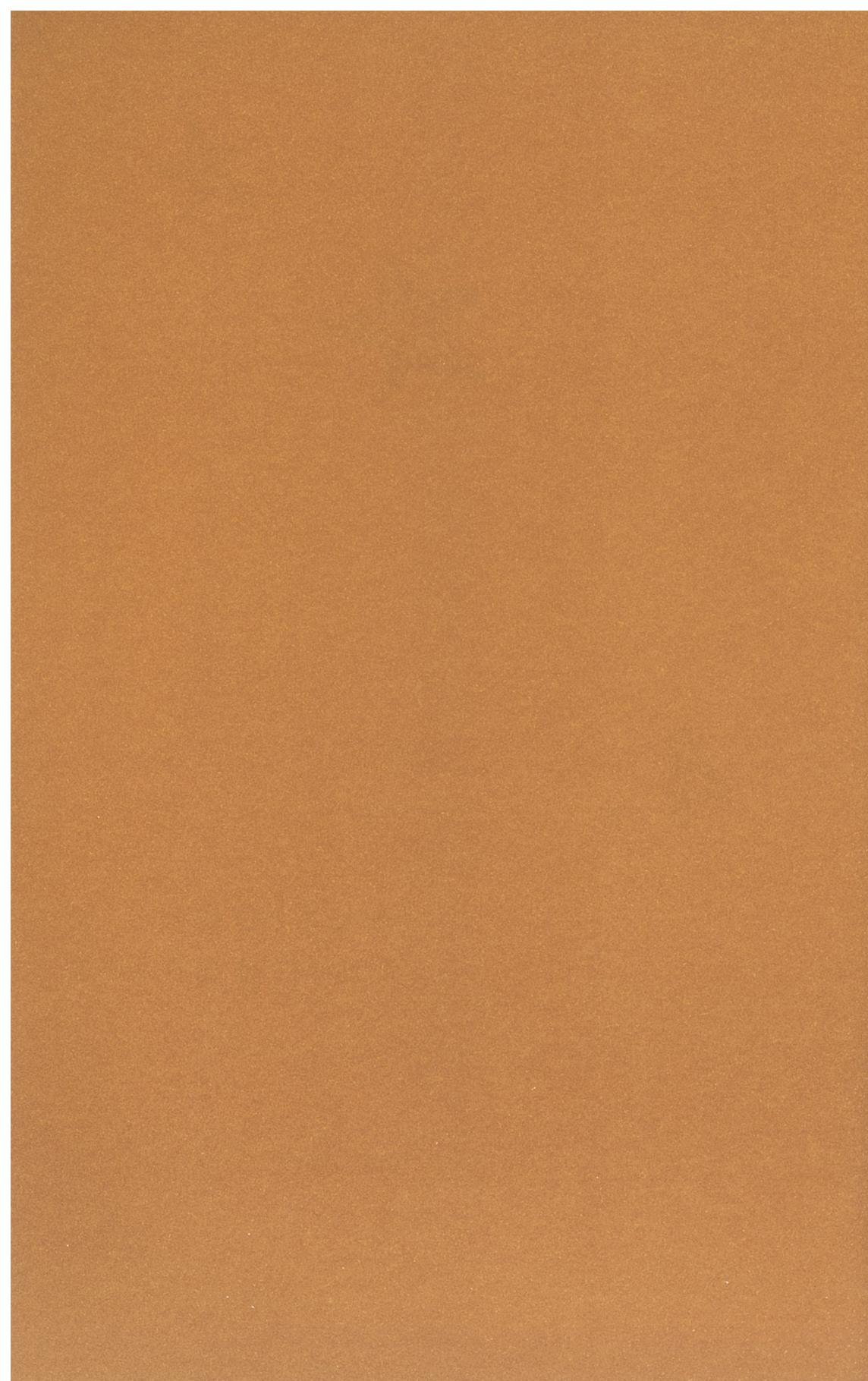
El resplandor del fuego bailando en su barba. El abuelo. En un periódico, me enseñó a leer. Era médico. Sanaba a la gente conversando. La silla mecedora, como otra llama que oscilaba ante la chimenea, en el salón a oscuras. Yo me descolgaba por la escalera, introduciendo los dedos de niño entre las balaustradas de hierro forjado. Con esa misma mano levantaba la manta de vicuña para meterme bajo su ala dorada. Olor a tronco tendido en la playa al llegar de un viaje transoceánico. Las historias eran un modo de respiración entre él y yo acurrucado contra su pecho. Solos. Que nadie venga a interrumpirnos. Que los leños no se consuman. Que nada me escamotee el éxtasis, porque me estoy haciendo hombre, iniciándome en su heroísmo tranquilo. Estoy llorando por las batallas de Concón y de Placilla. Estoy galopando al borde solitario del mar en Cartagena. Camino por París en plena Belle Époque. Conozco a los Presidentes de Chile que aparecen retratados en unos cuadros inmensos, altísimos, en mi colegio. La manta es la tienda de este cuerpo a cuerpo, entre el siglo XIX, cuando él asistió a una eucaristía por el marino Arturo Prat recién abatido en Iquique, y el siglo XXI, en el que yo me dormiré en una tumba al pie de los Andes. El balanceo me acerca y aleja del fuego. Duran los troncos, pero queda poco tiempo para hacerme varón, padre, y salir solo a caminar por Atacama y entre los acantilados de Friburgo. Ya casi estoy huérfano y no he alcanzado a entender bien cómo pudo el águila atacar a mi abuelo junto al Estrecho de Magallanes. Tengo que retener ese oleaje en la retina, pues en sólo veintitrés años, allí mismo llevaré en brazos la imagen del Carmen de Maipú. Y al Norte Grande quiero achicarlo, para que me quepa en la memoria. El puerto del desierto, atestado de soldados insurgentes. La salitrera como campo de agotadores amagos de combate. También iré pronto a esa sequedad salubre y azul a celebrar las danzas con los romeros de La Tirana. "Tata, la vicuña ¿se pone de rodillas antes de entregar su lana?". La mano recorre la trama apretada, la benévola, materna suavidad del tejido. La manta tiene, junto al remate de su boca de lana, dos lengüetas caídas. Deben ser dos claveles muy jóvenes que se han tendido para vigilar mejor las cabezas de los jinetes que visten la prenda, ya de tarde. "Tata, ¿sólo el inca y los sacerdotes podían usar atuendos con esta lana de oro envejecido contra el frío de la nevazón cordillerana?". No pregunto más acerca de las costumbres rituales de la vicuña. Siento que de ella no se habla en aquel

salón, contiguo al trazado francés del Parque Forestal. Para indagar sobre la reina madre -la trotadora- por los pastizales de las comarcas del cóndor, tendríamos que seguir las huellas del Ejército Libertador, entre precipicios y leonas paridas en septiembre. Todo es así porque el maíz es sol vegetal y la vicuña es sol grácil en el reino de los animales. Mejor hablar de los puertos en aquel otro periplo salino hacia el Londres de Sherlock Holmes. O de caballos que, para meterlos al Océano Pacífico como una fragata negra, es preciso tapparles con la manta los ojos aterrados. Atardeció el color diurno de la vicuña. El fuego llegó a cenizas y el balanceo de la silla se detuvo. Me ungieron sacerdote de cara a la torre gótica de Friburgo. Me mojaron con óleo las manos hasta que brotó el cáliz. Sólo entonces descubrí el misterio de la manta del abuelo. Sólo a esa altura del tiempo nocturno, penetré la hermandad secreta entre el pelícano y la vicuña, entre Egipto y aquella playa, donde contemplé al abuelo con su manta galopando. Percibieron en la desembocadura del Nilo, que el plumaje pectoral del pelícano solía estar manchado de escarlata. Supieron que el ave marítima se rompía a picotazos el pecho para dar de beber su sangre a los exigentes polluelos. Más tarde los cristianos, en la desembocadura de sus eucaristías, miraron al Cristo traspasado. Supieron con certeza que Jesús dejó hundirse la lanza como un feroz picotazo voluntario, y entregó desde su Costado abierto, la última sangre de la ternura y la primera agua del bautismo. María y Juan lo testifican. Aquel Cristo Pelícano me permitió correr el velo de su plumaje. Tal como, frente a la chimenea del salón enmaderado con lingue, entreabría yo la manta mecedora del abuelo. “Tata, Taita, Tatita Dios traspasado ¿puedo beber de tu vida de sangre? Tata ¿estas plumas son blancas y rojas o son invictas y doradas como esa vicuña que entrega su lana de rodillas? Tata Jesús ¿qué distancia va entre tu pecho de Viernes Santo y la respiración de mi abuelo? Tata, Taitita, ¿no será pelícano cordillerano la vicuña? ¿no es tu ala mi manta? ‘Quien me ve a mí, ve al Padre’, dijiste. ¿No será mi biografía una silla mecedora que se acerca y se aleja de tu fuego?”. Tata, Taitita, la barba.



4.

**lecciones y
compañías**



Plegaria de García Lorca al morir

Uno de esos vientos que bajan de la sierra madrileña había terminado de poner gris la tarde. Al borde de la Ciudad Universitaria, en el blanco edificio del Instituto de Cultura Hispánica ya se habían encendido algunas luces. Y cuando se fueron retirando funcionarios y secretarías nos quedamos en silencio en la oficina del poeta Luis Rosales. Enero de 1963. Tenía Rosales una situación política incómoda en la España franquista. En los meses anteriores, ambos habíamos vivido horas de hondo encuentro. Una noche nos amanecimos con un pequeño grupo de poetas y pintores mientras él recitaba su poemario cumbre hasta ese momento: *La casa encendida*. Un domingo me invitó a Cercedilla, la finca que acababa de comprar y que transformaría en refugio y espacio de su recia vejez. De camino nos cruzamos con una caravana de vehículos policiales. El generalísimo Franco iba de cacería. Una cigüeña pasó “como un garabato” (Machado) sobre nuestro coche.

En Madrid el poeta cerró la cortina por la que se deslizaba la última luz del atardecer castellano. Sólo una lámpara pequeña quedó prendida. La conversación se fue hacia García Lorca, su amigo y su herida. Como se sabe, fue en la casa granadina de Luis Rosales donde el trágico gitano se albergó cuando estalló la guerra española. La voz de Luis, de tonos bajos, muy varonil y cálida, noblemente paternal, comenzó a arrastrarse. Buscaba las palabras. La emoción fue haciéndola cada vez más torpe mientras narraba los últimos días de Federico.

Por esos años '60, en España, no se podía publicar nada sobre el tema. De boca en boca, corrían la ignorancia y los rumores. Algunos habían llegado a propalar el infundio que Luis Rosales, en su oportunidad, no hizo todo lo posible por salvar a García Lorca. También por eso, en aquella tarde madrileña se quebró la voz, en el momento cúlmine de la infausta historia. Casi todo ha sido ya publicado. Las obras de Ian Gibson contienen detallado material. Pero hay un instante de temblor de mariposa negra que me parece todavía inédito. Fue un miedo, vuelto plegaria a Cristo, en los labios casi finales de Federico.

Hoy se sabe muy bien que no es dable bucear en García Lorca, ni en el océano profundo ni en la cresta cantarina, ignorando su condición de homosexual dolorosamente vivida. Por ejemplo, la obsesión por mujeres estériles en su teatro, está íntimamente relacionada con la imposible fertilidad de la relación homosexual. El asunto se hace directo en su difícil obra "El público" y los "Sonetos del amor oscuro" -que el ABC presentara como primicia-, son variaciones sobre el tema sin desvelar del todo su secreto. El drama intrínseco y socialmente determinado de tal condición no podía dejar de suscitar un drástico problema religioso.

Además, confluía la vertiente política de la confrontación de García Lorca con la Iglesia española de la época. El granadino propugnaba un "socialismo cristiano", porque él se declaraba partidario, no de todos los pobres (pensaba en la violencia anarquista), pero sí de "los pobres buenos", identificándose siempre con el Cristo que sufre en los necesitados y frágiles.

Sintiéndose muy distante de la Iglesia y sus ministros, jamás dejó de ser "una borrasca cristiana", como lo tildase Dalí. Y él mismo dirá en una carta a Jorge Zalamea: "Dios no me abandona nunca". A la edad de treinta y un años se incorporó solemne y emocionadamente a la cofradía de la Virgen de las Angustias en Granada. Veía en Cristo a un "poeta revolucionario", según confidenciara a Dámaso Alonso. Si bien su cristología no fue siempre ortodoxa, sustancialmente adhirió al Señor que profesa la Iglesia Católica. De esto no debiera haber duda.

Así, en el momento en que lo van a prender, el 16 de agosto de 1936, para llevarlo a morir, con su clásica corbata de lazo se vuelve orante a la imagen del Sagrado Corazón. En la inminencia del fusilamiento, en la noche del 17 al 18 en La Colonia de Víznar pidió un sacerdote para confesarse. Pero el fiel párroco de Víznar había bajado del monte al pueblo, ya muy tarde. Un joven, Jovert Tripaldi, le indicó que en tal trance, ciertamente Dios le concedería su misericordia, si le sentía pronunciar el "Yo, pecador". El angustiado Federico le respondió: "Mi madre me lo enseñó todo, ¿sabe usted?, y ahora lo tengo olvidado". El solícito Tripaldi le ayudó a musitar aquella oración de perdón. Y, "Lorca pareció más tranquilo después de haber rezado".

Con los años, Luis Rosales llega a ser Miembro de la Real Academia Española y recibirá todos los principales galardones poéticos de España, desde el Premio Nacional Miguel

de Unamuno al estelar Miguel de Cervantes. Pero en aquel neblinoso enero de 1963, este grandote está ante mis ojos tan desvalido en la semipenumbra, mientras se detiene para evocar a su amigo García Lorca escondido en la casona de los Rosales en Granada, junto a la plaza Bib-Rambla. Rememoró muy vívido que Federico se había apegado como un niño desconcertado a las mujeres de casa, a la mamá Esperanza, a la hija de ella de igual nombre y a la tía Luisa Camacho.

De todo lo ocurrido, doña Esperanza conservará más indelebles unas miradas del perseguido y un temblor de todo su cuerpo cuando, al caer la oscuridad, el miedo se hacía más acuciante. Entonces ella lo conducía hacia el piano. Ya no para que Federico tocara alguna de sus canciones mágicas. Ahora, simplemente, para arrodillarse juntos ante la imagen del Sagrado Corazón que estaba allí entronizada sobre el solio musical de ese piano negro. Y doña Esperanza, estrujando toda la fuerza de su antiguo nombre cristiano, le sostenía el librito con textos al Jesús traspasado. Ella, como madre, experta en estremecimientos nocturnos de los hijos, con mirada de soslayo, percibía como las alas de la oscura mariposa se aquietaban, a medida que la plegaria iba escurriendo desde el alma creyente del poeta Federico García Lorca.

La tormenta eléctrica del niño

Todo un roble puede ser un mondadientes, una cerilla que se enciende en el aire. Un roble de dieciocho metros puede ser la brizna de un lecho mortal. Un arado dormido, o el lápiz metálico de un almirante, pueden lanzar por la punta el resplandor azul del temido fuego de Santelmo... justo antes del relámpago. El Empire State Building de Nueva York recibirá este año veinticinco rayos, cada uno podría retorcer al mismo King Kong con la catarata de espuelas de treinta millones de voltios enloquecidos. David Rust lleva decenios estudiando cenizas de jinetes partidos por el rayo; mensura los relámpagos en el cielo encapotado, tan cumplidamente como Rafael Sanzio medía sus pinceladas en la tela. Para guarecerse de las tormentas magnéticas y sus eléctricos tentáculos, David Rust recomienda ovillarse en el suelo, abrazando las propias rodillas como a un niño. David Rust insiste perentorio: "vuélvase una pelota con los pies". David Rey, el padre de Salomón, propone no confiar en los ejércitos, cuando los plúmbeos montes del Líbano saltan como cabritos al golpe del látigo eléctrico. Este salmista invita a danzar cantando "Jahvéh es mi alcázar y mi fortaleza ¿a quién he de temer?" Voy yo peregrinando con muletas y descubro en mí, miedo al rayo por la espalda, pero David salmista y David Rust y Nicodemo nocturno conocen la argucia salvadora: bajo los millones de voltios instantáneos, hay que ponerse como ovillo fetal, volver a nacer de amanecida, y jugar con los dedos azules del relámpago.

Salvador Dalí presentó su lienzo

Salvador Dalí presentó su lienzo "La estación de Perpiñán". Era una ceremonia del Instituto de Francia. (En Perpiñán me demoraron los aduaneros galos). El cuadro recoge el Angelus de Millet. Entre los dos campesinos que oran con el saludo del Arcángel a la Virgen María, pasa un tren. Alguien se cae en un vacío interno de la pintura. Con horror abre brazos y piernas. Se vuelve a caer más abajo. Idéntico el personaje, pero más pequeño. Todo, color de trigo a mediodía. Los haces de luz convergen al centro, justo al pozo donde se hunde el hombre pavoroso, en su versión diminuta. En la ceremonia de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Francia, el pintor declara a Perpiñán "centro de gravitación de nuestro universo". Sostiene que "fue este punto sobre el que España giró cuando se produjo la deriva de los continentes. Si este fenómeno no hubiera ocurrido, habríamos derivado hasta Australia y ahora viviríamos rodeados de canguros lo que sería la cosa más horrible del mundo". Pasan de largo los turistas ante el óleo de Perpiñán en el museo de Ludwig, a la sombra de la catedral de Colonia. Pasa de largo toda una delegación de profesores japoneses. Pasan de largo los egregios críticos de pintura Robert Descharnes y Gilles Néret. Ninguno descubre lo que Dalí se vio forzado a pintar sin discernir. Pasa de largo el tren expreso Barcelona-Marsella. Caída libre del hombrecillo. Sigue inadvertido pero en 1965, Salvador Dalí pintó como fondo cierto el cuadro al Salvador Jesucristo. Sereno en la cruz, se duerme el Señor entre los dorados estivales. Los brazos abiertos, detenidos, firmes, pacíficos en ese árbol de la estación final. Su Herida del Costado sangra unos delgados hilillos de rubí humilde. Al otro lado del pecho, vuela un zueco de campesino pobre. Pero es que todos nos estamos cayendo. Salvador Dalí, todos en caída libre al interior del útero de la madre de ese viejo Nicodemo que no quería nacer de nuevo. Todos braceamos y pataleamos como nadadores náufragos del Titanic en el Mar del Norte. Todos como el hombrecillo de tu lienzo de oropel. Todos somos ese aerolito de espanto, esa plomada de angustia que se dispara al centro de gravedad de los mortales. Tú en brazos de Gala te pasaste la vida huyendo de los canguros y terminaste a la deriva total de la soledad. Para caer bien, pintor Dalí, hay que saltar al vacío en un brinco de

canguro cojo; hay que acostarse plácidamente en la bolsa marsupial, cerrar los ojos en Perpiñán y amanecer en el andén más lejano de Australia. Para resucitar en ese parto hay que acudir al Ángelus con los menesterosos campesinos de Millet, hay que escuchar al Arcángel: "no temas, has hallado gracia ante el ojo mirador de Dios", desde la plataforma del último carro del tren expreso hay que pronunciar "he aquí la esclava del Señor", hay que revolcarse en el trigal de luz cuando el Arcángel habla de esa sombra del Espíritu Santo que cubre con su nube de indignancia, hay que entrar por el túnel de la Herida del Costado y alcanzar vertiginosamente el corazón, allí donde la lanza giró abriendo el cerrojo de la Trinidad Misericordiosa, para salvación de todos los despeñados en la caída libre del Calvario.

Nietzsche y León Bloy

(“Nietzsche dijo: ‘Dios ha muerto’. Yo prefiero lo que dijo León Bloy: ‘Dios se ha retirado’, pues pienso que Él volverá, pero no en el próximo siglo, sino en el XXII”.

Ernst Jürgen, en Wilfhingen, 1990)

I

Sí, Cristo volverá en un caballo blanco, galopará por la granja de Nietzsche, trotará por el desierto del Sahara vuelto una playita al borde del Amazonas, Él volverá como sol en siete carruajes, volverá como novio en el altar de la columna, volverá como un ballet de cicatriceras, que en oleadas bajarán de las cumbres del Aconcagua para unir con zurcido chino de rayo láser todos los bordes de las llagas, todas las retinas desprendidas, todos los jazmines alejados de sus pecíolos... volverá y besará mis sienes con su corona.

II

Federico Nietzsche se pondrá de pie en una nuez, dejará ese ademán incómodo de adorador de su caballo alazán, tal como lo encontró la muerte en desvarío. Federico navegará por primera vez en su existencia, recorrerá tus venas hasta tu corazón, puerto atravesado por la lanza en Viernes Santo. Entonces, por fin, el niño Nietzsche jugará con el áspid, por fin podrá arrodillarse cantando y se dormirá en la cuna cual corderillo mamón.

III

¿Se ha retirado, León Bloy, el Esposo a su aposento? Se ha ido por la ciudad -“los cementerios están vacíos, las ciudades son cárceles”, dijo Jürgen- se ha retirado para que el corazón de la Novia desfallezca, para que todos los átomos de prostituta que ella carga en su cuerpo virginal, terminen de agotarse en su propio espanto. El Esposo se ha retirado para trazar una distancia salvadora. Serán cuarenta años en el desierto, y tal lejanía permitirá la purificación y después de haberse revolcado ella con tantos

ebrios, tantos violadores, tantos ingenieros del genocidio, con los perfumados aborteros, se morirá de anhelo por el Único y esa distancia pedregosa, esa depresión como ataúd de plomo y granizo, la hará morir setenta veces siete y como virgen intocada alargará el velo de su Primera Comunión, alargará la vesta blanca de su Bautismo, hasta tener un manto tan anchuroso como sus brazos incontenibles de anhelo. León, "Él retornará", pero cuánta distancia de agujas, cuánta campana de aire para el vacío, cuánta ausencia se acumulará en el reloj del ulmo, antes de que el árbol entregue su encaje floral a la Novia. León, sí, "la única tristeza verdadera es la de no ser santo" y la única no santidad es no caminar la distancia con pies ensangrentados. León Bloy, sí, viejo profeta gritón, gozosamente de hinojos en el templo expiatorio de Sacre Coeur de Montmartre, sí.

IV

Ernst, cuando mojaron tu néctar para bautizarte bajo el puente rojo de Heidelberg, José Kantenich llevaba justo diez años nadando en los afluentes del Rin. Fuisteis vecinos de atalaya. José era un torrero azul con binoculares: un tubo miraba quinientos años adelante, el otro era un microscopio para escuchar las huellas dactilares de Dios entre las hormigas de cada día. José me apretó el corazón en Milwaukee y me prestó sus binoculares y, para que yo no dejara de proclamar la victoria, del amanecer de mañana, me cortó una naranja ácida. Destiló el zumo cítrico en mi boca. Así pude susurrar: el triunfo será el pasado mañana, cuando el Rey retorne al trote en su caballo blanco. Puede, Ernesto, ser en ese siglo XXII que tú marcaste con lápiz verde en tu siglario de dos siglos. Puede ser. Puede ser algo antes si estallan más bombas de odio en los Balcanes, y en Ruanda y en Beijing y en Chechenia y en Haití y en Wall Street y en el barrio de la Pincoya de Santiago de Chile. Puede ser un poco más tarde si las Naciones Unidas siguen inventando nombres lindos: "salud reproductiva", "decisión libre de la nueva mujer acerca de su vientre". Puede ser que con frasecitas retrasen la ruptura del lago artificial de Itaipú. ¡Hay funcionarias muy listas, querido Ernst Jürgen!

V

“Él no volverá sino en el siglo XXII”, dices con tu traje de viajero. ¿Ernst, querido Ernesto, y qué hacemos con la distancia de ausencia? Cómo sobrevivimos vagando esos años por el desierto, cómo se puede respirar sin Él, sin su llaga de sol, sin sus migajas de azahar. Cómo. Dilo tú, oficial más condecorado. Dilo sin ambages.

VI

Entre el hoy y el pasado mañana, miro con el tubo izquierdo del binocular de José Kentenich, recorro valles y colinas de las huellas dactilares de Dios Trinidad, veo pasar las hormigas entre el aliento de mi vida en ascuas hasta que Él vuelva, Ernst Jürgen. Amén.

Don Roque Esteban Scarpa en el recuerdo

Vi su nombre, por primera vez, en la tinta de un volumen, grueso y amarillo, de un texto escolar. En él aprendí a ir sorteando los meandros de las diversas escuelas literarias. Otro libro con su firma fue todavía más decisivo. Semejan sus páginas, por el tono marrón, tabaco navegado. Se editó hace cuarenta y dos años: “Poetas Españoles Contemporáneos, (segunda edición notablemente aumentada)”. Lo cargué en exigua maleta marítima en mi primer cruce del Atlántico. Sin esas páginas no habría podido gozar con Gerardo Diego, o Jorge Guillén, o con Dámaso Alonso, o Rafael Alberti, o Miguel Hernández, o Luis Rosales.

Unos veinticinco años más tarde encontré al maestro, al día siguiente de haber recibido el Premio Nacional de Literatura. Unos poetas recitábamos en el Teatro Municipal de Santiago. La sala estaba repleta y la atención se focalizaba bastante en el galardonado del día anterior. No olvido su elegancia y naturalidad para recibir las enhorabuenas.

Un par de años más adelante, tuvo lugar la única visita a su casa. Las confidencias brotaron de los hondones, y los objetos se bajaban de los anaqueles para servir de pretexto a historias y más historias. A ratos emergían ecos de infancia prolongada por decenios, esto me hizo pensar como lector suyo. Sentí que en Scarpa hay una especie de contacto directo entre la raíz y la flor. Se podría decir que el tronco en él es una raíz al aire libre, donde la floración cuaja en poema.

En una frase y tres versos de su mano retengo lo que me aparece como cuatro puntos cardinales, entre los que se mueve la saetilla inquieta de su brújula:

“Ojos pobres por la madre ausente...”

“Dolor que desespínarse ansía...”

“Camarero de la soledad...”

“Sabed, amigos míos, que jamás moriremos...”

“Ojos pobres por la madre ausente...”

La raíz materna quedó como canal nutritivo y como nostalgia mordedora. Doña María de la Esperanza Straboni se llamó también a veces Punta Arenas. Así en aquella pregunta: “¿dónde la nieve pura...?”. En ese mismo poema, “Infancia en Punta Arenas”, asigna a la añoranza una vocación de vuelo: “Sólo en la tristeza nacen las alas”. Tal crecimiento

demoró toda la vida, o casi toda ella. Confesará al Señor que “la esencia de mi propia esencia, me hace quejarme como si fuera un niño enfermo, lejos de su madre”.

La sanación de esa lontananza, creo yo, tuvo cala religiosa, como en aquel poema de “Navidad sin madre”, donde el Redentor Niño viene a ofrecer una mirada medicinal. Ella libera de las cadenas arcaicas que nos atan a una calidez que empantana. En don Roque Esteban, una fe genuina le permite la maduración de ese lazo de niño a madre, tornándolo feliz tránsito hacia la libertad interior. La respuesta que se conquistó en buena lid, la registra el final del poema singular: “Variación de llamarla María”:

*“Pensada fue María para un Hijo y todos los hijos de ese Hijo,
llamados hijos más allá del reniego y del pecado,
para que hubiera Madre
siempre y para siempre”.*

Detengámonos en el verso: “y todos los hijos de ese Hijo”. El “todos” es una ventana de universalización. Aquí hay apertura de libertad. La escala permite pasar de la madre magallánica a la Madre del Gólgota y del Cenáculo. La fusión no disolvió el primer rostro. Lo transfiguró en alteridad auténtica. Así se le percibe en el poema “Mujer de la esperanza”, donde los dos espejos se miran jerarquizados, donde jugando, los dos nombres se cubren y descubren:

*“María de la Esperanza,
espérame...
Hortelana de luces,
cultívame.
Mujer de la esperanza,
olvídate.
Dame a nacer de nuevo.
Amén”.*

“Dolor que desespínarse ansía...”

Pareciera que anduvo por zarzales, casi como si se hubiera revolcado en un algarrobo tronchado, al borde de un pedregal. Mucho punza. Las púas le persiguen para clavarlo. También hay una “cabeza de cactus”, que está a punto de herir un brazo.

Incluso, cuando la Virgen María amamanta, lo hace “por su flor entre agresivas espinas, porque fue Madre”. Con razón esas manos, que “tengo espinadas de lágrimas”, tienen anhelo de ser desespínadas por el cielo. El dolor es un espolnazo, un acicate del cual quisiera ser eximido, pero que sólo se resuelve en un salto hacia delante. La plata de las lágrimas se compone en el redondel espinudo de la espuela y, como siempre, el corcel, aguijoneado, logra su mejor altura. Este símil es una rigurosa biografía de Scarpa.

“Camarero de la soledad”

Cuando terminábamos nuestro diálogo en su biblioteca, la luz andina ya se extinguía en la plaza de la Alcaldesa. Tomó la pluma y me dedicó un par de libros. A “El laberinto sin muros” le implantó una sentencia calificativa y una palabra desveladora: “Este libro, suma de mí en el mundo, preparándome”. Me fui con el volumen, apretándolo bajo el brazo hacia los muelles del Rin.

En aquella “suma” de don Roque está el poema “Camarero de la soledad”. En él se describe una mesa generosamente servida. Es como una pintura que los historiadores del arte llaman de “género”, tan propia del Renacimiento holandés. Los objetos tienen peso y transparencia. Como en tales lienzos detallados, un memento mori flota en el espacio. Es tan patética la elegante soledad que, contra ella, suena seco un “sin embargo” del poeta:

*“Ningún comensal llega. Yo, sin embargo,
camarero de la soledad, a la esperanza sirvo”.*

No es un frustrado “Esperando a Godot” de Becket. Algo ocurre. Hay alguien sereno y enérgico. Pero no es conde, barón o rey en la punta de la mesa. Es simplemente el camarero. Pulcro, puntual, tácito, centinela. Camarero. Y el único verbo que sabe conjugar bien, es el que los meseros conocen, en todos los modos y tiempos: servir. Pero este Roque camarero sirve la esperanza. Toda la solemne soledad del comedor

vacío, no es el maldito fracaso de la fiesta. Es la “anápula” de Platón, es decir, la pausa. Ella precede silente al desborde de la música, a la jubilosa algazara del banquete: “a la esperanza sirvo”.

Allá, al borde del Rin, donde se juntan tres riatillos y se apoya un santuario románico contra el bosque, comprendí por qué el maestro Scarpa me había dedicado este libro con el escatológico “preparándome”. El camarero de la esperanza no tenía otra vuelta en la pluma, tenía que describirse como alguien en expectación: “preparándome”.

“Sabed, amigos, que jamás moriremos”

Quien conservaba literalmente su cuna infantil magallánica, como una suerte de macetero, debía probarse la cuna del ataúd, la canoa alacalufe del estrecho adánico hacia el definitivo océano trinitario. Pero tal operación no es una pirueta desgana. El ejercicio tiene ires y venires. Él lo confiesa: “Yo os he contado, amigos míos, cómo le huí al Señor. Y también os he dicho cómo es semejante a una manzana verde la vida del hombre. Pero os diré la verdadera historia de una muerte”. Eso sí que, en otra página, debe precisar que la fuga está relacionada con un temor exacto: “Antes, como llevaba la muerte dentro, consumiendo mi vida, la tenía miedo”.

¿Qué antes y qué después son estos? ¿Cuándo se sacó la putrefacta muerte desde el pozo del corazón? ¿Cuándo la arrojó lejos y pudo ser fiel aprendiz de libertad?

Hay huellas ostensibles, desembozadas. Aún más, hay marcas que el baqueano imprime deliberadamente en los barro frescos, para que todos los que confían en su bien saber, puedan seguirle. Escuchemos un testamento de “la manzana verde”, cuando prematuro se despide:

“Sabed, amigos míos, que jamás moriremos; que todo será una ausencia diminuta, un leve resquebrajarse en nuestra raíz de la vida, como el quejido breve de la manzana ya madura que, harta de sus mieles, goza con la recolección. No moriremos, amigos míos, sino que viviremos. Entre los

fuegos de Dios, entre las nieves de Dios, en sus mirares y en la puerta de sus labios. Como manzana ya madura, lejos del verde moceril, bocado ahora divino. Entre Dios, con Dios, para Dios, en Dios, hacia el amor pacífico y perfecto”.

Gracias, don Roque Esteban, el testamento obliga.

Lucio Gera, vinculado vinculante

Escribir sobre Lucio Gera me pone triste y me trae alegría. Esta cuestión de ánimo no es tangencial ni menos exógena. Creo que el pensamiento de Lucio es de tal manera arraigado a su experiencia vital, que la conversación acerca de los sentimientos y las emociones que él suscita pasan a ser hilo de la madeja.

La tristeza está relacionada con un tema eminentemente "geriano". Es el de la fugaz caducidad de la vida humana. Nunca olvidaré un diálogo que tuvimos en una heladísima casona de Buenos Aires con Lucio y Alberto Methol Ferré. Se hablaba de la muerte. Entonces Lucio cambió el tono y sin perder esa parsimonia cálida que suele darse entre amigos de barrio (¿por qué no inventamos la palabra "barriero" para adjudicársela a nuestro amigo?) nos dijo: "relean el testamento de Paulo VI. No tiene un ápice del optimismo banalmente resurreccionista de los teólogos o predicadores noratlánticos. Por él pulsa la angustia de ser mortal. Es un contemporáneo y es un clásico. Desde esa congoja, la fe lo proyecta en una esperanza pascual". La memoria me dice que tal recomendación era una confidencia autobiográfica. La identificación con Paulo VI era evidente y elocuente.

Otro recuerdo se engarza bien con lo anterior. Venía Lucio de un ministerio de consolación. Descendía de algún bus interprovincial, tras un largo viaje nocturno. Cuando lo interrogué acerca del motivo de su ocupación en ese lugar apartado, me contó que había preparado a un obispo amigo suyo, un discípulo, a bien morir. Las palabras exactas se me disolvieron entre los pliegues de alguna cortina por ahí (no en vano Borges hizo elogio de la memoria en su capacidad de olvidar, dejando así al descubierto lo medular). Lo inmarcesible es una espaciosa sensación de esperanza. Sin adjetivos me resumió la enjundia de su consuelo al moribundo. Pedí al Señor que la lección que Lucio me impartía sin pretenderlo, me arrojara y me calara. No eran sentencias memorizadas, pues creo que Lucio debe saber muy pocas cosas de memoria. Eran certezas después del mordisco oscuro que la fe necesariamente implica. Entonces la finura de las palabras de aquel día, adquirieron de por sí una virtud de permanencia.

Me he puesto triste ante el papel porque me duele que Lucio se me haya escurrido en alguno de sus fulgores que se iban con la tenue puntualidad con que se vuela todo lo humano. Tengo la impresión de que mi copa ha sido demasiado breve para tanto mar. Por otro lado, me alegro de veras, pues pocas veces he encontrado tanto magisterio que se ejerza con tan poca impostación de la voz o de la pluma. Discreto pero eficaz magisterio. Con qué sed recogía aquel grupo de lo más granado del pensamiento eclesial platense cuanto venía de él en aquella reunión, para mí inolvidable, de fines de abril de 1973. Con cuánta insistencia le rogamos que escribiera el texto sobre evangelización de la cultura en Puebla. Qué perdurable presencia tiene entre centenares de discípulos suyos que andan por el mundo caminando en alas de su impulso.

Lucio conoció bien lo que no había que hacer. De dónde había que despegarse y dónde había que acumular los materiales a dos manos. Pero no es un dialéctico. Es un nadador que se va llevando pegada al cuerpo la mejor agua que cruza. Ha conocido bien la escolástica, bien el pensamiento europeo, ha leído con provecho la literatura teológica y antropológica en los tiempos de profesor. Por ejemplo, se siente distante de Maritain en varias dimensiones, pero lo confirma aquello que Maritain ha escrito acerca del conocimiento poético. Esta adquisición no es colateral, meramente aditiva. Se puede decir que es una suerte de succión intelectual, pues, desde el horizonte existencial y popular, Lucio tenía que apreciar la ponderación que "el campesino de la Garonne" hace de la intuición sapiencial del poeta.

Gera también se aparta, como de la peste, del iluminismo en sus variadas formas. Lo huele desde lejos, lo desenmascara y le enrostra su cruel elegancia de castrador. Es un rechazo instintivo, visceral pero lúcido. Denuncia el espiritualismo que viene con el espaldarazo de lo más elevado, lo más sublime. Hay demasiada humanidad en Lucio como para aceptar cualquier forma de racionalismo. Lucio es un encarnacional nato. Siempre he pensado que esto tiene que ver con su madre, que para mí es una figura apenas presentida a través de contadas y tímidas develaciones de su hijo, sí sé que ella ha sido capaz de inspirar una fidelidad de columna hacia su persona.

En todo caso, lo encarnacional del pensador Gera tiene una raíz materna inocultable, que lo emparenta con la misma sangre del pueblo latinoamericano: María Santísima. En una ocasión me contó de una tesis que él había sostenido en clases. Como siempre me trasvasijó

sabiduría con tanta inocencia como quien mira de soslayo. Él había sostenido a sus alumnos que la religiosidad popular registra de modo patente la muerte de Cristo. Y de ahí la estremecida veneración al Crucificado y la insoslayable presencia del Viernes Santo.

Pero, a diferencia de tantos observadores y analistas, la Resurrección del Señor para Lucio no está ausente de la fe tradicional del pueblo. Tan sólo que al Sol del Domingo no se le puede encontrar en visión directa. Y por eso se le presume desaparecido. Según Lucio hay que otear hacia el espejo grande de la Inmaculada. Ella es la documentación vívida de la victoria sobre la muerte y el pecado en los registros del alma latinoamericana. Anoto este tipo de auscultación porque me parece característico del método geriano. Hay algo olfativo y una desconfianza de la percepción turística de tantos sociólogos. Y por otra parte, esa relación refleja de Cristo y María que se hace comprensible desde una mentalidad más ilativa que disyuntiva.

Pero, tal vez convenga intentar en grandes trazos una imagen de cómo Lucio Gera aparece ante nosotros los cristianos fineseculares. Por lo menos algunos elementos.

Él es quien nos deja un texto tan masivo e influyente como el que escribió sobre "Evangelización de la cultura en el Documento de Puebla" entre los números 385 y 443. En mi condición de secretario de la correspondiente comisión de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, puedo a estas alturas, dar fe que Lucio ha sido el gran inspirador, recolector y redactor de esos números centrales de Puebla. Lo llamo inspirador porque él fue la cabeza congregante y animante, junto con un Alberto Methol Ferré, de la llamada Escuela del Plata (así, por ejemplo, lo denomina Scanonne) o Equipo Argentino (como aparece en "Puebla e Iglesia en América Latina", de la Colección Pastoral Popular de Ediciones Paulinas 1973). Ese grupo interdisciplinario fue el que preparó el pensamiento que cuajaría lo más original y permanente de Puebla.

Fue el colector porque, durante esas semanas poblanas de enero y febrero del '79, acogió con delicadeza y respeto los aportes de cada uno de los miembros del séptimo grupo donde trabajamos. Además fue efectivamente el único redactor de todo el texto. Todos los demás éramos amanuenses o cooperadores desde el margen. Pienso que Lucio había

sido preparado providencialmente para definir y densificar un gozne clave de Puebla. Él es quien, en una reunión en el verano del '73, tenida en Mar del Plata, del Equipo de Reflexión del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), une los hilos aún dispersos y los anuda en coherencia. Allí nace un documento de trabajo que se tituló: "Algunos aspectos de la Evangelización en América Latina"²⁰. En breves líneas se contiene el germen de un aporte latinoamericano sustancial a la *Evangelii nuntiandi* de Paulo VI, quien en el N° 48 abordó por primera vez en un documento pontificio, el tema de la "piedad popular", en un contexto que presagia directamente el vuelo de Puebla en esta materia capital.

Él es quien, junto con otros compañeros de ruta, dará forma a la reflexión post *Evangelii nuntiandi* en el encuentro interdisciplinario en agosto de 1976 en Bogotá. La prehistoria es muy simple. Cuando Paulo VI preparaba la publicación de esa exhortación apostólica trascendental para América Latina, solicita al Secretario General del CELAM, Monseñor Alfonso López Trujillo, que en América Latina se ahonde y se despliegue lo que el Santo Padre estaba a punto de publicar en el citado N° 48. Esta fue la razón por la cual la Asamblea del CELAM en Roma, en noviembre de 1974, encomendó al Equipo de Reflexión convocar un encuentro sobre la materia. Los trabajos de tal reunión, los tenemos en un grueso volumen publicado y nos permiten reconocer el pensamiento de Lucio Gera en su madurez pre Puebla²¹. Hay párrafos característicos. No me resisto a copiar alguno: "En lo que se refiere a la religiosidad popular, no se trata de que la Iglesia la incorpore mecánicamente, sin discernirla ni de que solamente la conserve como elemento folclórico, sin contribuir a que esa religiosidad se inserte constantemente en la actualidad del curso histórico, de modo que resulte un elemento dinamizador. En este punto la religión enfrenta, desde hace tiempo, un fuerte desafío acarreado por la mentalidad científico-técnica" (p. 293).

Él es quien ayudó a mediar un pensamiento connatural y funcionalmente útil para un kairós de la autoconciencia de la identidad latinoamericana. Así fue con Eliade, Ricoeur, Tillich, Jung. En la sala del grupo séptimo de Puebla, que tenía por tema "Evangelización de la Cultura y Religiosidad Popular", había un pizarrón en el que durante esas semanas se escribieron diversas contribuciones y resúmenes. Sin embargo, permaneció durante

²⁰ Boletín Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) N° 18, marzo 1974.

²¹ Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), *Iglesia y Religiosidad Popular en América Latina*, N° 29, Bogotá, 1977.

todo el tiempo un dibujo que Lucio dictó al secretario y que fue una especie de esquema básico de todos los intercambios habidos. Era una graficación de la sentencia de Ricoeur acerca de la cultura. En una serie de círculos concéntricos se dibujaba aquello del “núcleo ético-mítico de la cultura”²². Por ahí se fue clarificando la relación entre religión y cultura, las mediaciones valóricas y una comprensión adecuada de lo mítico como articulación poético-histórica del alma de los pueblos.

Él es quien, visto desde este aquende los Andes, le cupo un liderazgo sacerdotal decisivo en un tiempo crítico. Él, junto con su hermano espiritual Rafael Tello, salvó humanamente hablando, a gran parte de una generación sacerdotal de la fascinación de algunas categorías marxistas a la hora de articular el pensamiento de la liberación. Ellos reaccionaron drásticamente en contra de una ideologización secularista que miraba al pueblo latinoamericano con un instrumental externo a él. Ellos vivían congenialmente con el pueblo una fe eclesial robusta, que les hacía inmune ante aventuras de una reflexión intelectualista muy proclive a radicalizaciones desequilibrantes en lo humano, en lo sacerdotal y en lo teológico. Lucio se atrevió a levantar la voz inoportunamente con postulados que significaban verdaderos golpes de timón en el flujo vital del pensamiento generacional. Y tenía conciencia de ello. Con una voz serena y firme, sostuvo en Bogotá en agosto de 1976, “nuestra afirmación implica el rechazo de las tesis secularistas sobre incompatibilidad radical entre la fe y la religión”²³.

Propuse inventar una palabra para aprehender al Lucio que queremos. No es antojadiza. Rememora un periplo a pie que hicimos una mañana de marzo por las calles vecinas de su casa en Villa Devoto. Sentí que ese era el escenario propio de Lucio: un hombre de barrio, un sacerdote en el barrio y un teólogo desde el barrio. ¡Con qué finura saludaba a los pasantes! ¡Cómo engarzaba los grandes despliegues desde los detalles! Por esto mi proposición de instaurar el vocablo “barriero” para él.

Pero no está cautivo del entorno cotidiano. Estando amistado con el paraje entrañable del día a día, se proyecta abarcador a los lugares distantes empapándolos de la misma

²² Ricoeur Paul, *Histoire et Verité*, París 1964, 286 ss.

²³ *Ibidem*, 279.

temperatura humana. Sabe abarriar lo que no es inicialmente próximo. Es la emisión de círculos concéntricos como el del guijarro que cae en el atardecer de la laguna (así era el dibujo en la pizarra de Puebla). Primero abarrió su Argentina, muy pronto nos enseñó la cordialidad barrera en toda América Latina. Sin parapetarse nunca. Siempre desde la última cumbre ascendida, señalando hacia la siguiente, hasta indicar al Aconcagua de la Trinidad.

También esto se me regaló vivirlo. Fue en una tímida toma de posesión suya allá en la margen del Rin. Estábamos en un simposio sobre el P. José Kentenich en Schoenstatt. Finalizaba septiembre de 1985. Me inquirió tan caseramente sobre aquel bello lugar, que percibí un deseo de entrar en un contacto hogareño con esas colinas, esos bosques y esas casas blancas y ocre. Para estar bien, él necesita lo más sanador que precisa nuestro tiempo: arrancharse, para decirlo con palabra mejicana. Creo que esa misma actitud es la que él vive respecto a la Iglesia Madre. Sin embargo, ese contacto cuerpo a tierra no es para enjaularse en la tradición. Es el atleta que se acuclilla como el resorte apretado antes de saltar. En un término propio del P. José Kentenich, todo esto lo llamaría afirmando que Lucio es un creador vinculado, es alguien con relaciones desde la intimidad personal, con lazos que configuran una red honda y estable siempre en una dimensión dialógica, jamás abstracta.

Él tiene vínculo local, vínculo con semblantes personales perfilados y con ideas acariciadas y asumidas en la meditación verídica. Él es un bienalojado, un arraigado esencial. Claro está, que de la raíz la savia remonta potente hasta la copa aérea y centinela. Podríamos decir que Lucio Gera es un barrero profético. Es un vinculado que ha sabido vincularnos a su palabra de visionario.

Semblanza del P. Esteban Uriburu

Sabiendo lo que el P. Esteban ha significado para nuestra generación sacerdotal, envié unas palabras rápidas por medio del fax. Ellas fueron leídas en la noche de vigilia ante su ataúd.

Sabíamos que podía ocurrir cualquier día de estos y, sin embargo, es un dolor tan grande. La esperanza no nos quita la pena de la ausencia. La esperanza es ir más allá, pero nuestro padre Esteban tenía una forma tan viva de estar presente que su partida, con necesidad, nos hace vivir unos días de Gólgota. Sobre todo, si rememoro esa tarde tan reciente cuando hablamos de la misteriosa vida suya. Lo dije al salir de él y lo reitero. Tuve la clara sensación de que nuestro hermano estaba viviendo en los dones del Espíritu Santo. Por un lado, era evidente que sufría en el cuerpo y en el alma y que el hilo era muy tenue, del cual estaba pendiendo. Ese hilo negro pero firmísimo de la fe. Y por otro, una certeza interior de las realidades invisibles, y un gozo suprahumano que traslucía una victoriosidad de certeza. ¡Qué alegría la nuestra, de ser sus hermanos y de haberlo querido tanto y de que él haya creído en nosotros cuando era muy oscuro! ¡Qué historia abrahámica la suya “numerosos como las estrellas y las arenas”! Sí, todo lo suyo tuvo una inmensa resonancia por el corazón de la Reina.

Sé que son muchos los que están con nostalgia de su sonrisa, de sus palabras, de su ejemplo cercano. ¡Qué gran padre! Nosotros sabemos también ¡qué gran hermano! Sólo quiero que sepan que les acompañó en el sufrimiento y en el abrir la ventana hacia el cielo, “donde está tu tesoro, ahí está tu corazón”. Ahora está de fiesta con el padre José Kentenich, con Juan Pozzobón, Mario Hiriart, Bárbara Kast. Con sus amigos, los santos.

Es imposible no leer la coincidencia del calendario. Fue llamado un 12 de octubre. “Cristóbal Colón”, lo llamaba nuestro padre José. Y descubrió y descubrió y descubrió. Fue un gran audaz y un gran conquistador de mares desconocidos y las dudas, mejor dicho, las preguntas afluyen naturalmente, ¿habrá otros conquistadores para otros

horizontes? ¿sabremos ocupar los territorios que él abrió? ¿podremos sembrarlos y edificarlos? ¿seremos fieles a su herencia tan múltiple y exigente?

Tengan la certeza de que sus hermanos chilenos estaremos presentes cuando hundan su cuerpo en la tierra del Sión del Plata. Me ha dicho alguien que le quería: "Tan fundador ha sido que también inaugura de un modo muy real ese cementerio". Pionero en todo.

Teresa de Lisieux, Doctora descomunal

Teresa significa palabra de Dios. Han explotado las Teresas salpicándonos a todos con sus ecos punzantes y olorosos. Teresa de Calcuta no termina de irse, más bien está recién llegando. Su silueta de semilla, de pasa ardiente dará mucho jardín y mucho vino. Al torreón de Teresa de Ávila se retorna desde los cuatro puntos cardinales: la fe, la sabiduría, el idioma y el gracejo. Nuestra Teresa andina es un secreto a voces, memorial alegre de ese “el amor es más fuerte” que gritó Juan Pablo II, albo profeta entre la humareda del Parque O’Higgins.

Entre tanta luz, pudiese ser que se nos escapase la perla viva de Teresa de Lisieux que ahora el Sumo Pontífice declara Doctora de la Iglesia. Aunque a esta carmelita normanda San Pío X, en 1907, la llamó “la santa más grande de los tiempos modernos”, todo lo suyo tiene un velo de discreción. No en vano le encantaba la nieve porque descendía sobre la tierra quedamente, sin el cantarino gorjeo del agua. También ahora su declaración como Doctora de la Iglesia nos llega en Chile con tal vez demasiado silencio, lo que a ella para nada le incomoda. Ya en vida fue así.

Varias compañeras muy próximas coincidirán con el decir de Leonie, hermana carnal de la santa, cuando comenzaban los intentos de abrir el proceso de canonización: “era muy amable, Teresa; ¡pero de eso a canonizarla!”. Y sor María de Gonzaga, quien fuese su priora en Lisieux, en vista de una eventual canonización exclamó riendo “en ese caso, ¿a cuántas carmelitas habría que canonizar?”. Es mucho más que una anécdota de percepción fallida. Teresa de Lisieux viene a desmentir un afán innato de espectacularidad como demanda al candidato de santo.

Un periodista, a ratos jocoso, de la radio Rock and Pop, lo expresó en una referencia al chileno Mario Hiriart: “me parece un hombre tan normal, que querer canonizarlo sería abaratar la santidad. A mí me gustan esos santos que llegaron a serlo, arriba de una columna o en una cueva maloliente; la santidad debe ser algo auténticamente descomunal, excéntrica”. Pero los santos, mordientemente actuales, serán los héroes de una vida cotidiana traspasada de ardor y fe. Serán vecinos corrientes y molientes

que festejan aquello que en latín se llamó la “sobria ebrietas”, una embriaguez serena e inaparente. Teresa del Niño Jesús vive y muere poseída de pasiones interiores flamígeras, hasta volcánicas. Mas, por fuera, se aproxima en puntillas como la discreta nieve que suele bajar a los techos de Lisieux desde los mares del norte.

Fue tal el fervor por ella de comienzos de siglo hasta finales de los años cincuenta, que el estilo de entusiasmo romántico que la envolvió, entró en crisis. Hacia el final, Cesbron, agudo dramaturgo, escribió un libro como proclama exigente, lo tituló “Quebreemos la estatua”. Quería romper el yeso para llegar a la persona de esa profetisa joven. Estaba cansado de almíbares y pétalos rancios. Se había dado una cierta exaltación angelicalizante que Six y otros hagiógrafos movieron reactivamente el péndulo extremo hacia lo psicológico y lo sociológico. Se sustituyó la iconografía de dejos monjiles por el verismo de unas fotos que, tardíamente, se hicieron públicas hacia 1960 para grata sorpresa de muchos. Estos son vaivenes inevitables en la historia siempre limitante y condicionada de los gustos de las sucesivas épocas.

Ahora, al cumplirse los cien años de la muerte, ya estábamos en condiciones de aquilatar a la hija de un sensible relojero y de una diligente pequeña empresaria de bordados en Alençon. Teresa es una mujer pasmosamente contemporánea de un Heidegger y de un Sartre. Ella sintió con estremecimiento la congoja de ser lanzada a la existencia. El atroz combate de la fe no le fue ahorrado en ninguno de sus callejones abisales. Tanto se oscureció el destello titilante, que un día extrajo su propia sangre para entintar la pluma y escribir con pulso firme el Credo de la Iglesia. El papel de roja escritura lo llevaba sobre su pecho, para apretarlo contra los latidos en lo más oscuro de lo oscuro, reencendiendo en ese doloroso pedernal, su lámpara de esposa en vigilia.

Doctora, es decir maestra insigne. Hay sólo dos mujeres antes que ella con tal reconocimiento, desde que Paulo VI en 1970, proclamase con tal título, a Teresa de Ávila y Catalina de Siena. En los años posteriores no ha cesado el oleaje de peticiones a la Santa Sede en este sentido, incluyendo las Conferencias Nacionales de Obispos de Francia, Argentina, Brasil, Chile, Canadá, Suiza, Australia, Japón, Filipinas, muchas de África y otras más. En septiembre de 1993, el Cardenal Primado de Brasil señaló una dimensión de particular filo: “Será ella la más joven doctora de la Iglesia, más joven todavía que Catalina de Siena, que contaba ya treinta y tres años. El mundo entero, que tiene a su haber a tantos jóvenes y que, a veces, está solícito de los caminos que los

jóvenes siguen, este mundo ganará mucho si logra tener un Doctor de la Iglesia que sea mujer y joven, en el umbral mismo del tercer milenio”.

A sus veinticuatro años dejó Teresa, una herencia de magisterio centralísimo. Vino a remecer piedades enfermas de moralismo (entre la gente más simple) y ascetismo (entre los más refinados). Su doctrina del abandono filial, de vivir como niño confiado, de la primacía de la misericordia, hirió de muerte al jansenismo trasnochado que nos presentaba tan unilateralmente al Dios de “tremenda majestad”. Teresa es el aire matinal del evangelio, en el que toda la reciedumbre de la cruz se espeja en la flor de un niño, inaugurando de nuevo cada día el amor.

Si esta Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz enseña que lo más grandioso es tan simple como el primer pan o la última estrella, debiéramos convocar en su Doctorado alguno de sus juguetes, que siguen siendo versículos de su evangelio. Por lo menos dos juguetes: el “caleidoscopio” y el “tombi carabi”. Aquel caleidoscopio, insosteniblemente, la intrigaba por su magia. Hasta que lo desarmó buscando el secreto de aquel colorido incandescente y sinfónico. Un día lo desarmó entero. Con los trozos en las manos, descubrió que ese catalejo de maravillas, no era más que tres espejuelos que reflejaban la miseria de unas briznas de suyo insignificantes. Fue ahí cuando entendió que, si bien somos existencias mínimas, al proyectarnos por el amor en el triple espejo de la Trinidad Santísima, pasamos a desplegar historias magníficas de cautivante esplendor.

El otro juguete fue aquel que las hermanas Martin denominaban en el chalet de Les Buissonnets, en lenguaje propio de casa, “tombi carabi”. Era un “mono porfiado” de esos que, cuando se les voltea, se yerguen invictos desafiando al mundo con una incólume sonrisa. El papá Luis, que llamaba a Teresa “mi reinita”, le dejó en las volteretas resurreccionales del “tombi carabi”, una lección de esperanza cristiana que la “reinita” jamás olvidaría: por el peso del amor, cada vez que yo caiga, el Padre me levantará. (San Agustín, con su genio de síntesis verbal, había escrito: “Amor meus pondus meus- Amor mío, peso mío”. Peso que nos resucita.)

Santa no común, des-comunal en lo común. Quien llegó a ser una predilecta de los Sumos Pontífices de este siglo, la dulce hermana de innumerables soldados en la guerra del catorce, la Patrona Universal de las Misiones, es desde este octubre, Doctora del "pequeño camino", de la buena noticia del corazón de niño. Ella nos dice que ser cristiano es existir invictamente como hijos en el Hijo. Ella nos enseña que la angustia del hombre se vence con más riesgo, con el salto descomunal de la fe borrascosa y redentora.

Lady Di junto al Puente del Alma

La nostalgia de la princesa

Alma se llama el puente. Es túnel el túnel. Diana, la princesa que yace entre los desechos del Mercedes Benz S-280. El "play-boy" es egipcio, según el pasaporte. El chofer ebrio y Al-Fayed han muerto en el mismo instante. Con la vida de Diana lucharon los médicos de la Pitié Salpêtrière, masajeando su malherido corazón durante dos horas. El egipcio produjo el film "Carros de fuego". También produjo lágrimas en el rostro patético de la modelo Kelly Fisher, porque el "espectacular anillo de diamantes" que el egipcio le había regalado no bastaba para consolarla.

Un puente reúne dos orillas. Un túnel queda cerrado cuando siete motoristas se arman de siete cámaras fotográficas y siete zooms con forma de cañón y disparan en la oscuridad. La boca negra se taponea de fierros retorcidos y de coágulos de sangre. Es una tela de araña granate que impide la circulación de coches tipo familiar con un papá, una mamá y unos tres hijos. Pero esta gente es demasiado idílica para andar a las 12.40 de la noche. A estas horas andan sueltos los paparazzi con entrañas tan impúdicas que no trepidan en ningún artilugio, con tal de recoger un beso o el rostro descompuesto de una princesa que ellos apretaron contra el muro de un túnel en la "rive gauche" del Sena, cual cucaracha en el piso sucio de una cocinería.

Berlín, 1986 y Nefertiti

Túneles que se cierran por dentro, sin salida. Puentes, puentes inútiles. Noche oscura del alma en el puente del Alma de París. Cerquita de ahí, al pie de la torre de Eiffel, todavía se percibe el canto y el color de 600.000 jóvenes viviendo a Juan Pablo II, en este increíble agosto de 1997. Una princesa, o una reina, o una emperatriz, muerta "como de un rayo", siempre es personaje de fábula, vestal de algún mito. Llámese Sissi, al borde del lago de Ginebra o la dignísima reina Astrid en la margen del lago de los Cuatro Cantones en Küsnacht. Lady Di, imagen de la desgracia. La vi una tarde de 1986

en Berlín desde muy cerca. Revisaba tropas de un regimiento inglés en la tensa capital de la guerra fría. Lo primero que retuve fue su altura. Espigada, esbelta era. Y, ¡qué tímida! Cada vez que terminaba uno de los ritos preestablecidos, en el breve intervalo antes de iniciar el siguiente, su pie derecho se retrasaba vacilante y los hombros se encogían muy fugaces. En ese segundo de verdad, creí descubrir un gran desvalimiento que entonces me desconcertó.

Cavilando sobre su semblante entré al Museo de Berlín. Dentro, en cámara oscurecida, en una vitrina donde se sostenía el aliento pasmado, pude ver a la perfecta Nefertiti. Algunos libros dicen que es el rostro más hermoso de la historia. No venía al caso comparar a la princesa venida del Támesis con la reina que navegaba desde el Niño. Con todo, Diana seguía siendo hermosa después de haber mirado a Nefertiti.

La bomba de racimo de los escándalos comenzó a estallar algo más tarde. Los noticiarios nos acostumbraron a los tortuosos caminos de la joven madre. Era evidente que entre ella y Carlos había diferencia de temperatura cordial. Pero, ¿quién podría decir cuál era el hilo del drama entre ellos dos? Bulimia y anorexia alternadas, o mutuamente potenciadas, intentos de suicidio, recurso a consejeros y videntes más ciegos que su propia oscuridad. Gestos de ternura y aproximación a Teresa de Calcuta y las respuestas cálidamente maternas de la religiosa...

¡Tanta imagen que se agolpa comprimida en el nudo ciego del túnel! Necesitamos un texto a pie de foto. No puede ser que esta iconografía se vaya sin palabras. Precisamos comprender un poquito para no enfermarnos. Pero todo está demasiado reciente. Gracias a Dios la oración es un acto de libertad que puede ejercerse también dentro de los túneles. Si Diana se hubiera adelantado unos cuantos días y Juan Pablo II se hubiera retrasado otros pocos, habrían coincidido en ese borde pétreo del subsole y del subterráneo del Sena. Juan Pablo II dijo que Eiffel había construido su torre, tan vecina al trágico lugar, para señalar hacia el cielo a los jóvenes peregrinos que cantaban y aplaudían. Estoy seguro, esa Diana, que olfateó una respuesta en Teresa de Calcuta, habría fijado bien su rumbo si hubiese podido sentir el calor transparente de esos jóvenes, más parecidos a ella que a ese mundo hieráticamente programado de Buckingham.

Demasiado rápido

Alma se llama el puente y puente se llama el alma, querida Diana. La simpatía que te tengo desde Berlín no me la borró la retahíla de episodios tristes y feos. Además, todo lo supe por fuera, pues no tenía puente directo hacia tu alma. Varias veces me recordaste a un desgarrado poeta español. Partió él su recorrido orando fervorosamente, para terminar en una rabiosa amargura prometeica de marxista español. Ese Blas Otero escribió por ahí que, cada vez que golpeaba la puerta de un amorío, estaba dando un aldabonazo a la puerta del corazón del Padre de los Cielos. Lo buscó y lo buscó sin poder asirlo. Tal vez sufría la compulsión por un Dios demasiado concreto y vecinal. Ya san Agustín de Hipona había descubierto que el mar de la Trinidad no cabe en la poza de un niño jugando en la arena. Siempre pensé que te ibas demasiado rápido hacia los brazos abiertos que se te ofrecían, que eras demasiado sedienta en la congoja de tu soledad y que las lámparas de lágrimas de Buckingham te habían mojado, con fina elegancia, tus tuétanos temblorosos. Otero le dijo a Dios en un soneto: “Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas”. Y en otro, cortó el verso con endecasílabos de advertencia: “Mira, Señor, que tanto llanto, arriba.../ amenaza cubrirnos con la nada”.

Si hubiese habido tiempo, Teresa de Calcuta te habría explicado, cómo tras esos abrazos de profesores de equitación, o de un paternal millonario en retirada, o de este Al-Fayed de la última cena del hotel Ritz, del N° 15 de la Place Vendôme, tú estabas persiguiendo al Esposo inasible. Si hubieras tenido algo de esa calma propia de la India, que tanto place a Teresa de Calcuta, ella te habría consolado con la verdad. Te habría dicho que el desengaño por aquel canalla que vendió a los editores las intimidades contigo, era un auténtico des-engaño, es decir, un despertar del engaño. Te habría recordado la experiencia de un fogoso, como tú, que dio harto tumbo por ese mismo Mediterráneo que tú surcaste en el yate de la familia de Dodi Al-Fayed. Te habría citado al cartaginés san Agustín en sus Confesiones, con una frase que muchos saben de memoria y, sin embargo, sigue siendo imperiosa: “inquieto está mi corazón hasta que no descanse en ti, Señor”. Entonces tú también te habrías apropiado de su grito: “¡Tarde he llegado a amarte, Belleza tan antigua y tan nueva!”.

Todos los lenguajes

Diana es una ilustración dramática de este final de milenio tan descalabrado. Un portavoz del palacio de Buckingham ha dicho que el fatídico accidente “era previsible”. No es claro lo que desde aquella torre vieron y previeron de tu vida y de tu muerte. Se tiene la impresión, que si algo vislumbraron, no les sirvió de mucho a la hora de sostenerte contra el viento.

Los cuatro jinetes de tu personal apocalipsis son siete paparazzi a caballo de sus motos, arrojando haces encandilantes en contra de tu coche. Ellos respondieron inmisericordes con una risa metálica a cada gemido de tu privacidad violada. También a ellos les pagaron 30 monedas por cada vez que te desvelaron. Tales fotografillos no lo saben. Puede ser que tampoco tú hayas tenido noticia vital de ello. Pero cada vez que te escupieron con un flash y cada vez que te desvistieron, estaban lacerando y desnudando a Cristo. Este es el título de nobleza que ningún divorcio, ni ningún arreglo de abogados puede anular.

Cuando tu hermano Blas Otero balbucea: “¡Ponnos, Señor, encima de la muerte!”, estaba implorando por ti. Ciertamente, el Dios vivo escuchó. Él descifra todos los lenguajes. También esa forma tímida con la que se inclinó tu cabeza entre los fierros retorcidos del túnel clausurado. En esas tremendas noches, o en esas interminables visitas a los consejeros impotentes, él supo entender que todas tus preguntas eran una, la de la esposa del Cantar de los Cantares: “¿Habéis visto al Amado de mi alma?”. Él, misericordioso y misterioso en sus caminos de perdón inmenso, ha comprendido que con ese hilillo de sangre tuya sobre el tapiz del automóvil, tu ángel escribió vicariamente la sentencia de aquella esposa del Cantar hebreo: “Hallé al Amado de mi alma”. Por eso es que el Señor quiso que la cita fuese junto a aquel puente que lleva por nombre el de una batalla de la guerra de Crimea, pero que más allá del humo de la pólvora, dice todo en cuatro letras: Puente del Alma.

Sor Teresa, misterio y cercanía

Un ovillo de lana blanca, un puñado de pasas en lo hondo de la palma de la mano del Padre Celestial, un ícono caminante, una torrecilla de trigo... ¡cuánto más es nuestra Teresa de Calcuta!

La veo bajo el dosel levantado en lo alto de la escalinata de la plaza de San Pedro en Roma, blandiendo con picardía el índice al mismísimo Juan Pablo II y reconviniéndolo con una sonrisa de hija. Fue en la Primera Jornada Mundial de la Juventud cuando pude estar cerca de ella algunos días. Mientras predicaba el Santo Padre, ella hacía correr las cuentas del rosario en oración. Tenía una forma de presencia-ausencia insólita. En parte era por la edad y por su asimilación a la noble parsimonia oriental. Pero sobre todo, por estar siempre titilando como cirio ante el acatamiento del Dios vivo. Al hablarle una persona, ella demoraba un tiempo en responder e iniciaba el parlamento al modo de alguien que aterriza desde un aire azul. También puede decirse que ella nadaba en una alberca y cada vez que se le requería, debía primero salir a "esta ladera" (Dámaso Alonso). Eso sí, no se aproximaba nunca con mal humor. Venía con dulzura silvestre y con ademán de consolación. Le hablé simplemente por el sabor de vecindad. Le pasé mi rosario para que lo estrujara un poco entre los dedos, con la esperanza de que sus granos dieran mejor harina y mejor vino.

Mientras veíamos repletarse la plaza de San Pedro con jóvenes y más jóvenes del mundo, un pequeño grupo en torno al altar papal intercambiamos saludos e impresiones. Ella era más bien un aerolito. Nadie más de cuantos ahí estábamos tenía la composición molecular de esa roca enjuta, seca y flamígera. No. Tenía un gemelo, el único vestido de blanco como ella. Se alargaba aquel prelude de ceremonia en el Domingo de Ramos de 1985. En algún momento, el Papa se le acercó y hablaron algunas frases. En seguida, cada uno volvió a lo suyo: Juan Pablo a acoger, ella a las cuentas del silencio que revivían la romería de Cristo y su Madre por la tierra.

Esa tarde, algunos catecúmenos traían inmensas ramas de palma y el viento las hacía oscilar como mástiles de una primavera que estaba a punto de estallar, en una Roma

todavía con algo de aire fresco. En un momento, las palmas se sumaron construyendo unos arcos de gallarda alegría. La plaza vibró en el unísono de la fe y del fervor por el Papa tan profeta.

Junto al altar nos quedamos en silencio. La ovación se prolongó en un eco reduplicado. Los brazos del Pontífice respondían con un afecto que congregaba a todos. Teresa detuvo el rosario (salió de la alberca) y recorrió con los ojos la plaza entera. Entonces, sonrió como si una catedral descorriera su vidriera mayor y soltara todas sus palomas y sus inciensos para bendecir. En la sonrisa, el Papa y ella volvían a establecer el encaje de una finísima complicidad que se sentía sustancial y larga.

Esta evocación no sólo alude a una confluencia de dos intimidades creyentes. Es también la percepción de una coherencia profética entre un varón y una mujer que son broche final de milenio. Dos banderas discutidas, retadoras. Dos brújulas entre el griterío y el oleaje. Uno que en la Eucaristía consagra y otra, que recibe el Cuerpo y la Sangre. Un maestro de la fe y una discípula de la caridad. Los dos vienen de países que en este siglo fueron sometidos por el ateísmo militante (no hace nada que arrojaron maniatado a un lago de Polonia a Popielusko, y en Albania asesinaron a un sacerdote, simplemente, por bautizar un niño).

Los dos de talar blanco tienen parentesco con León Bloy, "son peregrinos del Absoluto". Ante tanto diosito de bolsillo, hecho a imagen y semejanza de la real gana, o de las ocurrencias ocasionales de algún comentarista engolado, ante tanto propósito bien intencionado pero descaminado, ante tanto fogonazo insuficiente... surgen dos venidos de la frontera eslava y balcánica, abriendo unos ojazos pasmados en plegaria ante el Inasible. Fe robusta.

Juan Pablo y Teresa son las dos jambas, las dos columnas del portalón hacia lo que viene. Son las afirmaciones necesarias de la trascendencia infinita de Dios que ahuyenta todas las formas del jugueteo frívolo y difuminante de lo religioso. Por eso, ella no deja de orar, ni en aviones, ni entre la multitud de los jóvenes, ni en la Academia sueca al recibir el galardón del Nobel. Esta primacía incombustible del Dios vivo es la esencia misma de la profecía de ambos.

Sin embargo, el núcleo de la fe cristiana es la afirmación del prólogo de san Juan: "El Verbo se hizo carne". Verbo, Palabra sin tiempo ni coacción. Verdad antes de cualquier big bang. Existencia sin término alguno. Pero carne hebrea, pequeña pulsación en la

entraña de Miriam de Nazaret. Humano en todo, menos en el pecado. Uno de nosotros con todos los gestos de la vida, incluso del de morir nublado y entero. Juan Pablo y Teresa tienen la madera de tal árbol. Verbo en la carne, trascendencia en la inmanencia, debilidad en lo cotidiano minúsculo y fugaz.

Así como sería absurdo reducir a Teresa de Calcuta a una suma de anécdotas sin alma creyente, también es falsedad disipar las encarnaciones vecinales de su amor. Los pobres de la India, los desamparados de cualquier esquina del planeta, la solitaria Lady Di, no son relleno, comparsa de su biografía, son enteramente necesarios en su camino encarnacional. Por eso con toda seriedad, Sor Teresa sostiene que cada pobre es para ella un profeta. Por la misma razón, la sonrisa es una exigencia sustantiva de la fe en su programa de vida.

Nuestro mundo, que busca locamente encarnaciones contemporáneas del Verbo, la reconoce como guía de muchos; aunque otros se mofen de ella, en especial porque ha sido intransigente al defender la vida humana dentro del claustro materno.

Historias de encarnación del Verbo encarnado. Escuché dos directamente de quienes la vivieron con ella. Son dos obispos de nuestro tiempo. Tienen su gracia y punzan saludablemente y las traigo. El pequeño filipino Edmundo Abaya, obispo de Laoag, fue el primer obispo nombrado por Juan Pablo II. Culto, valiente, enérgico, también quiere ser santo. A la salida de la recámara papal, se topa inesperadamente con Teresa de Calcuta que transita por aquellos ámbitos como si chapoteara entre charcos de algún suburbio asiático. El filipino, aún estremecido por el encuentro con Juan Pablo II, enhebra conversación. Tras algunos minutos le aflora una pregunta que él plantea con una apertura filial: "¿Qué es lo más importante que debe hacer un obispo recién ordenado?". Ella, con sus labios de mapa antiguo, musita una sola recomendación: "Sonría, Monseñor, sonría siempre".

El otro testimonio de encarnación viene de un obispo checo que conoce mucho de los bordes mismos del martirio. A este Paul Hnilica lo persiguieron acosándolo hasta el agotamiento. Se desplazaba bien por las galerías de la clandestinidad hasta que llegó a

Roma. Desde allí ayudó a los que vivían en los países cárceles. Acostumbrado a otro tipo de combate, lo arrastraron, algunos mafiosos, en una cuestión marginal, al descalabro del Banco Ambrosiano de Milán. Fue pura ingenuidad. Quería salvar la honra de un amigo y su candidez lo enredó. Fue juzgado, condenado y sobreseído el mismo día. De antiguo héroe de la Iglesia perseguida, pasó a ser nombrado en las mismas páginas donde aparecían tramposos y maleantes. El dolor era inmenso en el corazón de este hombre bueno. Él tenía vieja amistad con Teresa de Calcuta. En la tarde del día fatídico de la condena, la religiosa lo visitó. Se miraron y ella, con tono explicativo, le dijo: "Eso fue un beso de Jesús... Y para que a uno lo besen, hay que estar muy cerca". No se puede decir nada mejor sobre el sufrimiento cristiano.

La trascendencia inmanente, el misterio insondable de la orante que se aproxima para aliviar la herida de un menesteroso. Tal es el secreto de esta Teresa tosca, que fundó ciudades de alegría por los continentes de la desolación. Afirmó, recién ahora, que ella y sus religiosas orarían intensamente dos días por el descanso del alma de Diana y por sus hijos. La blanca viajera del rosario quiso de verdad a la llagada princesa. La tosca a la bella. ¿Se equivoca aquel sencillo mandadero que, mirando ante un quiosco el titular de La Segunda, comenta: "la Madre Teresa se fue al cielo para pedir por Diana"? Sería un vuelo benéfico de la religiosa, el último triunfo de su instinto de misericordia.

El Tríptico Romano de Karol Wojtyla

Este hecho poético

Terminaba en Roma, justo hace veinte años, el coloquio titulado "Karol Wojtyla, filósofo, teólogo, poeta". Una cincuentena de participantes formaba un corro en torno a Juan Pablo II, que recibía con la cabeza gacha e inclinada los saludos de los convocadores del coloquio. Al responder, habló con frases breves. La voz algo azorada. Se percibía que al Papa le turbaba la variedad de expertos interesados en esas tres facetas de su obra. Entonces dijo, más o menos así: yo no sabía que mis escritos contenían todas estas vetas que ustedes han descubierto.

En aquel coloquio, al poeta Wojtyla lo presentó un reconocido eslavista, Jan Blonski. En la tercera sesión de trabajo había sostenido: "su poesía, difícil de descifrar, tiene a menudo un carácter abrupto y desconcertante. En efecto, ella no se parece a ninguna otra, desdibujando continuamente el límite entre el discurso meditativo y la expresión lírica...". Esta dualidad no es ambivalente, contradictoria. Emanaba fundida en la producción propiamente literaria del autor.

La dualidad se refleja en las traducciones del polaco del "Tríptico Romano". Tienen ellas diferentes subtítulos. Así, por ejemplo, en castellano se les nombra como "poemas" y en alemán se prefiere decir "Meditationen". Es que el texto porta en sí esa complejidad. Los germanistas gustan de hablar de "Gedankenlyrik", una lírica de pensamientos.

Giovanni Reale (curiosamente en la edición española se omite su nombre), quien escribió un excelente comentario que se incluye en todos los idiomas, aborda la justificada pregunta sobre si estos densos textos wojtylianos son propiamente poesía. Reale se apoya en T. S. Eliot. Este se remonta al caso del Dante y sostiene que trata "los conceptos filosóficos no como materia de discusión sino como materia de visión". Nos dice Reale que el género literario del Tríptico Romano sí es poético, porque nos comunica "una imaginación visual", porque es mediador "visionario" y no sólo alguien que se expresa meramente "en conceptos" como el filósofo y el teólogo. La categoría propia de lo poético sería entonces la imagen de la "visión". Y, agreguémoslo desde ya, esa imagen

trasunta temblorosamente la inmediatez del misterio. Lo narrativo está transido y trasmutado por la "visión" que le imprime su carácter estético.

El lector no puede obviar un dato para la comprensión del Tríptico Romano. Karol Wojtyla había afirmado en varias ocasiones que no volvería a escribir poesía. Al parecer, tenía la impresión que ese arroyo había dado ya toda su agua. Probablemente el cauce poético, sentía él, había cedido su lugar expresivo a otras formas de la comunicación. Tal vez, el Papa como maestro de la fe, como predicador incesante de multitudes, experimentaba que el impulso a pronunciar líricamente los contenidos ya no retornaría. Todo parecía dicho en el profuso ejercicio de su magisterio. Pero no fue así. El estro lo visitó inopinadamente. La pluma corrió por la hoja blanca con su letra pequeña, ágil, apretada, en líneas casi siempre ascendentes. Así nació este poemario de tres cuerpos. Donde se trata de un arroyo, del mensaje de la Capilla Sixtina y del Monte Moria.

La traducción castellana, está hecha por un polaco, Bogdan Piotrowski, que trabaja largo tiempo en Colombia. Para quienes no conocemos el idioma materno del Papa, esta versión, por venir de un polaco, nos asegura una ceñida fidelidad al original, propósito firme de Piotrowski. La calidad poética es susceptible a valoraciones diversas. Si se compara la castellana con traducciones a otros idiomas, se tiene la impresión que en algunos pasos se nos lleva por planicies donde el original alcanzaría vuelos más libres y sugerentes. Por ejemplo, en el cántico tercero de la tercera parte, el uso del vocablo "sacrificio" suena en una reiteración innecesaria y fatigante. Con todo, hay que retener que el poeta exige dar saltos a los mismos polacos. Por ejemplo, cuando crea un bello neologismo al inicio del primer poema. Habla de "la bahía del bosque", evocando marítimamente el conjunto arbóreo, la mancha verde que se adentra en un paisaje de otra calidad cromática. También, al oído polaco le llama la atención, algunos giros que le daría un dejo de contemporaneidad cotidiana. Sucedería así al decir simplemente "la Sixtina". Respira aquí, con probabilidad, la inmediatez vecinal de Juan Pablo II con ese espacio mayor del Renacimiento.

El primer cuadro del retablo se titula "Arroyo". Con esto escoge la metáfora más recurrente y significativa de todo su quehacer poético, el agua. Más precisamente su metáfora predilecta es "el reflejarse de una imagen en el agua, en el cristal o incluso en el ojo del hombre", tal como lo anota Rocco Buttiglioni, en su clásica obra *Il Pensiero di Karol Wojtyla*. Hay en la lírica wojtyliana una continua alusión al pozo de Jacob en Sicar (Jn 4,5ss.), junto al cual Jesús dialogó con la mujer samaritana. Para Buttiglioni esta metáfora desvela la gracia santificante, penetrando la conciencia humana para permitir que sea "conciencia auténtica de la verdad".

Esta primera parte del tríptico está formada por dos poemas muy logrados, en los cuales se decanta una síntesis de la metafísica y de la teología personalistas, tal como se expresa teóricamente en el libro *Persona y Acto* de Wojtyla. El primer poema es de una belleza clásica, conmovedora por su simplicidad y por un manejo musical, sinfónico, de las entradas y salidas. Se titula "Asombro" y es imposible no recordar el diálogo de Platón, donde Sócrates le dice a Teeteto "eres un filósofo y la filosofía comienza con la admiración". La persona humana es definida en este poema como el ser capaz de asombro.

La novedad de las existencias de la creación que se le manifiestan al hombre, lo estremece. Al ver fluir el agua del ser, la persona asombrada cruza un umbral, y se descubre a sí mismo como un ser surgido desde "la onda" del agua y proyectado hacia "el puerto". En esta experiencia encara al Verbo Eterno y se le evidencia que el pasar por la vida "¡tiene sentido... tiene sentido... tiene sentido!". El poema siguiente es el remonte a la región del hontanar, donde el agua le permite "ver el misterio de su principio", entonces la súplica del hablante brota imperiosa: "déjame mojar los labios".

El segundo cuadro del tríptico es llamado "Meditaciones sobre el Libro del Génesis en el umbral de la Capilla Sixtina". Si en el primer tema, en el del arroyo, se percibe una clara referencia topográfica y cultural a la patria nativa, en este segundo, el poema está

situado en la colina vaticana, en el alvéolo majestuoso de la Sixtina. Por así decirlo, el intelectual y el artista polaco ha tomado plena posesión del espacio propio del Sucesor de Pedro. Con su palabra se hace eco de la pléyade de eximios que dejaron su arte en la gran capilla y los trasciende con verbalidad teologal (antes que teológica) hacia el horizonte místico, arrastrando al lector en círculos de vértigo.

Tenemos un antecedente precioso que se nos constituye en referencia necesaria. Es una homilía que establece un hito cultural dentro del magisterio de Juan Pablo II. Fue pronunciada en la Eucaristía, con ocasión de la inauguración de la restauración de los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina. En esta predicación del 8 de abril de 1994, aborda catequéticamente todos los contenidos, los "conceptos" que ahora en el tríptico serán "imaginación visual".

El tema teológico es la visibilidad del misterio, del Origen y del Final del hombre. El cual es mirado en el espejo del Verbo. La Segunda Persona es el misterio fontal de todo lo creado, en el cual tiene consistencia la gozosa verdad que ya, en el primer día de la creación, permitió a Dios, "el primer Vidente", registrar en su pupila eterna que lo creado "era bueno". El Verbo es el umbral que hace posible, desde la tiniebla, rozar la luz, de modo que quienes eran ciegos pasan a ser también videntes por la fe. Es un tejido músico de múltiples hilos que anudan su colorido sonoro en el hecho contundente de la encarnación del Verbo. Dios: "En Él vivimos, nos movemos y existimos - precisamente en Él!", no sólo se revela en Cristo, sino que permite que todos los seres de la creación existan siendo "verdaderos y transparentes". "¡Es Él quien les permite participar de esta belleza que les insufló!". Es un regalo mutuo de la verdad, del bien y de la hermosura, indecible y comunicativa.

El hombre en su cándida desnudez original manifiesta este don no avergonzándose de estar desnudo. La manifestación, la epifanía, encuentra cumbre cuando el hombre y la mujer "se vuelvan un solo cuerpo -admirable unión-... detrás de ese horizonte se revela la maternidad y la paternidad". Se sumergen juntos en el Principio, cruzan "el umbral de la más grande responsabilidad". El principio catapulta hacia el cumplimiento del Apocalipsis, hacia "el visible drama del Juicio", donde se alcanza la plenitud de la transparencia. Los dos desnudos, varón y mujer, llegarán a ser polvo, pero en medio de esa "fealdad del despojo", saben: "lo que es indestructible en mí permanece". Tal perduración los conduce a encontrarse cara a cara con "El que Es".

La policromía de Miguel Ángel sostiene todo el curso de la meditación, porque la visibilidad crística del misterio (“el que me ve a mí, ve al Padre”) se hace, a su vez, visible y meditable en las figuras de la Sixtina. En esa visión se pasa de la estupefacción al temblor y al gozo y al agujijón exigente del albedrío como capacidad de amor o de destrucción. Contra este horizonte de “tremenda majestad” llega finalmente Karol Wojtyła a su propia biografía. Alude a sus tiempos de estudiante en los ateneos romanos, y a su condición de Cardenal elector y después, de Sumo Pontífice. Ya lo había hecho en su homilía de 1994, aquí antes aludida: “La capilla Sixtina es un lugar que, para todo Papa, encierra el recuerdo de un día particular de su vida. Para mí se trata del 16 de octubre de 1978”.

En el poema dirá que fue “en octubre del memorable año de los dos cónclaves”. La rememoración autobiográfica da un salto adelante, pre-sintiendo: “así será de nuevo en la fecha del próximo Cónclave, cuando se presente la necesidad después de mi muerte”. E invoca al mismo Miguel Ángel, a quien pide que “concientice a los hombres”. Pone de cara a la eternidad a los Cardenales electores en aquel día futuro, los conmina: “no olvidéis. Todo está descubierto y revelado ante sus ojos”. Y termina suplicándole al Señor del Principio y el Final: “Tú que penetras todo ¡indica!”. Es decir, “indica” cuál es el sucesor de Juan Pablo II, indícalo en la Sixtina.

El tercer cuadro lleva por nombre “Monte en la región de Moria”. Consta de cuatro poemas, en los que recorre la historia de Abram que deviene Abraham, el “padre de los creyentes”. Se inicia con el éxodo, cuando el patriarca pastor debe “dejar Ur de los Caldeos”. En medio del arco bíblico-teológico, emerge la pincelada humanísima cuando el poeta interroga “¿sintió la tristeza de la despedida?”. Ya antes al inicio del viaje “la Voz” pronuncia la promesa: “serás padre de multitud de pueblos...”. La escena siguiente es la misma que las Iglesias Orientales, Bizantina y Rusa, recogen con fruición como la hora de la prerrevelación del misterio de la Trinidad de Dios y que Andrei Rublev, el pintor santo de íconos, perpetuó con la más alta maestría. Es la teofanía de Mambré, la

visita de los Tres Huéspedes a Abram y Sara. Abram “vio a tres y adoró a uno”. Se hace la promesa, cumplimiento, y Sara concibe a Isaac, semilla de la “descendencia hasta los confines más alejados de la tierra”. Abram, por fuerza de Dios, pasa a ser Abraham. Karol Wojtyła hace la exégesis del nombre nuevo en el fluir del verso, poniendo el acento característico de su comprensión de la fe, tal como lo ha desarrollado en múltiples documentos y catequesis. En esta materia, Juan Pablo II ha tensado la comprensión católica de la fe, a un máximo. Urs von Balthasar, en un comentario sobre Redemptoris Mater, llega a decir que en esta comprensión abrahámica de la fe, el Papa actual entra en una proximidad de apasionado diálogo con Lutero.

En este Tríptico Romano, la sucinta exégesis simplemente registra “este nombre significará el-que-creyó-contra-toda-esperanza”. Creyó en la paternidad cuando ya el vientre de Sara parecía definitivamente seco. Pero mucho más absolutamente “creyó contra toda esperanza”, cuando el Dios Vivo le pidió sacrificar al hijo único en Moria. Era extremo el trance. La leña apilada. Del fuego se levantaba ya la lengua de la llama. El cuchillo del sacrificio se alzaba en la mano temblante pero decidida de Abraham. El patriarca “ya se ve como padre del hijo muerto que le dio la Voz y ¿ahora se lo quita?”. Pero precisamente aquí está el umbral intransitable. Moria es el adelanto del Gólgota. Abraham en su ternura paterna es el ícono del Padre Trinitario. Pero sólo Dios Padre puede ofrecer al Hijo. Tal sacrificio es únicamente divino. Abraham podía llegar hasta el borde mismo del abismo doloroso, pisar la línea ígnea del umbral, pero no cruzarlo. “Oh, Abraham que subes a este monte en la región de Moria, hay un límite de la paternidad, un umbral que tú no pasarás. Otro Padre recibirá aquí el sacrificio de su Hijo”. Moria es el Gólgota.

El tríptico que se inició al borde de un arroyo, termina en lo alto del monte con un poema titulado “Dios de la Alianza”. La cumbre resplandece nítida, sin nubecillas ni vahos de la tierra. Es la centralidad misma de la revelación del Dios Trinidad volcado hacia el hombre en la locura delirante de la misericordia, “porque Dios reveló a Abraham qué es para un padre el sacrificio de su propio hijo”. El poeta arrincona al patriarca pastor con la espada incandescente de la revelación y del programa futurizo: “Oh, Abraham, porque Dios quiso tanto al mundo que le entregó a su Hijo para que cada uno que crea en Él tenga vida eterna”.

Pienso que este cántico desgarrador y regocijante del monte Moria hay que leerlo desde otro texto wojtyliano, desde la obra dramática Esplendor de paternidad. Esta pieza la considero delicadamente autobiográfica, confidencial, porque el autor desvela ciertamente una experiencia entrañable de su paternidad de sacerdote. En ese drama poético muestra que la paternidad supone una elección libérrima del padre por el hijo. En un momento, la figura paterna de Esplendor de paternidad, le dice a la hija, "si amo, entonces he de elegirte sin cesar en mí, he de engendrarte siempre y siempre he de nacer en ti. Y de este modo, engendrando a través de una elección continua, engendramos el amor" (lectura en clave trinitaria). En el mismo pasaje había dicho más arriba "el amor es liberación de la libertad... A través del amor me libero de la libertad". Esta liberación permite la apropiación mutua, la que se contiene en el decirse el uno al otro, "mío". El texto teatral explicará: "Padre e hijo se encuentran siempre gracias a la palabra mío".



En el Tríplico Romano, en el galope final de las palabras escuetas, Dios le dirá a Abraham "yo llevo tu nombre en mí". Soy tu Padre, sería el resumen. Abraham, soy tu Padre. Jesús, Hijo Inmolado, soy tu Padre en el Espíritu. El asombro por el arroyo y la visión de la Sixtina desembocan en el Océano Trinitario. Llegan a puerto. Moria es el Gólgota de la vida.

Índice de lugares y otras huellas

I. mientras peregrino

Testimonio

en ciclo Testimonios de la periodista Rosario Guzmán Errázuriz, Radio Horizonte, Santiago de Chile, 10 de junio de 2000. Editado en discos compactos.

Carta del sacerdote a su madre

Bellavista, 1 de agosto de 1995.

Jueves y Viernes, Matcha

Monasterio de San Lorenzo, Santiago de Compostela, 29 de julio de 1992.

Miriam Cimbel

Bellavista, 31 de enero de 1993.

en Joaquín de Nazaret (Tríptico jazminero), Editorial Patris, Chile, 1996, como "Cuadro lateral derecho: Donde detener la travesía".

Mensajes a la joven en Roma

Roma, diciembre de 1998.

Longino es un pelícano

en Longino Traspasado, Ediciones Encuentro, Madrid, 1983, p. 17.

Quiero abrazar tu Árbol

en Plegarias de hijo, Editorial Patris, Chile, marzo 1997, pp. 65 a 67.

Leo el texto evangélico y converso

al leer el texto evangélico de Lucas 4, 1-13, en el Primer Domingo de Cuaresma, Santiago, 21 de febrero de 1999.

1 de agosto de 1996

En Gran Bretaña, este día se inició el programa de destrucción de de embriones humanos abandonados, congelados y almacenados en probetas. Según una ley británica de 1990 se limita a cinco años el período de almacenamiento de los óvulos fertilizados in vitro. Se destruyeron 3300 embriones crioconservados en 32 clínicas de infertilidad del Reino Unido. Fueron depositados en una solución de vinagre y alcohol y luego incinerados junto con otros desechos de las clínicas.

Diario de Navidad itinerante

Crónica interior del 8 de diciembre de 1997 al 1 de enero de 1998.

El día romano del 29 de enero

29 de enero de 1999.

Buscando

en Plegarias de hijo, Editorial Patris, Chile, 1997, pp. 248 a 256. Se buscaba a una niña de 7 años secuestrada en Hamburgo. Era septiembre de 1995.

Amor de poderosos
Algún día de algún verano.

Plática en Bodas de Plata sacerdotales
Schoenstatt, Alemania, 16 de julio de 1986.

De un peregrino de Chile a San Millán de la Cogolla
Leído por el Director de la Academia Chilena de la Lengua, Alfredo Matus Olivier, San Millán de la Cogolla, La Rioja, España, 13 de noviembre de 1998. Con ocasión de una invitación oficial del Presidente del Gobierno de La Rioja al Director de la Academia Chilena de la Lengua, en la que -por vez primera- una academia hispanoamericana acudía en peregrinación oficial al lugar emblemático, tan discutido por algunos, de los orígenes (orígenes trinitarios, por cierto) de la lengua española. El Sr. Director hizo entrega de una edición facsimilar de La Araucana y de una imagen tallada en madera de nogal, de la Trinidad que se venera en la capilla de Ángaro, Santiago, al Presidente de La Rioja, el cual, por su parte, obsequió la edición facsimilar de las Glosas Emilianenses.

2. tierra animada

Belén en América mestiza
Prólogo de la 27ª Muestra Internacional de Artesanía Tradicional, pp. 7 a 9.
Encuentro realizado entre el 23 de noviembre y el 10 de diciembre de 2000, en el Parque Bustamante de Santiago.

El necesario vigor de la cultura propia
Ponencia en el XXI Encuentro Nacional de la Empresa (ENADE), cuyo tema anual fue "Chile en el nuevo orden mundial", en Casapiedra, Santiago, 4 de noviembre de 1999.

Herida sin borde humano
Sin fecha.

Ya viene el Sol a horcajadas, jazmín
Bellavista, 19 de febrero de 1992 y Ángaro, 4 de julio de 1997.

Caliche, volcán y amorcito de verano
en el diario La Segunda, Santiago, 9 de marzo de 1999, p. 8.
Escrito en Los Ulmos, Chile, febrero de 1999.

Clavel del Aire, un nombre
Presentación de su antología poética Clavel del Aire, RIL, Chile, 1999.

Este raulí en los siglos de Conguillío
en Niño Dios Niño Sol, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2001, p. 11. Acompañaba la presentación del pesebre de tamaño natural, tallado en madera por los Hermanos Rodríguez, para la Iglesia Catedral de Santiago, Navidad del Jubileo del año 2000.

Geografía
Sin fecha.

El ojo se mira
Los Ulmos, lago Llanquihue, 2 de febrero de 1999.

“Estas montañas es mi Amado para mí”
en Revista Universitaria N° 45, Pontificia Universidad Católica de Chile, tercera entrega, 1994, pp. 30 a 34.
La revista tomó como tema la montaña, anunciando en la portada “Geografía, deporte, simbología, literatura y teología en las montañas”.

3. arte de espíritu

Genealogía cristiana del Abbá
Discurso de Incorporación como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua y Correspondiente de la Real Academia Española, Santiago de Chile, 20 de noviembre de 1995.
en Genealogía cristiana del Abbá, Editorial Patris, Santiago, 1995, pp. 21 a 33.
en Boletín Academia Chilena de la Lengua N° 72, Santiago 1997, pp. 55 a 66.
(extracto) en el diario El Mercurio, Santiago de Chile, 3 de diciembre de 1995, Artes y Letras, E 12-13.

El encargo de desvelar
Ponencia en el Primer Coloquio sobre “Arte y Ética”, organizado por la Facultad de Artes de la Universidad de Chile, en el Museo de Arte Contemporáneo, Parque Forestal de Santiago, del 16 al 18 de junio de 1999.
en El Mercurio, 20 de junio de 1999, Artes y Letras, E8.

El Rin pasa, Lochner queda... Crece
en El Mercurio, Santiago, 13 de marzo de 1994, Artes y Letras, E28. Escrito en Colonia, Alemania.

Apuntes de iconografía navideña occidental
en El Mercurio, Santiago, 26 de diciembre de 1993, Artes y Letras, E16.

La música de aquel hilillo andino
Prólogo para Lídice Gómez Mango de Carriquiry, El encuentro de lenguas en el “Nuevo Mundo”, Cajasur Publicaciones, Colección Universidad 38, Córdoba, España, 1995, pp. 17-18.
Leyó el manuscrito en Roma y lo pensó “A modo de prólogo y eco americano”.

Acá despeinan los ángeles
en La Segunda, 2 de diciembre de 1998, p. 10.
Cuando apareció el libro Ángeles de una sola línea, de Alfonso Calderón, Premio Nacional de Literatura 1998.

El fornido escultor era un hilo de agua

Santiago, 26 de abril de 1995.

A un mes de la encíclica *Evangelium vitae* de Juan Pablo II.

El Apóstol Santiago. Semblanza en dos lienzos y una pregunta

en *Humanitas* N° 3, Pontificia Universidad Católica de Chile, julio-agosto 1996, pp. 350 a 361.

Del dolor a la plenitud. Abrir los sellos

Conferencia en el Seminario "El ser profundo, del dolor a la plenitud", organizado por Ayuda a la Iglesia que Sufre, Coaniquem y Universitas Albertiana de Barcelona, Santiago, 12 de noviembre de 2002.

"El dolor de la Iglesia" (extracto) en *El Mercurio*, 17 de noviembre de 2002, Artes y Letras, E6.

El misterio de la manta

Villarrica, 10 de septiembre de 2001.

Leído en Poemas en la Academia, Academia Chilena de la Lengua, Santiago, 22 de octubre de 2001.

4. lecciones y compañías

Plegaria de García Lorca al morir

en *La Segunda*, Santiago, viernes 4 de septiembre de 1998, p. 13.

La tormenta eléctrica del niño

Escrito en Roma, Via Rusticucci, 2 de octubre de 1993.

Salvador Dalí presentó su lienzo

Sin fecha.

Nietzsche y León Bloy

16 de diciembre de 1996.

Don Roque Esteban Scarpa en el recuerdo

Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua, Santiago, 20 de noviembre de 1995.

"Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua" en *Genealogía Cristiana del Abbá*, Editorial Patris, Santiago, 1995, pp. 16 a 21.

en *El Mercurio*, Santiago, 3 de diciembre de 1995, Artes y Letras, E13.

Lucio Gera, vinculado vinculante

en *Presente y futuro de la Teología en Argentina. Homenaje a Lucio Gera*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1997, pp. 142 a 147.

Semblanza del P. Esteban Uriburu

Mensaje en el día de su muerte, Florencio Varela, Buenos Aires, Argentina, 12 de octubre de 1998.

Teresa de Lisieux, Doctora descomunal

en La Segunda, Santiago, 13 de noviembre de 1997, p. 7.

Desde Jaraguá, San Pablo, Brasil, 8 de octubre de 1997, envía las últimas correcciones.

Lady Di junto al Puente del Alma

en El Mercurio, Santiago, 7 de septiembre de 1997, D8.

Sor Teresa, misterio y cercanía

en La Segunda, Santiago, 8 de septiembre de 1997, p.31.

Escrito el 5 de septiembre de 1997, día de la muerte de la Madre Teresa de Calcuta.

El Tríptico Romano de Karol Wojtyla

en Humanitas N° 31, Pontificia Universidad Católica de Chile, invierno 2003, pp. 560 a 565.

Colofón

Si no hubiera sonreído Birgitt al remontar el valle hasta trepar a la buhardilla donde su ingenuo computador la esperaba, si Clarita no hubiese recibido la estafeta y dado rondas al nogal con el fajo de papeles entre los dedos, si Amelia ni hubiese utilizado los suyos como pianista virtuosa, violinista, saxofonista nocturna y directora con batuta inteligente, si no naciese argentina, si Juan Antonio no fuese lechuza y águila y cabal y crítico y raudo, si Silvia alerta no tuviese un radar de bolsillo y Francisco uno de terreno abrupto, si José Santiago no hubiera desenfundado su microscopio, si Gabriela no fuese fiel como el fiel de la balanza, si Margarita y Peter no hubiesen recortado una ventana en los Alpes y un forado en la bolsa, si José Kentenich hubiera dormido siesta y mendigado el aplauso de la galería, si Francisca no manejara azaleas e ibiscos de primor, si María, si las Tres Marías, fueran gotas de tinta en la noche, si yo no creyera, no escuchara, no temiese ni llorara, si no respirase la bocanada de esperanza en Cristo Jesús, este libro sería la estela de una tenca que perdió el pentagrama en el espino seco. JAL

Maderamen, Königstein,
fiesta de María Niña, 2003

Obra poética

- 1964 Bienandanzas (Presentación por Miguel Arteche)
1970 La alcachofa y el copihue (Presentación por Hugo Montes)
1974 Carmen de los valientes (Prólogo de Julio Barrenechea)
1983 Longino traspasado (Prólogo de Roque Esteban Scarpa)
1988 Diálogos con María al fin del milenio
1990 Diálogos con María no final do milênio (Prólogo del Cardenal Lucas Moreira Neves y traducción al portugués de Armino Trevisan)
1995 Genealogía del Abbá (Discurso de Recepción por Miguel Arteche)
1996 Joaquín de Nazaret
1997 El manantial y el cáliz
1997 Plegarias de hijo
1999 Clavel del Aire (Antología poética) (Prólogo de Miguel Arteche)
2001 Niño Dios Niño Sol (Prólogo de Delia Domínguez)
2002 Dolor, ventana

Obras musicales

- 1974 Misa solemne de la Dedicación del Santuario Nacional de Maipú
Con música del profesor Darwin Vargas, la estrena la Orquesta Sinfónica de Chile y los Coros de la Universidad de Chile, en el Santuario de Nuestra Señora del Carmen de Maipú, Santiago, Chile, el 23 de noviembre de 1974.
- 1985 Peldaños al Padre (poema dramático)
Zwischen Rhein und Anden. (Traducción al alemán de Martin J. Emge).
Con música de Rolando Cori, la estrena la Orquesta de Cámara y Conjunto de Maderas y Bronces de la Orquesta Filarmónica del Rin dirigida por Klaus Arp, y la soprano Mary Ann Fones, en Vallendar, Alemania, el 28 de septiembre de 1985.
- 1987 Redemptoris Mater
Cantata Cilena per "L'amore è più forte". (Traducción al italiano de Marina Valmaggi).
Con música de Rolando Cori, la estrena el Grupo "Ortiga" y la soprano Marcela Holzapfel, en el Encuentro por la Paz de los Pueblos, Rimini, Italia, el 24 de agosto de 1987.
Chilenische Kantate zu: Die Lieben ist stärker. (Traducción al alemán de Gertrud Pollak).
Con música de Rolando Cori, el Grupo "Ortiga" y la soprano Marcela Holzapfel, se presenta en el Congreso Mariano Internacional, Kevelaer, el 18 de septiembre de 1987.
- 1992 Misa Murucuyá
Con música de Rolando Cori, la estrena la Agrupación "Beethoven", dirigida por el maestro Fernando Rosas, Santiago, el 14, 15 y 16 de julio de 1992, bajo el título "Murucuyá, flor americana de 500 años".
- 1997 Redemptoris Mater
Cantata chilena por el amor-es-más-fuerte.
Con música de Rolando Cori, la presenta el Grupo "Transiente" bajo la dirección de Boris Alvarado, en el Teatro Municipal de Viña del Mar, Chile, el 3 de agosto de 1997, en el homenaje de la Universidad Católica de Valparaíso a S.S. Juan Pablo II, a los 10 años de su visita a Chile.
- 1998 Chilenías de cielo y tierra (obra poético-musical)
Con música de Fernando Carrasco, auspiciado por el Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura del Ministerio de Educación de Chile, interpretada por el Grupo "Aranto", grabado en Santiago, el 12 de noviembre de 1998.
- 1999 Ikono de "Los Misterios del Rosario"
Con música de Boris Alvarado, con el aporte del Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura del Ministerio de Educación de Chile, interpretada por el Coro Femenino de Cámara de la Universidad Católica de Valparaíso y las Orquestas de los Ikonos de Meteora y Athos, bajo la dirección de Boris Alvarado, grabado en concierto en el Teatro Municipal de Viña del Mar, Chile, el 27 de agosto de 2000.

SERIE LECTURAS ESCOGIDAS

PREFACIO A
DE HUMANI CORPORIS FABRICA
Andrés Vesalio
Traducción del latín Claudia Chuaqui F.
Reseña biográfica y comentarios Benedicto Chuaqui J.

CARTAS
e informes del Padre Alberto Hurtado, S.J.
Jaime Castellón C., S.J.

VIVIENDO TODO FALTA, MURIENDO TODO SOBRA
Luis Vargas S.

EL LIBRO DEL CIELO
Teresita Lira L. y Carolina Valdivieso O.

BIOGRAFÍAS DE CHILENOS 1876-1973
Miembros de los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial
vols. III y IV, L-Z
Armando de Ramón F.

PSICOLOGÍA E IDENTIDAD LATINOAMERICANA
Análisis de 5 Premios Nobel de Literatura
Jorge Gissi B.

LECTURAS ANGLOSAJONAS
Traducción de Armando Roa V.

CASTILLA, TAJEADA DE SED COMO MI LENGUA
Gabriela Mistral ante España y España ante Gabriela Mistral, 1933 a 1935
Luis Vargas S.

UN DISPARO A LA ETERNIDAD
Retiros espirituales predicados por el Padre Alberto Hurtado, S.J.
P. Samuel Fernández E.

NIÑO DIOS NIÑO SOL
Joaquín Alliende L.

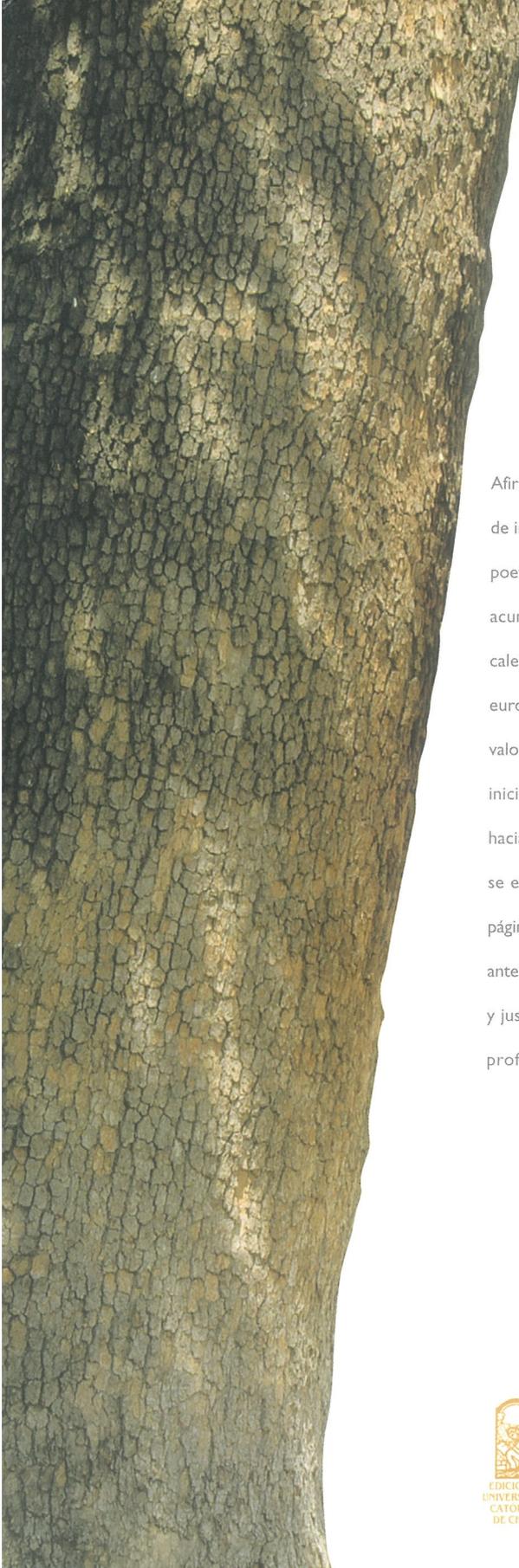
CUENTOS SOBRE EL ORIGEN DEL HOMBRE Y EL MUNDO
Cecilia Beuchat R. y Carolina Valdivieso O.

BIOGRAFÍAS DE CHILENOS 1876-1973
Miembros de los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial
vols. I y II, A-K
Armando de Ramón F.

CLASICOS DE LA MUSICA POPULAR CHILENA 1900-1960
vol. I, segunda edición
Luis Advis y Juan Pablo González

CLASICOS DE LA MUSICA POPULAR CHILENA
DE RAIZ FOLCLORICA 1960-1973
vol. II, segunda edición
Luis Advis y Juan Pablo González

CUENTOS DE OTROS LUGARES DE LA TIERRA
Cecilia Beuchat R. y Carolina Valdivieso O.



Afirma Miguel Arteche que Joaquín Alliende ha escrito "poemas de intensa belleza, algunos de los más hermosos que nuestros poetas han escrito al término del milenio". Ahora es prosa. Se acumuló durante viajes interminables por aldeas andinas, o caletas olvidadas, o el tejido intrincado del mapa de pueblos europeos. Construye sólidos andamios acerca de verdades y valores indispensables para que seamos personas más libres al iniciar nuestra convulsa época. Se abren ventanas luminosas hacia la grandeza oculta de la gente menuda. Cuando menos se espera, ocurre el secuestro de una niña, o pulsa en estas páginas un latido casi estruendoso del corazón de Cristo, justo antes que lo atraviese la filuda lanza. Este libro es una esmerada y justa selección con fino prólogo de Juan Antonio Massone, profesor, censor de la Academia Chilena de la Lengua.



EDICIONES
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

ISBN 956-14-0734-5



9 789561 407343